

## CAPITULO V

### PEQUEÑAS OPERACIONES DURANTE LOS TRES MESES ULTIMOS DEL AÑO 1793

*Ambos ejércitos han de permanecer inactivos a principios del mes de noviembre*



DESPUES de las acciones de que acabamos de dar cuenta en el capítulo anterior, los franceses, no obstante su espíritu ofensivo, dispuesto siempre a la agresión, no se decidieron a un ataque a fondo sobre nuestro frente de operaciones, y hubieron de limitarse a una guerra de pequeños golpes de mano y continuos ataques a las posiciones avanzadas, según un método de lucha que allá, en el sector del Rosellón, calificaba de guerra de moros el Teniente del Regimiento de Guardias Españolas don José de Heredia, en sus cartas dirigidas a su tío, el ilustre Cardenal Lorenzana, a la sazón Primado de Toledo. Y así lo dan a entender todos los historiadores de esta guerra de España con la Revolución francesa, y las diversas fuentes de información de que ha podido disponerse.

Ni por parte de los franceses, dedicados a la reorganización y fortalecimiento moral y material de su ejército, ni por la del General Caro, correspondía adoptar otra actitud que no fuese la de la expectativa, pues nuestro General, que no ignoraba la actividad que reinaba en el campo enemigo, veía, con el consiguiente disgusto, cómo en el nuestro la marcha de los acontecimientos iba evidenciando día por día cuál era la carencia e ineficacia de medios suficientes para sostener la lucha con garantías de éxito.

«El General Muller—informa Beaulac—sustituyó a Désprez-Crassier en el mando del ejército, y bien pronto Fregeville fué a ponerse a sus órdenes, tomando el mando de la División de la derecha. Los refuer-

zos considerables llegados a la frontera, sea en reclutas de la leva en masa o por nuevos batallones, inspiraron a todos el deseo de una guerra ofensiva. Sin embargo, la proximidad del invierno, la necesidad de ejercitar y de aguerrir a los nuevos soldados, no permitía pensar en grandes empresas, y se estaba, en fin, cansado de estos pequeños ataques sin objeto, después de los cuales encontrábase uno en el mismo punto que antes. Fué tomada la resolución de establecerse en una posición ventajosa y mucho menos distante del río Bidasoa, a fin de dejar a los enemigos el menor espacio posible para llevar a cabo incursiones sobre nuestro territorio y, al propio tiempo, con el fin de facilitar nuestras operaciones de primavera. Tres batallones llegaron para colocarse en la noche del 10 al 11 de noviembre sobre la colina donde estaba en otro tiempo situada la ermita de Santa Ana, a dieciséis toesas del Bidasoa. Llamóse a esta posición campo de los Sans-Culottes.»

Pero si todas estas circunstancias obligaban al alto mando francés a no aventurarse en empresa alguna de importancia, Caro, según lo indica Jomini, «que había visto a mediados de octubre destacar una división de 7.000 hombres para incrementar el ejército español del Rosellón, no quiso inquietar al adversario, y, estimándose no obligado a mayores intentos, dado el puñado de soldados que le quedaba, trató de conservar intacta una frontera, para la defensa de la cual había creído, no obstante, hasta entonces necesarios 25.000 hombres, contentándose con dar el último toque al levantamiento de los atrincheramientos trazados para su defensa».

El historiador que se cita tiene que reconocer que, en tanto que los franceses aumentaban sus fuerzas, las nuestras iban debilitándose, pero, a pesar de ello, no intentaron ataque alguno de importancia. «Limitáronse, para imponerse al enemigo, poner fin a una guerra inútil de puestos establecidos entre la Nivelle y el Bidasoa, aproximarse a este río y venir a campar en las alturas de Santa Ana, que fueron fortificadas. Los españoles, sorprendidos con esta súbita aparición, no ofrecieron obstáculo alguno; numerosos reductos cubrieron bien pronto este campo para ponerlo en condiciones de defensa. Construyéronse pabellones de madera y se le designó con el nombre de campo de los Sans-Culottes.» La coincidencia de lo expuesto por este historiador con lo declarado por Beaulac es manifiesta.

#### **Preparativos franceses**

La información de Luis de Marcillac asegura que, poco tiempo después de los acontecimientos del 20 de agosto y del 7 de septiembre, «los franceses, habiendo reunido un número de fuerzas muy superior en su ala derecha, forzaron a D. Ventura a retirarse a sus líneas del Bidasoa, que estaban defendidas por los atrincheramientos de Biriattou. No



hubo después más que tentativas parciales y los franceses adoptaron el plan extraordinario de llegar a la posición de los españoles como se llega ante una plaza de guerra. Su derecha ocupaba las colinas paralelas al mar que dominan desde Oruña hasta la cota denominada La Croix des Bouquets: estas colinas estaban atrincheradas, a excepción de esta última, que constituía el puesto principal de vanguardia. Una batería en posición protegía la formación de una nueva batería, que a su vez proporcionaba el medio de hacer avanzar otra. Hubieran llegado así a la posición española, si D. Ventura no hubiese adoptado el partido de salir de sus atrincheramientos y atacar a los sitiadores tan pronto habían ganado terreno. Regresó a sus líneas inmediatamente que había logrado demoler las baterías nuevamente construídas.»

Declara Jomini, refiriéndose al campo de los Sans Culottes, que su posición local era ventajosa, pero la parte más grande de la línea se encontraba a la derecha de la vía internacional a lo largo del mar, haciendo del mismo un puesto peligroso al más pequeño revés que se produjese a la izquierda de dicha comunicación. Y sin apreciar este inconveniente, Beaulac pone de manifiesto las excepciones del campo de que se trata, de la siguiente manera: «Domina, por la derecha, todo el terreno que se extiende hasta el mar, y su izquierda está defendida por un barranco profundo; su comunicación estaba asegurada a retaguardia con San Juan de Luz, del que no dista más que legua y media. Al despuntar el día, la sorpresa de los españoles fué asombrosa cuando apercibieron casi a su alcance las nuevas tiendas de campaña que a los primeros rayos del sol relumbraban con su blancura; y sea efecto de esta sorpresa mezclada de terror, o por una circunspección pusilánime, no osaron inquietar los trabajos inmensos que fueron hechos para fortificar y consolidar este nuevo campo atrincherado.»

«En poco tiempo reductos formidables protegieron el campo francés, y barracones de madera reemplazaron las tiendas que el frío del invierno hacía inabrigables. Creeríase ver una nueva localidad» (1). Había que asegurar la fortaleza de la posición con un mando firme y por todos reconocido. «Latour d'Auvergne, que había ya probado la excelencia de esta posición, mantúvose en ella cerca de dos meses con algunas compañías, ocupando entonces la derecha a lo largo de la costa. Sus movimientos continuos, su actitud siempre amenazadora, sus ardides de guerra, ese arte de la pequeña guerra que él poseía en sumo grado, mantenían a los españoles en alarma continua, contribuyendo en gran parte a hacerles desistir de toda empresa importante.»

---

(1) Como puede verse, la fantasía del ciudadano francés se exalta, y tanto para expresar el asombro y terror de los españoles, como la magnífica estructura del campo de los Sans Culottes, la hipérbole se hace dueña de la pluma.

**Superioridad francesa. Lo que hacía falta en este campo**

El General Arteché, que recoge toda la información que antecede, expone por su cuenta que, en la presente ocasión: «Al ejército francés llegaban cada día refuerzos importantes en tropas y material, hasta el punto de considerarse, y con fundamento, de que con los reclutas que incesantemente venían de los departamentos franceses y los veteranos que enviaban los ejércitos de Bélgica y el Rhin, podía contarse en el campo francés con cerca de 50.000 hombres. En el español, por el contrario, no aumentaba la fuerza, según llevamos dicho, sino en muy corta medida, a punto de que la incorporación de un par de batallones y algún cuerpo de caballería y el alistamiento de unos cuantos voluntarios que enviaba al Baztán o Alduides el conde de Colomera, Capitán General de Navarra, se tomara por un refuerzo capaz de cubrir la responsabilidad del Gobierno en tan extraordinarias circunstancias.»

No estaba, pues, en lo cierto la Marquesa de Lozoya, al escribir el 22 de noviembre a su Mayordomo de Segovia: «que todos los puntos están bien fortificados» que «han tomado las armas 7.000 paisanos y que su marido, el Coronel del Regimiento Provincial de Segovia, no cree que el General francés, obedeciendo a las instrucciones del gobierno de París, intente penetrar en España, porque se la vencido». Insistiendo sobre este particular, nuestro General historiador añade, que tan considerable era ya el número de las tropas francesas que Beaulac confiesa en la página 68 de su obra, que era muy inferior el de los españoles y que éstos cometieron el error de no fortificar el puerto de Maya ante la gran superioridad de los enemigos. Esto lo dice en la misma página citada y, poco más adelante, en la 71, menciona la marcha de 8.000 hombres al Ejército de los Pirineos orientales, a lo cual, así como la situación de su División del centro compuesta de más de 6.000 hombres, demuestra que no era fuerza sino talento y genio emprendedor lo que hacía falta en el campo francés del Bidasoa.

En efecto, las declaraciones del escritor francés que se cita son terminantes, pues, tras la indicación de que el centro del Ejército francés, después del hecho de Sare no realizó otra cosa que movimientos sin importancia y que en el mes de mayo había tomado posición en San Pée y en Ourgury, en ambas orillas de la Nivelles, extendiéndose su derecha hasta Ascain, ocupando en agosto un batallón el puesto de Ainhoué, sigue exponiendo: «Esta división no alcanzó nunca un número mayor de 6.000 hombres. Era ésta ciertamente una fuerza sobrepasada en un país de comunicación difícil y que forma como el fondo de un saliente, cuyas alas estaban guarnecidas por las otras divisiones. Un ataque sobre este sector hubiera comprometido al enemigo que quedaba inferior en número: dióse éste cuenta muy bien de estas dificultades y hasta llegó a abandonar, en buen hora para nos-

otros, la defensa de localidades situadas del otro lado de las montañas. Los españoles, tan atentos a fortificarse en todos los demás puntos, no defendieron jamás con obras de fortificación las avenidas del coll de Maya, cuya ocupación cubría la entrada del valle del Baztán para ellos, abriéndolo para nosotros. Sin duda, creyeron que el fuerte de Maya era un obstáculo suficiente contra las empresas de los franceses, y esto fué verdad en tanto que éstos no dispusieron de una gran superioridad numérica; más adelante, inquietudes demasiado vivas y presionantes encadenaron toda la atención del enemigo.» No cabe duda, después de conocido lo expuesto por Beaulac, que el General Arteche estaba bien fundamentado en sus aseveraciones.

Para Beaulac, todas las acciones desarrolladas desde octubre a fines del año 1793, no merecen ocupar la pluma de un escritor y añade que sobre este particular ha dicho todo cuanto debía decir. No obstante, y como lo indica Arteche, en este período todavía se combatió otra vez antes de que el invierno pudiera paralizar las operaciones de la guerra, lo mismo en aquella frontera que en todas las demás de la República francesa. Y aunque Jomini afirme que el centro no hizo durante toda la campaña más que incendiar a Urdax y Zugarramurdi y la izquierda se contentó con algunas incursiones en el valle de Roncal, siendo todas estas empresas completamente estériles, puesto que no sirvieron para otra cosa que proporcionar a los habitantes la ocasión de dar muestras de su lealtad, y a la *Gaceta de Madrid*, el publicar relaciones exageradas de algunas escaramuzas insignificantes, es lo cierto, que lo acaecido el 7 de octubre en el citado valle de Roncal, el 10 del mismo mes, y el 20 de noviembre, reseñadas en aquélla, bien merece ser dadas a conocer por nuestra parte.

#### **Expedición al Roncal (7 de octubre). Noble actitud de Gamba**

En efecto, la *Gaceta* del viernes 25 de octubre, exponía que con fecha del 17 del presente mes había comunicado don Ventura Caro, General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, las noticias siguientes:

«Al amanecer del día 7 del actual invadieron los enemigos el puerto de Arraco en el valle del Roncal, desalojaron tres compañías de voluntarios de Navarra, y 30 paisanos que ocupaban aquel puesto; se internaron hasta la venta y capilla del mismo nombre, que incendiaron, y también las barracas en que se alojaba la tropa, y una porción de bordas que había en el término de Belagua, habiendo antes robado todos los ornamentos y alhajas que había en la Iglesia, y despojando a las sagradas imágenes de las que tenían.»

«Al mismo tiempo intentaron forzar los puestos de Belay y Burcu,



que ocupaban dos compañías del Regimiento Provincial de Sigüenza; pero éstas los rechazaron, obligándolos a desistir de su empeño.»

«A las 10 de la propia mañana atacaron, igualmente, con unos 350 a 400 de ellos los puestos de Ori, en el valle de Salazar, que ocupaban tropas del expresado Regimiento Provincial y algunos paisanos, y sin embargo de haber hecho un fuego vivo hasta las cuatro y media de la tarde, fueron rechazados con la pérdida de un hombre muerto y algunos heridos; dando su Coronel D. Francisco Romo y Gambra, Comandante de las tropas destinadas en aquella frontera, las más eficaces providencias para reforzar los mencionados puestos, y acudiendo con su tropa y paisanos del valle a ocupar las alturas y parajes ventajosos de aquella frontera, en donde permaneció hasta el siguiente día, receloso de que le repitiesen los enemigos sus ataques con mayor empeño.»

«Don Pedro Vicente Gambra, Capitán a guerra del valle del Roncal, caudillo de los vecinos de él armados, en el instante que tuvo noticia de que los enemigos habían entrado por Arraco, se dirigió con alguna gente al puerto de Belay con el designio de tomar la espalda a los enemigos por los puertos de Guimbaleta y Urdaye; pero fué inútil su diligencia, porque se habían retirado los franceses al paraje llamado Escantola, término del lugar de Santa Engracia, en donde tenían construídas tres trincheras que ya ocupaban. A las tres de la tarde del mismo día se unieron a Gambra los paisanos que por la parte de Arraco hicieron retirar a los enemigos, con los cuales, los que de antemano tenía, 40 hombres del Provincial de Sigüenza, y algunos voluntarios de Navarra, determinó Gambra atacar dicho puesto de Escantola, y ahuyentar de él a los enemigos, y lo ejecutó con el mayor denuedo, precisándoles a abandonar su puesto y ponerse en precipitada fuga hasta el pueblo; pero los roncaleses, animados con la victoria, cargaron a los enemigos, y entraron en el lugar, matando once franceses hiriendo otros varios, incendiando la barraca que servía de abrigo a su tropa, y ocho casas dentro de la población, y cogiéndoles mil cabezas de ganado lanar, sin otra pérdida por nuestra parte que la de un voluntario de Navarra herido.»

«Como ya cerraba la noche no consideró Gambra oportuno permanecer en el pueblo de Santa Engracia, y dispuso que su gente se retirase a ocupar las trincheras de que habían arrojado a los enemigos».

«Al siguiente día 8, amanecieron los franceses ocupando las alturas que desde Escantola hay hasta Santa Engracia; pero Gambra con la gente que tenía y algunos paisanos del mismo valle que se le unieron, los atacó, haciéndoles desamparar los puestos, y retirándolos más allá de Santa Engracia, donde se reunieron con la gente de Larrau, y ocuparon las alturas que hay entre los dos pueblos. Gambra con su gente se introdujo en Santa Engracia, e incendió 32 casas más y 10 bordas, disponiendo al mismo tiempo que una parte de los roncaleses atacasen al enemigo por la del Bearne; donde no solo consiguieron que-

mar una casa y hacer prisionero a un sargento, sin haber tenido por nuestra parte más que cuatro paisanos levemente heridos.»

«Castigados así los vecinos de Santa Engracia, determinó Gamba retirarse con su gente al puerto de Belay; en cuya falda pasó la noche, y al amanecer del día 9, ocupó las alturas de la parte de Santa Engracia, desde donde advirtió que los enemigos se habían reforzado considerablemente, y que el campo estaba inundado de tropa y paisanos armados. Juzgó arriesgada su permanencia en dichas alturas, y dispuso pasar a ocupar la falda de los picos altos de Belay, donde podía hacerse firme y rechazar a los enemigos si resolvían atacarle, como en efecto, sucedió; pero les resistió con la mayor resolución, resultando herido uno de nuestros paisanos, y otro prisionero; ellos tuvieron tres muertos y varios heridos.»

«Al amanecer del día 10 observó Gamba que por todas partes había considerable número de enemigos, y resolvió, de acuerdo con los suyos, sostener el puesto de Belay y defenderlo hasta perder la vida. Los enemigos emprendieron varios ataques, pero de todos fueron rechazados, y a poco rato arbolaron bandera blanca y pidieron se suspendiesen el fuego y que Gamba saliese a avistarse con sus Comandantes, lo que ejecutó inmediatamente, y le propusieron que sin embargo de los muchos daños que había sufrido el pueblo de Santa Engracia, hubiese paz entre sus vecinos y los de Roncal, guardando cada uno sus límites.»

«Gamba tenía noticias de que aquella noche debía llegar a Santa Engracia el General de San Juan de Pié de Puerto, con 500 hombres de refuerzos con los cuales, mil que había de tropa en Santa Engracia, 240 que se habían ya unido del Bearne y crecido número de paisanos, creyó oportuno suspender las hostilidades, para no exponerse a ser vencidos por tan superiores fuerzas a las suyas, con la condición de que la suspensión de armas propuesta debería ser aprobada por el General en Jefe D. Ventura Caro, quien en consecuencia ha prevenido a Gamba lo que ha juzgado conveniente.»

**Instrucciones dadas por Caro para  
defender el valle de Baztán de los  
ataques de los baygorrianos**

«Considerando el mismo general que de ningún modo nos conviene tener tan inmediatos a los del valle de Baygorri en Francia, confinante con el de Baztán en Navarra, por ser aquellos naturales los más fanáticos y obstinados adictos a su actual sistema de gobierno y tan crueles que desde la Banca, uno de los pueblos de Baygorri, distante media legua no más de Alduide, recientemente de la dominación de S. M., y desde el tiempo en que se principió la guerra han estado incomodando y hostilizando el valle de Baztán, incendiando algunas bordas del lu-

gar de Errazu, cooperando a que se quemase el valle de Valcarlos, y que el día 7 de agosto próximo, en el citado lugar de Alduides, donde se introdujeron, pusieron fuego a las casas de morada del Alcalde Inaravia, y del Vicario Eclesiástico D. Juan Joseph de Inda, robaron los ganados, ejecutaron todo género de hostilidades hasta quitar la vida a dos mujeres; y últimamente incendiaron el pueblo de Urdax: previno al Teniente General D. Juan Gil, que se halla mandando el centro de la frontera de Navarra en que se comprende dicho valle de Baztán, que cuando hallase ocasión oportuna dispusiese que se verificasen sus intenciones, a cuyo fin tenía ya dadas el General sus instrucciones a los Comandantes de puestos.»

**Operación de castigo llevada a cabo  
por los españoles (10 de octubre)  
contra el pueblo de Banca (valle  
de los Alduides)**

Las fechorías llevadas a cabo por los franceses en esta comarca reclamaban un duro castigo y, en efecto, como nos lo declara la información oficial española: «El día 10 del corriente dió Gil sus órdenes para que en la mañana siguiente entrasen nuestras tropas por Alduides hacia la Banca, y que las que se hallaban en el valle de Baztán ocupasen los puestos de Ilorrieta, Istauz, Bustencelay e Izpegui »

«El General dice que todos los oficiales y tropa que concurrieron a esta acción acreditaron su buena voluntad, y el celo que los anima por el real servicio; pero que los que más se han distinguido, según los informes que se han dado, han sido los Comandantes de Alduides e Izpegui ya citados, Gayoso y Pereyra por sus acertadas providencias, los dos Oficiales de la Compañía de Ubeda, que acreditaron su inteligencia, valor y resolución; la tropa de esta Compañía y los voluntarios de Alduides, que sostuvieron con la mayor firmeza la empresa, despreciando el fuego que les hacían los enemigos; las partidas del Regimiento de Africa a las órdenes de D. Diego Pereyra, y los oficiales del mismo Cuerpo D. Joseph Bachiller y D. Alejandro Mayoli, que con los paisanos de Baztán se adelantaron a quemar las bordas de las regatas expresadas.»

**Para prevenir la ofensiva francesa  
Caro ataca el 20 de noviembre las  
posiciones francesas ante Urrugne  
y sus campamentos**

La actitud de los franceses, sus manifiestos preparativos, obligaron al General Caro a prevenirse contra una probable ofensiva, y para evitarlo quiso adelantarse a los acontecimientos, disponiendo para



ello el oportuno ataque. «El 20 de noviembre (1)—informa Marcillac—los franceses reunieron fuerzas en Saint Pee, Añoa y Sare. Caro, temiendo un ataque, anticipóse a los enemigos, y saliendo de su frente dispuso el avance sobre ellos. La vanguardia española obligó a retroceder las partidas francesas hasta Oruña, pero en la derecha, los enemigos, habiéndose apoderado de la montaña del'Hermitage, de la punta de Diamante, de la meseta de la Croix des Bouquets, dirigíanse hacia Biriatu. El Marqués de La Romana disputó el terreno pié a pié, mas cediendo a fuerzas superiores se batía en retirada, cuando sostenido por el fuego de las baterías de Biriatu y habiendo recibido algunos refuerzos contraatacó y a las cuatro horas de la tarde había rechazado a los franceses de aquellos puntos importantes de que se había apoderado por la mañana.»

Esta sucinta relación del historiador francés es detallada, ya que no inflada, según el criterio de Jomini, por la información que nos facilita la *Gaceta de Madrid*, del martes 5 de noviembre de 1793. Decía lo siguiente: «El General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa don Ventura Caro, ha participado con fecha del 25 próximo que teniendo recelos de que los franceses que se reunían el día 20 en los pueblos de S Pée, Añoa y Sare de su territorio, y llegarían como a 10.000 hombres emprendiesen atacar nuestros puestos de Vera, que manda D. Joseph de Urrutia (quien tenía iguales presunciones), previno a este Oficial General, que en caso de verificarse, si conseguía rechazar a los enemigos, los siguiese en su retirada, haciéndoles todo el daño posible, pues Caro llamaría su atención atacando a Oruña y sus campamentos.»

«Al amanecer del 21 del mismo mandó el General que las tropas estuviesen prontas en sus campos; y pasó con las partidas de guerrilla y de descubierta a reconocer el enemigo: presentóse éste por nuestra derecha con pocas fuerzas y se retiró hacia Oruña al aproximarse los Voluntarios de Aragón y Cataluña; pero por la izquierda se dejó de ver con mayor número de tropas de infantería y caballería, y se acercó haciendo fuego a nuestras descubiertas y guerrilla, las que mandó reforzar el General con los granaderos y compañías de alternación que no estaban de servicio, situando en segunda línea dos escuadrones del Regimiento de Caballería de Farnesio y Dragones de la Reina con sus compañías de carabineros y granaderos.»

«Duró el fuego de mosquetería por nuestra izquierda hasta las 10 de la mañana, sin que ocurriese desgracia alguna, a cuya hora dejó Caro encargado el mando, por algunas urgencias del servicio, al General de día D. Francisco Horcasitas, con orden de que si no seguían los enemigos el ataque, pudiese retirar las tropas que había hecho pasar de

---

(1) La acción citada por los historiadores, Conde de Clonard y Luis de Marcillac el 20 de noviembre de 1793, y no fechada por el General Gómez de Arteche, debe de ser la de 21 de octubre que publica la *Gaceta* de 5 de noviembre, ya que la concentración de fuerzas efectuada en S. Pée, Añoa y Sare, se efectuó el 20 del mismo mes.

refuerzo, con otras prevenciones: y con efecto, no habiendo continuado por aquella parte, ejecutó Horcasitas su retirada después de medio día. Poco después recibió el General un parte del Marqués de La Romana, que mandaba aquel día las tropas avanzadas y de descubierta, dándole aviso de que los enemigos atacaban con mucha fuerza por nuestra derecha, y que habían desalojado ya del monte de la Ermita a los Voluntarios de Cataluña, con cuya noticia marchó el General con la mayor celeridad a Biriatu, y halló que los franceses no sólo se habían apoderado de dicho monte y de la cima de otro que guarnece los Voluntarios de Cataluña, sino también de la punta de Diamante, que ocupaban los Voluntarios de Aragón, y de la loma alta de la Cruz.»

«Disputaban el terreno palmo a palmo los Comandantes de los batallones de dichos Voluntarios y el Marqués de la Romana, sin embargo de la superioridad de fuerzas de los enemigos, y mandando Caro hacer fuego a las baterías de Biriatu, sostuvieron aquéllos el ataque, volvieron a desalojar a los franceses de todas las alturas, y quedaron otra vez dueños de ellas a las cuatro de la tarde.»

«Por nuestra parte tuvimos heridos al Capitán D. Joseph Pasalodos, Teniente del Regimiento de Infantería de León, y al del de América don Joseph Ontiveros, que falleció pocas horas después, siéndole sensible al General la pérdida de éste, porque en todas ocasiones había mostrado mucho espíritu y valor, y era Oficial de particular mérito; hubo quince soldados de diferentes Cuerpos también heridos.»

#### **Ataque español al valle de los Alduides**

En el propio día 21, el Teniente General D. Juan Gil, que manda desde el Baztán toda la derecha de Navarra, siguiendo las prevenciones que le tenía hechas el General en Jefe para atacar a los baygorrianos, nuestros mayores y más incómodos enemigos y que se hallaban sostenidos por dos mil hombres de tropa reglada, dispuso que las tropas de los Alduides los atacasen por aquella parte y que las del valle del Baztán, bajando por los montes de Izpegui y de Elorrieta, protegiesen el ataque, e hiciesen una diversión al enemigo.

El ataque al valle de los Alduides lo llevó a efecto el coronel don Pedro Gayoso, logrando rechazar al enemigo por todas partes. El collado de Elorrieta lo fué por el Brigadier don Antonio Fi'angieri, obligando a los franceses a pasar el río con tal temor, que cortaron los puentes para no ser seguidos, y prendiendo fuego los nuestros a muchas casas y bordas de los baygorrianos.

Los enemigos, creyendo en este tiempo que quedaría desguarnecido el punto de Izpegui, subieron por los montes de la izquierda en dos columnas de a cuatrocientos hombres cada una para sorprenderlo y ata-

carlo, pero la previsión de D. Juan Gil, permitió lograr por nuestra parte el fracaso de tal intento, habiendo muerto a los primeros intentos el comandante que mandaba las columnas francesas. Don Juan Gil, no considerando oportuno empeñar más la acción, mandó retirar a Filangieri, quien lo ejecutó sin más pérdidas que la de tres soldados heridos y el subteniente de Cazadores de Ciudad Rodrigo don Bruno de Cáceres; conduciendo tres prisioneros del Regimiento de Cambresis y algún ganado lanar y porcino.

Ahora bien, del parte oficial se deduce que la operación sobre los Alduides hubo de ser objeto de una reacción por parte de los naturales, que protegidos del humo y de las veredas de los montes sin ser vistos, intentaron cortar la retirada a la compañía de Ubeda que se había internado temerariamente. Pero tras enconada lucha, ésta pudo retirarse. Habían intentado también los franceses ocupar el puente del río, pero Filangieri pudo, una vez más, realizar con éxito su cometido en la retirada y defender el puente, matando muchos.»

Recogiendo, sin duda alguna, todas estas informaciones, Arteche declara que, en efecto: «Todavía se combatió otra vez antes de que el invierno paralizase las operaciones de la guerra, lo mismo en aquella frontera que en todas las demás de la República francesa» y en conformidad con cuanto hemos expuesto, manifiesta: «El General Caro, queriendo anticiparse a la acción, que suponía inmediata, de los franceses, viendo cómo se extendían sus columnas por la izquierda del nuevo campo inmediato a Hendaya y las que, en dirección opuesta, venían de los cantones y puestos de la frontera por la parte de Saint-Jean-Pied-de-Port, les acometió en toda la línea cuando ya iban a romper su movimiento contra la española. Las avenidas de Biriatu fueron reciamente disputadas y con éxito por el Marqués de la Romana, acosado de cerca y por fuerzas muy superiores en número, y La Croix des Bouquets fué teatro de un combate encarnizado, quedando, como Biriatu, en poder de los españoles. En el Baztán, por fin, y en los Alduides, fueron también escarmentados los enemigos, rechazándolos el General Filangieri hasta meterlos en su propio territorio, quemándoles algunos de sus depósitos de víveres y haciendo en su regimiento de Cambresis un destrozo enorme.»

**Los franceses atacan el 29 de noviembre la posición española de la Punta de Diamante**

No fueron las acciones que acabamos de relatar las últimas realizadas en las postrimerías del año 1793. La *Gaceta de Madrid* del martes 10 de diciembre, comunicaba que igualmente, con fecha de 29 último, el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, había participado lo siguiente: «Desde ayer noche comenzaron los enemigos



a prepararse para atacarnos esta mañana, y habiendo sido sentidos a las once por nuestras partidas de escucha, les arrojaron nuestras baterías algunas balas y granadas.»

«Al amanecer nos han hecho fuego con su artillería desde la loma alta de la Cruz, y desde la de la ermita de Oruña; se les ha correspondido por nuestras baterías, y se les ha obligado a retirar los cañones de dicha ermita.»

«A las nueve de la mañana atacaron los enemigos con mucha fuerza y empeño la punta de Diamante, que sobre nuestra derecha guarnecían 50 voluntarios de Aragón, y la izquierda que ocupaba la compañía de Ubeda, y aunque los nuestros disputaban el terreno largo tiempo con valor, hubieron de ceder, y se retiraron a otros puesto poco distantes, donde se hicieron fuertes y contuvieron el enemigo. Reforcé luego a los aragoneses con 100 de sus Voluntarios, y tres compañías de las del batallón de Guipúzcoa, y a la compañía de Ubeda con cinco compañías de alternación de las del Marqués de la Romana; y de ambos puestos fueron arrojados los enemigos después de una obstinada resistencia, habiendo contribuido a desalojarlos las baterías de Biriatu, y las de Portú y Buenaventura.»

«Por el centro han sostenido sus puestos nuestras tropas de descubierta, apoyadas por la batería de la loma del Paso, sin que hayan adelantado uno los enemigos; y los Voluntarios de Cataluña que guarnecían la loma Verde sobre nuestra derecha, la han conservado igualmente.»

«A la una, después de mediodía, comenzó a aminorarse el fuego del enemigo, y a las dos cesó enteramente, y mandé que hiciese lo mismo el nuestro, y que se retirasen nuestras tropas de refuerzo y de prevención después de haberlo ejecutado las del enemigo.»

«Nuestra pérdida ha consistido en un Oficial herido, que lo es don Benito Araujo, Teniente del Regimiento Provincial de Orense; contusos D. Narciso de Valeta, Capitán de Voluntarios de Cataluña, y don Joachin de Goycoechea, Subteniente del batallón de Guipúzcoa; un soldado muerto, doce heridos y ocho contusos de diferentes Cuerpos, es bien moderada, atendiendo a que ha durado el fuego seis horas, y que se perdieron y volvieron a recuperar dos puestos interesantes; pero no debe esto admirar porque, hace mucho tiempo que tengo preparado el terreno donde combatimos con retrincheramientos y plazas de armas que se sostienen unas a otras y que se hallan protegidas de nuestras baterías.»

«No sabemos cuál sea la pérdida del enemigo, pero es regular que sea considerable. El terreno en que se ha combatido se extiende más de media legua y es todo de Francia. Nuestras tropas se han portado con su acostumbrado valor, y merecen los mayores elogios.»

**Nuevo ataque francés el 6 de diciembre contra los puestos españoles del sector de Hendaya**

Si hemos de dar crédito a la información oficial de la *Gaceta de Madrid*, nuevamente el frente español fué objeto, el 6 de diciembre, de un ataque de los franceses, que a las nueve de la mañana de este día rompieron desde la Croix des Bouquets un fuego intenso sobre las posiciones españolas, logrando desalojar 500 de los atacantes a los 20 hombres del Batallón de Voluntarios de Guipúzcoa que guarnecían el puesto más avanzado del centro de nuestras líneas, el que hubieron de abandonar, después de haberlo defendido con valor, ante una fuerza enemiga superior a la suya, retirándose a otro apostadero poco distante; y afirmaba este relato oficial que los franceses, no pudiendo resistir la viveza de nuestro fuego y el de las baterías de Biriattou y de la loma del Paso, lo abandonaron pocos minutos después, volviendo los nuestros a ocuparlo durante todo el resto del día, no sin haber conseguido desmontarles un cañón y haberles causado bastantes muertos, no teniendo por nuestra parte más que cuatro heridos. Desde luego, no debió tratarse de un hecho importante, como no lo fueron tampoco los siguientes que vamos a dar cuenta, pero que creemos oportuno mencionar como muestra del estado de la situación en el frente de operaciones y del carácter que revestía la información ofrecida al conocimiento público a través de la *Gaceta* referida y de los partes de guerra que enviaba a la Superioridad el General Caro.

**Incendio del pueblo de Zugarramurdi el 5 de diciembre, por los franceses. Castigo al pueblo de Sare por orden de Caro**

En efecto, el órgano oficial de publicidad correspondiente al 20 de diciembre, exponía cómo el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, había dado aviso de que: «el día 5 del corriente incendiaron los enemigos el pueblo de Zugarramurdi, en Navarra, habiendo, pocos días antes, guillotinado a su alcalde y a un vecino, sin otro fundamento que el de reputarlos por sospecha que eran espías. Que, sin embargo, de la suavidad con que se trató al pueblo de Sare, territorio de Francia, cuando lo ocupó con las tropas de su mando el día 1 de mayo, haciéndoles volver todo el ganado de que se apoderaron los nuestros, sin permitir que se les hiciera el menor perjuicio, siguiendo en esto las reales y piadosas intenciones de S. M., continuando mucho tiempo bajo su real protección; y de las varias veces que Caro les ha manifestado la obligación en que se hallaban constituidos, de to-

mar las armas en defensa de la religión y de su antiguo buen gobierno, no sólo no se han resuelto a ello, sino que han dado acogida a las tropas enemigas, facilitándoles todos los auxilios que ofrece el país, habiendo entre sus vecinos algunos malos, adictos a su actual gobierno, los cuales por la proximidad a la frontera de la villa de Vera, nos han sido perjudiciales, pues cuantas noticias han podido adquirir de nuestras disposiciones, las han comunicado a los enemigos.»

«Que después del referido incendio de Zugarramurdi previno al Teniente General D. Joseph Urrutia, que manda el puesto de Vera, les hiciese tres intimaciones, amenazándoles por la última que si no se venían a España con sus ganados y los frutos que pudiesen recoger, se les quemaría el pueblo y trataría como a nuestros enemigos; pero manteniéndose obstinados en su irresolución, y atendiendo también a que los franceses tenían allí dos cuarteles para alojar sus tropas, varios almacenes de madera para servicio de su ejército y otros efectos, muchas bordas inmediatas a nuestras avanzadas, y diferentes buenas casas de los adictos a la revolución, mandó dicho General en Jefe que después de requeridos por última vez, si persistiesen en su inacción, quemase Urrutia el pueblo y especialmente los cuarteles, almacenes, casas de patriotas y todas las inmediatas a nuestros puestos avanzados.»

En consecuencia de esta orden, la puso en ejecución el General Urrutia, el día 10 del presente, en los términos que expresa el parte que dió al siguiente día al General en Jefe, que a la letra, es como sigue:

«Excmo. Sr.: En cumplimiento de la orden verbal que V. E. se sirvió comunicarme para dirigir el incendio que debía padecer la villa de Sare en castigo de su rebeldía a las dulces y suaves amonestaciones de V. E. (al cual se ofrecieron voluntariamente los paisanos del lugar de Echalar), pasé al citado lugar con el Ayudante de Ingenieros D. Vicente Boado, y juntando los paisanos les municioné y repartí los mixtos, demostrándoles el uso y manejo de ellos para el mejor éxito de la empresa; y dándoles una seña para conocerse, salí a su ejecución a las 10 de la noche, después de haber noticiado esta acción al Comandante de nuestros puestos de las Palomeras de Echalar, D. Benito Tolza y Lafita, quién tomó las avenidas de San Pée y Añoa, y dió tan acertadas providencias, que nos aseguró con el mayor conocimiento la empresa porque podíamos ir enteramente descuidados de ser sorprendidos o cortados, bajé por la cañada de las Palomeras de Sare, y dispuse fuese Boado con 60 paisanos armados a tomar una altura que domina las avenidas bajas de San Pée y Añoa, previniéndole al mismo tiempo que ocupase los cinco caminos que se dirigen a Sare, lo que ejecutó colocando en cada uno una avanzada de cuatro hombres con un cabo; lo mismo hice yo con la otra altura, formando un ángulo entrante o martillo. Luego di orden al capataz mayor Manuel Benito Florez, encargado de la ejecución, para que con los 100 paisanos incendiarios abrasase el lugar, especialmente todas las casas de los conocidos re-



publicanos, las que sirven de cuarteles, y otras que eran depósitos o almacenes de madera, como también las bordas, que por su aproximación a nuestros puestos debían de incendiarse.»

«Comunicóse el fuego con tal viveza que, sin embargo, de lo esparramado o dispersas que se hallan las casas ardieron muchas a nuestra vista, entre ellas juntamente las que deseábamos. Así que los enemigos notaron la quema, apagaron las hogueras de sus campos y tocaron la generala; nosotros proseguimos nuestra acción con la misma serenidad, pues estaba tan confiado en la pericia militar y conocimiento que tiene del terreno el citado Tolza, que aun cuando los enemigos hubieran tenido alguna intención, no la hubieran logrado seguramente; y aunque yo tenía muy buen concepto de estos paisanos, celebré mucho haberlo verificado viendo el ahinco y actividad con que ejecutaron su comisión sin confundirse, ni acelerarse, asegurándome muchas veces que no tuviese cuidado que se saldría con el intento; se trajeron en premio de su trabajo bastante porción de ganado vacuno y de cerda; se reunieron y retiraron con el mayor orden y silencio como si fuesen tropas veteranas, haciéndonos esperar frutos muy útiles en otras empresas; últimamente nos reunimos al amanecer sobre el collado de Usateguieta, y regresamos al pueblo sin la más leve desgracia ni fatiga.»

«El éxito tan feliz de esta acción se debe seguramente al mencionado D. Benito Tolza, por las ya dichas circunstancias; a la actividad, esmero y vigilancia de Boado, que sin cesar visitaba avanzadas, animaba a los que incendiaron y me enviaba avisos; al valor, esfuerzo y expediente del citado Flores, y del Teniente de guarda mayor D. Vicente Elorga; y a la buena voluntad y desembarazo de los paisanos, no teniendo yo más parte que ejecutar las órdenes y advertencias que V. E. me hizo al darme la comisión. Dejé un paisano práctico, y me avisa que sigue el incendio, y que el aire lo iba propagando; y también dice que no había visto enemigo ni aún a la descubierta por aquella parte.»

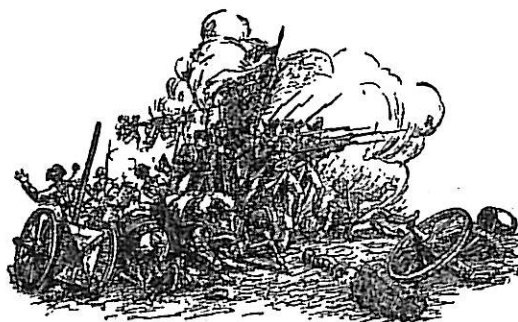
#### **Otros pequeños golpes de mano por parte de los franceses**

«El mismo General en Jefe ha participado, con fecha de 13 del actual, que como a las diez de la mañana atacaron los enemigos el puesto avanzado de nuestra izquierda, que ocupa tropa de la compañía de don Pedro de Ubeda, obligándoles la superioridad de fuerzas a retirarse, y también las partidas de guerrillas que estaban situadas a retaguardia para sostenerlos; hubo un fuego vivo que duró como una hora, y al fin el de la tropa, y nuestras baterías hizo retirar al enemigo, volviendo los nuestros a ocupar su puesto, que conservaron el resto del día sin novedad, consistiendo nuestra pérdida en esta ocasión en dos soldados muertos de la expresada compañía, y once heridos de las partidas de varios cuerpos, entre ellos el Subteniente de Granaderos

del Regimiento de Dragones de la Reina D. Pedro Espoleda, y el referido Ubeda.»

«También avisa que el anterior día 12 se escopetearon nuestras partidas de descubierta con las del enemigo, empeñándose unos y otros tanto que, aproximándose, cogieron los franceses a un voluntario de Cataluña, lo que observado por algunos nuestros se lo hicieron dejar, matándoles al golpe siete hombres, entre ellos los dos que llevaban al prisionero, e hiriéndoles varios; se recogieron los armamentos y vestuarios de cuatro, llevándose los enemigos los otros tres, y se retiraron los nuestros sin la menor desgracia.»

No nos facilitan las fuentes históricas de que hemos podido disponer hecho alguno posterior hasta finales del mes de diciembre del año 1793, pero como veremos en el capítulo siguiente, la campaña no había terminado.



## CAPITULO VI

### PROLONGACION DE LA CAMPAÑA DE 1793 EN LOS PIRINEOS OCCIDENTALES

Prosiguen las operaciones de la  
campaña desarrollada el año ante-  
rior en este teatro de las opera-  
ciones



EAULAC, el Conde de Clonard y el General Almirante, dan por terminada esta campaña del año 1793, con las operaciones de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, pero como quiera que ellos mismos declaran que, a causa del buen tiempo reinante en el invierno de este año y comienzos del siguiente, la actividad en los frentes no dejó de manifestarse, tanto Luis de Marcillac como el General Gómez de Arteche, y como lo da a entender la misma información oficial de la *Gaceta de Madrid*, ésta parece prolongarse hasta finales del mes de febrero. Ninguno tan explicito sobre este particular como el General citado, quien después de dar cuenta de los combates en la Croix des Bouquets, en el Baztán y en los Alduides, en el mes de octubre, expone: «Parece que ahí debía acabar la campaña de 1793, ventajosa para los españoles, si no en el grado eminente de la del Rosellón, quedando dueños en uno y otro campo de una parte, siquiera pequeña, del suelo francés y demostrando una superioridad incontestable, no en el número de las fuerzas respectivas, que ya hemos dicho era muy inferior al de las francesas, sino en la iniciativa de sus generales y en el valor y la constancia de unos soldados siempre prontos a presentarse los primeros para la lucha y a resistir todo género de fatigas e inclemencias. El invierno, sin embargo, de 1793 a 1794, fué sumamente templado en la frontera de Navarra y Guipúzcoa; y dando lugar esa circunstancia a que no cesaran del



todo las hostilidades en ella, fué rara la semana en que no se interrumpiese la tranquilidad de los dos campos opuestos con escaramuzas más o menos vivas, según el objeto y los fines que las provocaran. Los franceses eran los que aparentemente se presentaban más pacíficos; pero era con el propósito de, extendiendo sus fortificaciones cuanto les fuese posible hasta el alcance de nuestra artillería, preparar para la campaña sucesiva una acción que, apartándose de todo lo antes ejecutado, facilitara con el aumento de fuerzas de que disponían y una unidad perfecta en toda la extensión de su línea, la entrada en España, pensamiento elaborado en el cerebro de Müller con el acuerdo unánime de sus generales divisionarios y de los representantes de la Convención.»

#### **El General Caro marcha a Madrid**

Si de este modo se expresa el General español, Luis de Marcillac, después de describir la acción del 5 de febrero de 1794 de que daremos conocimiento posteriormente, declara por su parte: «Poco tiempo después de lo acontecido el 5 de febrero, D. Ventura Caro fué llamado a Madrid para concertar, sin duda, un nuevo plan de campaña. Por ello terminaremos ésta de 1793 en los días de la partida de este General...»

#### **Los franceses conciben la idea de penetrar en territorio español. Caro se da cuenta de ello y trata de retardarlo**

Pero, si en los planes de Müller y de los suyos germinaba la idea de llevar a cabo una invasión en España, «no pasó desatendido este pensamiento por la mente del General Caro», según lo advierte Gómez de Arteche; «así es que a fin de retardar su ejecución, ya que no pudiera impedirla en su día y a pesar del tiempo, impropio entonces para ese género de operaciones, rompió el 5 de febrero de 1794 con tres columnas que salieron de la línea del Bidasoa por Vera, La Croix des Bouquets y Hendaya, invadiendo en un momento todas las posiciones de su frente. Si la división del General Urrutia, que arrancó de Vera, no hubiera encontrado los entorpecimientos que se le opusieron en los caminos que siguió y las montañas que hubo de ir ganando, la derrota de los franceses hubiera sido completa, viéndose obligados a retirarse a la derecha de la Nivelle. La Croix des Bouquets fué conquistada a bayoneta por nuestras tropas, que inmediatamente establecieron en ella una gran batería, con cuyo fuego metieron el mayor espanto en el campo de Sans-Culottes y pudieron proteger el ataque de la tercera

columna que, con alguna mayor insistencia de su parte y la llegada de la de Urrutia, hubiera quizás cortado la retirada a las divisiones francesas establecidas sobre el Bidasoa, y apoderándose, por lo menos, de todo el sistema de fortificaciones de Ciboure a la ermita de Santa Ana y de cuanto material habían acumulado allí los enemigos. Nada menos que de violenta erupción califican los historiadores franceses la acometida de las tropas españolas en aquel día. Y, sin embargo, el plan de campaña a que estaba sometido el General Caro y la tardía llegada de Urrutia al campo de las operaciones impidieron sacar todo el resultado apetecible de *punta* tan brillante sobre el campo enemigo.»

**Acción del día 5 de febrero contra  
las posiciones francesas del sector  
de Hendaya a Biriattou. Causas que  
restáronla importancia**

En el relato de esta acción del 5 de febrero de 1794, como en los comentarios sobre el desarrollo y consecuencias de la misma, nuestro general historiador recoge cuanto Luis de Marcillac había escrito en su conocida obra, asegurando que, «entre las salidas frecuentes de la izquierda de la línea española para mantenerse en su posición, debe señalarse la de dicha fecha». «Los franceses hallábanse, por fin, dispuestos a avanzar sus baterías hasta la altura de la Croix des Bouquets. La establecida en esta altura hubiera favorecido, incluso puede ser que asegurado, el éxito del ataque que meditaba sobre Biriattou. Las tropas españolas en tres columnas, salieron a las dos de la mañana de su línea. La columna del centro conquistó a la bayoneta la batería construída en la altura citada, que fué arrasada. La columna de la derecha atacó a los franceses ante Biriattou, estableciéndose en la Rhune. La de la izquierda había envuelto la montaña de Luis XIV y extendiéndose hasta la playa atacó por el flanco la fuerte batería de la derecha de la posición de los franceses, que estaba batida de frente por una batería con cañones de a 12, establecida en la altura de la Croix des Bouquets tan pronto como fueron arrojados de ella los enemigos.»

«La columna de la derecha había logrado replegar a los enemigos reunidos bajo el fuego de las baterías asentadas en las alturas de Uruña; la columna de la izquierda avanzó rápidamente e hizo también replegar a las tropas desplegadas en la pequeña llanura dominada por la batería de la derecha de los enemigos. En el centro, la caballería marchaba por la vía internacional de San Juan de Luz para cortar la retirada a los franceses. Dábase cuenta de la realización de movimientos, por parte de los enemigos, que anunciaban cómo iban a evacuar su principal batería de la derecha, de la que habían retirado ya las piezas de grueso calibre, cuando D. Ventura, satisfecho del éxito que ha-

bía alcanzado, dió orden a sus tropas victoriosas de retornar a sus posiciones.»

Esta declaración del historiador francés, incorporado a nuestro campo, no deja de causar cierta extrañeza, pues no parece lógico, dada la fortaleza de carácter de don Ventura Caro, que el éxito alcanzado por nuestras tropas, aunque manifiesto, fuera suficiente a satisfacer sus deseos. A la fina penetración de nuestro ilustre General no podía escaparse que *aquello* era insuficiente. Y, en efecto, el comentario de Marcillac nos da buena razón de lo ocurrido.

«Esta empresa hubiera alcanzado resultados más brillantes y sin duda más provechosos, si la cooperación de la división de D. José Urrutia hubiera sido oportuna. Caro había ordenado a este general marchar desde Vera directamente sobre Uruña, pasando por el Calvario situado a la izquierda de la Rhune. Es necesario creer que los malos caminos retardaron su marcha, puesto que no llegó hasta el mediodía a vista del enemigo—¡diez horas de retardo constituyen una gran diferencia en el resultado de un ataque combinado!—. Si la división de Vera hubiese atacado al mismo tiempo que la de Irún, a continuación del éxito de esta última, puede presumirse que la posición de los franceses ante San Juan de Luz hubiera sido conquistada, forzados a atrincherarse detrás de la Nivelle, les hubiera sido precisos nuevos combates y grandes ventajas para rechazar a los españoles, obligándolos a entrar en su línea; y de este modo la época funesta que hubo de sobrevenirles, se hubiera, por lo menos, retardado». Estas consideraciones finales de Marcillac se comentan por sí solas. La duda queda desvanecida.

#### **Información oficial española de la acción del día 5 de febrero (Gaceta de Madrid)**

Mas tocaba a la información oficial, al propio General en Jefe del Ejército español en los Pirineos occidentales, el dar cuenta de cuanto pudo acaecer en la acción que nos ocupa. Y así, en la *Gaceta* del viernes, 21 de febrero de 1794, se decía: «Con fecha 10 de este mes ha remitido el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, don Ventura Caro, la relación del ataque que desde Irún emprendió contra los enemigos, que a la letra es como sigue:

«Durante dos meses y medio hemos mirado con indiferencia los trabajos de los enemigos, porque a la verdad nos incomodan poco, y les hacían cada día mucho daño nuestras tropas de sus apostaderos avanzados y de las baterías de Biriatu y del Paso; pero habiendo observado que adelantaban cada día sus trabajos sobre la loma de la Cruz, y que si no los contenía se harían dueños de la loma del Diamante, y se darían la mano con la del Calvario de Oruña y monte del escarpado que



ya ocupaban, resolví atacarlos el día 5 del corriente y destruir todos sus trabajos, a cuyo efecto distribuí las tropas de este campo en el terreno que hay desde la mar hasta el Diamante, y dispuse que el Teniente General D. José Urrutia, bajase con las de Vera por los montes altos a ocupar el de Mandale o Aricogaña y Calvario de Oruña para amagar al enemigo por aquella parte, y que por la de Sare saliese de Vera alguna tropa para llamar la atención de las que los enemigos tenían en la villa de San Pée, y embarazar que viniese al socorro de los suyos. A este efecto, confié el mando de la izquierda al teniente General D. Ventura Escalante, a cuya orden estaban los Regimientos de León, a cargo de su Comandante D. Gracián Crespo; Ultonia, al de su Coronel D. Francisco Comesfort; Reding, al de su Coronel don Teodoro del propio apellido, y de sus respectivos jefes el batallón de voluntarios de Guipúzcoa y la compañía de a pie de Ubeda, a cargo del Comandante D. Juan Carlos de Areizaga, y cuatro escuadrones de caballería y dragones de los Regimientos de Farnesio y la Reyna, al del Brigadier D. Diego Artacho, con cuyas tropas debía cubrir todo el terreno que hay desde la mar hasta la loma de los Catalanes, y desde ésta a la nombrada de los Granaderos hasta el camino real, distribuyéndolas del modo siguiente: El Regimiento de León, a la orden del Mariscal de Campo D. Francisco Xavier de Negrete, ocupó la loma de los Granaderos; el de Ultonia, la de los Catalanes; y el de Reding, las de la izquierda y quemada a espalda de la de Granaderos. Los cuatro escuadrones de caballería y dragones divididos en 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> línea, formaron un escuadrón de caballería y otro de dragones a la izquierda de la loma de Granaderos, frente a la avenida de la misma y de la Cruz del Ramo, con la prevención de que en el caso de poner los enemigos artillería en dicha loma, se cubriese de ella con la que ocupaban, y que estuviesen prontos a salir a recibirlos si se atreviesen a bajar de la de la Cruz para atacarnos, y también para ocuparlos si fuese conveniente. Los segundos escuadrones de caballería y dragones se situaron en la loma de la izquierda detrás de la de Granaderos, con la orden de estar prontos a sostener el ataque de los primeros; el batallón de Guipúzcoa y compañía de a pie de Ubeda, se extendían desde la mar hasta la loma de los Catalanes, con la orden de atacar a los enemigos si se retiraban, y retirarse disputando el terreno si los cargasen.»

«Para asegurar la salida y retirada de estas tropas, y proteger el ataque de las ligeras, se situaron cuatro cañones violentos en la loma de los Catalanes, tres de a 8, dos de ordenanza de a 4, y tres obuses de a 6 en la de los Granaderos, y 2 cañones violentos en la loma a espaldas de la dicha de Granaderos.»

«Al Teniente General Marqués de Castelar confié el mando del centro, que se extendía desde el camino real al Diamante, que debió ocupar con los dos batallones de granaderos provinciales, a cargo del Marqués de Someruelos; los granaderos del ejército y compañías de Alternación, a cargo del Marqués de la Romana; los Voluntarios de

Aragón y Cataluña, a cargo del Brigadier D. Francisco Baturell y sus respectivos jefes, y las compañías de carabineros de Farnesio y Granaderos de la Reyna, las partidas de guerrilla de ambos cuerpos, la escolta del General del Regimiento del Rey a cargo del Capitán don Agustín Montoya, y las compañías de a caballo: todas al mando del Brigadier D. Antonio Amar, de su Sargento Mayor D. Joseph Ortiz.»

Para proteger la salida, ataque y retirada de estas tropas, dispuso que en la noche anterior se situasen en la loma del Paso o reducto de Luis XIV, cuatro obuses de a 8 y 2 cañones violentos, y que dividida la tropa del Marqués de Castelar en dos columnas, siguiese a la de la derecha, compuesta de los voluntarios de Aragón y dos batallones de granaderos provinciales, 8 piezas de artillería para que luego que desalojase a los enemigos del Diamante, situase 4 cañones violentos, en su cima más alta dos obuses de a 8 y dos cañones de a 8 y la baxa; y que a la de la izquierda, que debían salir por el camino real, compuesta de los Voluntarios de Cataluña, compañías de granaderos del ejército y las de Alternación, a cargo del Marqués de la Romana, siguiesen 13 piezas de artillería para situarlas en la loma alta de la Cruz en el parage que se considerase más conveniente, haciendo para esta división en la orden general las prevenciones de que los Voluntarios de Aragón y Cataluña fuesen los primeros a atacar los retrincheramientos franceses de la loma de la Cruz, cubriéndose con aquéllos luego que hubiesen arrojado al enemigo, y sosteniendo cubiertos sin pasar adelante hasta que se les previniese: que la caballería se formase marchando delante la compañía de Ubeda con lanzas, detrás de ésta las partidas de guerrillas, y siguiendo las compañías de carabineros y granaderos, llevando la distancia de 200 pasos de unos trozos a otros para tener lugar en sus formaciones, situándose debajo de la loma del Paso y de los violentos, y dejando los caminos libres para el tránsito de las demás tropas y artillería, marchando en la salida la caballería en la retaguardia, y aguardando en la formación que se le previniese las órdenes o señales del ataque o retirada que se le hiciesen.»

«Que los granaderos provinciales y Voluntarios de Aragón marchasen a la punta de Diamante y Perla por el camino, que desde el puente de piedra de Biriatu, dirige a dichos montes, cubriendo la artillería destinada a situarse en ellos, marchando ésta a su retaguardia; y la demás tropa por el camino real con los Voluntarios de Cataluña, siguiendo los granaderos del ejército, a éstos las compañías de Alternación, detrás la caballería, y cerrando la columna la artillería de reserva; y, finalmente, que siguiesen la mitad de naturales del tercio de Guipúzcoa con parigüelas para conducir los heridos y con hazadones y zapapicos para deshacer las trincheras, reductos y baterías de los enemigos, quedándose la otra mitad de dicho tercio a la orilla izquierda del río, guarneciendo los retrincheramientos del Paso, y con el fin de conducir los heridos desde los hospitales de sangre, mandando situar en las casas del Paso y la de los Generales de día, al de Irún.»

«Al Teniente General D. Francisco Horcasitas confié el mando del cuerpo de reserva, compuesto de los batallones de la Corona y Toledo, los Regimientos Provinciales de Valladolid, Orense y Laredo, y previne se situasen en el orden siguiente: En la loma del Paso, el batallón de Toledo y el Regimiento Provincial de Valladolid, en Biriatu los de Laredo y Orense, y en el monte Verde el batallón de la Corona.»

«Para que la retirada se hiciese con el mejor orden y sin confusión, previne también en la general que protegiesen la de nuestras tropas y artillería avanzada, las baterías de Biriatu y las del Paso: que la de Fuenterrabía, y las demás de la izquierda del río no hiciesen fuego mientras ocupásemos la loma de la Cruz; pero que estuviesen prontas para proteger a nuestras tropas en el paso del río en caso que fuesen cargadas por el enemigo; y que a fin de dejar el camino real y los puentes libres para el paso de la infantería, se dirigiese toda la artillería y caballería, en su retirada, a la isla francesa del Malecón, formando delante la primera, asestándola hacia las avenidas de Francia, y a su retaguardia la caballería.»

«Hallándose a las siete de la mañana distribuidas las tropas y artillería en el orden indicado, y habiéndose situado todas a la derecha del río en los parages señalados a cada cuerpo, mandé romper el fuego a la artillería de la loma del Paso, y a la de Biriatu contra la loma alta de la Cruz del Ramo, y contra la del Diamante: marcharon nuestras tropas al ataque y se apoderaron de ella ahuyentando al enemigo, que se recogió a sus reductos y retrincheramientos. El General Urrutia con su división desalojó a los enemigos del monte Mandale o Aricogaña, y del del Calvario de Oruña y deshizo su retrincheramientos. El Marqués de Castelar los desalojó del Diamante y de la loma baja y situó la artillería en los parages acordados. El Brigadier D. Juan Francisco Baturell con los Voluntarios de Cataluña ocupó la batería de los enemigos; y el Marqués de la Romana con los granaderos y compañías de Alternación los tres primeros reductos, que había en la loma del centro, y en el camino de Orduña. Por la izquierda el General Escalante hizo entrar por Hendaya al batallón de Voluntarios de Guipúzcoa y los de a pie de la compañía de Ubeda a cargo del Teniente Coronel D. Juan Carlos de Arizaga, que abrazando todo el terreno que hay desde la loma de los Catalanes hasta la mar, y sostenido de cuatro cañones violentos del Regimiento de Ultonia que había apostado Escalante en la loma de los Catalanes, atacó a los enemigos, y los desalojó con la mayor bazarria de todas las cercas y casas de campo, llevándoles hasta su primer reducto de la izquierda, y los entretuvo toda la mañana con sus repetidos ataques, ya cediendo el terreno, ya ganándolo, como se le había prevenido en la orden general, no obstante de ser más de duplicado el número de los enemigos.»

«Don Francisco Xavier de Negrete sostuvo la derecha de Escalante y la loma de Granaderos en el mejor orden, y desde ella contuvo siempre al enemigo.



»De la artillería que seguía por el camino real a la columna de la izquierda del Marqués de Castelar, y de la que se sacó de la loma de los Granaderos, se formaron tres baterías en la de la Cruz del Ramo, que batieron el campamento y reducto de los enemigos, quienes nos respondieron con dos cañones de a 24, dos de a 16, dos obuses y otras varias piezas menores. Fué sumamente vivo el fuego de una y otra parte, pues de la nuestra se arrojaron 743 granadas, y se dispararon 3.884 tiros de cañón, no siendo menor el de los enemigos, como el de mosquetería de nuestra izquierda y centro.

»A las doce del día, habiendo observado que los enemigos se habían reforzado demasiado, pues tenían más de duplicada gente que la nuestra; que los reductos de su campamento eran demasiado fuertes y guarnecidos de mucha tropa y artillería, que haría más sangriento su ataque y que habíamos conseguido el principal objeto de deshacer su batería, retrincheramientos y apostaderos en la loma alta de la Cruz, y que para la gloria de las armas del Rey se había cumplido con salir nuestras tropas al campo a presentar la batalla al enemigo, tomarles tres reductos y clavarles en uno de ellos tres cañones, resolví la retirada, que se ejecutó con el método y orden que había prevenido, y con toda la artillería y efectos que habíamos sacado, sin dejar la menor cosa en poder de los enemigos.»

»Estos luego que vieron retirar nuestra artillería de la loma de la Cruz del Ramo, nos cargaron en gran número por todas partes, sin obligarnos por ello a acelerar nuestra retirada, ni alterar la orden; antes bien, se les contuvo por todas partes, castigando su atrevimiento, pues sólo en la del Diamante, que fué el último punto que abandonamos, perdieron 300 hombres según relación de uno de sus desertores que se halló en él. A la una y media de la tarde desistieron los franceses de su empeño, cesando su fuego, y habiéndose retirado hicimos lo mismo.»

Esta referencia oficial iba seguida de una lista de las bajas experimentadas, fijándose en 51 el número de muertos, entre ellos tres oficiales, 225 heridos, de éstos 15 de la misma clase y 12 soldados extrañados, haciéndose constar, asimismo, el nombre de muchos de ellos. Los prisioneros hechos al enemigo eran de dos oficiales y 21 soldados, de los cuales cuatro estaban heridos. Terminaba D. Ventura Caro su información en los siguientes términos: «Como el terreno en que se combatió es todo quebrado, y se extendía a más de una legua, no era posible encontrarme por todo, y a fin de entenderme con los Oficiales Generales, Comandantes de las divisiones, establecí un plan de señales con banderas.»

»Debo a la pericia de los Generales, firmeza de los Jefes y valor de las tropas, los mayores elogios. Si hubiera cedido a los deseos de todos, y no me hubiera contenido la conservación del ejército que está a mi cargo y la de las vidas de tan bizarros soldados, hubiera atacado su campamento, y seguramente, no obstante todos sus reparos, de-

fensas y mayores fuerzas, lo hubiera ganado, porque la tropa estaba animada y deseosa de seguir adelante, y hubiera superado las mayores dificultades, pero considerando que la acción debía de ser sangrienta, he preferido a esta gloria la de la conservación de tan valientes soldados.»

#### **Consideraciones sobre la acción anterior**

Esta relación del ataque que desde Irún emprendió contra los enemigos D. Ventura Caro y que fué remitida al Conde de Campo Alange el 10 del mes de febrero de 1794, se presta a interesantes consideraciones. Es extraño que un hombre tan perspicaz, como él se muestra en tantas ocasiones, fuera a mirar con indiferencia durante dos meses y medio los trabajos de los enemigos por el hecho de que, «a la verdad no nos incomodaban», y así como también, «por el daño que pudieran hacerles las baterías de Biriatu y del Paso y los puestos avanzados con sus distintos fuegos». No podía desconocer nuestro General cómo estos trabajos tenían que responder a la finalidad determinada y, aunque dentro de ella cupiese el propósito de aumentar la fortaleza de las posiciones por los franceses ocupadas, ésto habría de hacerse siempre con miras a ponerlas en condiciones de servir de base a un plan de operaciones de mayor importancia o, de otro modo dicho, a una ofensiva a fondo. Y así tuvo que comprenderlo nuestro General, puesto que obedeciendo a tal plan los revolucionarios, llegó un momento en que hubo de observar cómo iban adelantando de día en día sus trabajos sobre la loma de la Cruz y, por ello, como era lógico, darse cuenta de que si no se les contenía, se hicieran dueños de la loma del Diamante y se dieran la mano con la del Calvario de Oruña y monte del escarpado que ya ocupaban, por cuya razón y para lograrlo, resolvió el citado día 5 del mes de febrero, atacarles decididamente.

Las disposiciones tomadas por el General Caro para conseguirlo, es de justicia reconocer que no pueden estar más conformes con los preceptos del arte militar. Y obsérvese que, no sólo se atiende en ellas a prevenir cuanto al avance se refiere, sino, igualmente, a lograr que en caso de retirada, ésta llegue a verificarse en el mejor orden y sin confusión, condiciones sin las cuales resultará siempre difícil, ya que no desastrosa. Todo se desarrolló, en efecto, favorablemente, según la información del General en Jefe. La pericia de los Generales, la firmeza de los jefes y el valor de las tropas, merecen los mayores elogios por parte suya; juzgándoles acreedores a la gratitud del Monarca y afirmando que, tal era la animación de la tropa española y tan deseosa se mostraba de estar dispuesta a seguir adelante, que sin vacilación hubiera atacado al campamento francés, seguro de superar las mayores dificultades, no haciéndolo en atención a que por la superioridad

dad del enemigo en fuerzas combatientes, la lucha habría de ser sangrienta y él prefería, a la gloria de un éxito victorioso, la conservación de tan valientes soldados. ¡El concepto es digno de un hombre honrado a carta cabal y de un ilustre General en Jefe!

**Algo que es lícito apreciar en el relato de la acción dado por el General Caro. Consideraciones de Marcillac, Gómez de Arteche, Almirante y Beaulac**

Pero de todos modos, algo creemos ver en el relato de D. Ventura Caro que discretamente se omite, algo que, sin duda alguna, obligó a retirar sus tropas y ordenar cesar el fuego tan pronto vió que así lo hacían los franceses; algo, en fin, que vino, en último término, a esterilizar el fruto de esta contienda, y que no es otro que el que Luis de Marcillac indica y Gómez de Arteche recoge, y que mueve al General Almirante a emitir un juicio crítico tan terminante como casi todos los suyos. «Tres columnas arremetieron con numerosa artillería. Las de izquierda y derecha se lo llevaron todo de calle; el campo de los Sans Culottes recibía una granizada de hierro; pero la columna central, dirigida por Urrutia, no llegó con la debida oportunidad y convergencia. Sin duda, el mal camino retardó su marcha largas horas, y el prudente Caro, por no seguir una maniobra, ya desconcertada, se recogió victorioso a sus líneas. Los franceses confiesan como inevitable la derrota si la columna de Urrutia hubiese caído a su debido tiempo sobre Urrugne; su línea, muy floja en aquel punto, hubiera sido rota; irremisiblemente hubiera caído el gran reducto llamado de la Libertad, quedando envuelto por la espalda el célebre campo de los Sans Culottes. La acción, de todos modos, fué sangrienta: 200 muertos y 800 heridos en conjunto; la artillería española tiró 4.000 cañonazos; el vencedor, si lo hubo, entró satisfecho en su campo, y el vencido se aplicó de nuevo a su tarea de mover tierra y, sobre todo, de allegar más gente.»

Y la alegación del General Almirante es rigurosamente cierta. El ciudadano Beaulac, después de exponer que el invierno de 1794 fué muy dulce en estas fronteras y no interrumpió las vivas escaramuzas que la aproximación de los dos ejércitos debía ocasionar, añade: «Al comienzo del mes pluvioso, dos medias brigadas, la 39 y la 147, así como el medio batallón número 8 de La Gironda (1), salieron para el ejército de los Pirineos orientales, según órdenes recibidas del Comité de Salud Pública; el 4.º batallón de Lot y Garona y un batallón formado por diversas compañías de cazadores, se pusieron, igualmente, en marcha

---

(1) Otro medio batallón en el valle del Aure.



para el ejército del oeste. Estos cuerpos fueron completados antes de su partida y el ejército se encontró así disminuído en unos ocho mil hombres.»

«Del lado de San Juan de Luz hiciéronse durante dos meses y medio trabajos sólidamente apoyados, que extendían poco a poco las posiciones francesas y oprimían las que los enemigos ocupaban en nuestro territorio. En fin, después de largas irresoluciones éstos se determinaron a intentar un ataque general que pudiera asegurarles una más grande libertad de movimientos.»

«Al despuntar el día, el 17 pluvioso (5 de febrero), tres columnas enemigas con un conjunto de 13.000 hombres de infantería y 700 caballos, con numerosa artillería, desembocaron por el camino que conduce de Vera al Calvario, por el de la Croix des Bouquets y por Hendaya, invadieron en un momento todas las posiciones que se extendían desde el Calvario hasta el Bidasoa, así como la Croix des Bouquets, desde donde su artillería destruyó el campo de los Sans Culottes. Este movimiento brusco y bien combinado introdujo en un momento el desorden en el ejército francés, y la derecha se vió expuesta a ser envuelta, si dos faltas graves cometidas por los españoles no hubieran arrancado la victoria de sus manos. El General Urrutia, dueño de la montaña del Calvario, quedó en ella estacionado; si él se hubiera lanzado desde ella rápidamente sobre Urrugne, hubiera roto fácilmente la línea francesa en este punto totalmente desguarnecida, y hubiera asegurado el éxito del ataque central contra el reducto llamado de la Libertad, cuya conquista dejaba al descubierto la retaguardia del campo de los Sans Culottes. La segunda falta fué la poca decisión con que la columna central realizó su ataque. Sin esta falta de arresto, probablemente el citado reducto hubiera sido tomado.»

#### **Concepto francés de la operación del día 5**

Como vemos, Beaulac se muestra en todo este relato veraz y comprensivo. Hemos de permitirle, por lo tanto, que por su parte declare que, no obstante lo anteriormente expuesto, «los franceses desplegaron un valor admirable». En el seno de las profundas calamidades que desolaban la República, las almas estaban llevadas de la desesperación o de la exaltación, y vióse sin extrañeza que batallones nacientes y llenos de una juventud afeminada, rivalizasen en audacia y firmeza con los cuerpos más aguerridos.»

«Después de un combate de siete horas, los españoles realizaron su retirada en buen orden y los franceses penetraron en todas sus posiciones. La pérdida total por ambas partes ascendió a 200 muertos y 800 heridos, de los cuales las dos terceras partes del ejército español. Puede uno hacerse idea de la vivacidad del fuego en esta acción

por el número de disparos de cañón realizados por parte de los enemigos que lo hacen ascender a 3.844.»

**Significación de la campaña en la  
opinión pública. Informa la Gaceta  
de Madrid el 25 de febrero de 1793.**

**Declaración del General Caro**

El 3 de febrero de 1794, comunicaba la Marquesa de Lozoya, desde Pamplona, a su mayordomo en Segovia, que por aquellas tierras de Navarra se aseguraba que los franceses pedían treguas por cuatro meses, y ella comentaba que sería bueno que así fuera: «pues puede ser se componga todo, porque ellos entre sí no las tendrán en sus guerras interiores y cuando no, se reforzará nuestro ejército, que está tan debilitado». Esta era, por lo tanto, la sensación que de un modo efectivo debía causar la presencia de nuestro ejército en el ánimo popular. No debía estar muy satisfecho este ánimo con la marcha y porvenir de las operaciones. No es, pues, extraño que tanto el Alto Mando del ejército español, como el Gobierno, se creyesen en el caso de dar al conocimiento público determinadas explicaciones.

En la Gaceta del martes 25 de febrero del año en cuestión, decíase textualmente: «Habiéndose referido en la *Gaceta* próxima anterior, únicamente al detalle de la acción y ataque que el 5 del corriente ejecutó el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa sobre los enemigos, desalojándolos de los retrincheramientos que tenían en la loma de la Cruz y demás puestos de sus inmediaciones, con la mira de no hacer difusa la noticia que se daba al público de este feliz suceso, se ha creído conveniente para su mayor instrucción expresar ahora lo que el citado General participó también entonces relativo al estado, posición y precauciones que el enemigo ha ido tomando en aquella parte desde abril último, y lo hace en los siguientes términos:

«Desde que en abril y mayo del año próximo pasado atacamos a los enemigos en sus campamentos de Hendaya, Oruña, Biriatu y Sare, y les hicimos saltar el fuerte de Hendaya, se alejaron de nuestra frontera, y se retiraron de la otra parte del río Nivelles, que desagua en San Juan de Luz, retrincherando sus puestos y pasos; y mientras me ocupé de pasar a la derecha de Navarra para desalojarles igualmente de la frontera del valle de Baztán, de los Alduides y Castillo Piñón, tuvieron tiempo para reunir mayor número de fuerzas y artillería, y pasando el río Nivelles ocuparon San Juan de Luz, y establecieron sus campamentos en las alturas inmediatas, fortificándolos con baterías y retrincheramientos, desde donde adelantaron varios trozos de sus tropas a los pueblos de San Pée, Añoa, Ascain y Oruña, fortificándose en todos ellos para su mayor seguridad. Desde su campamento de San Juan de Luz, dos leguas distante de esta frontera, se nos han

acercado fortificando todas las eminencias con reductos y retrincheramientos a medio tiro de cañón unos de otros, y en términos que se sostienen y flanquean, habiendo puesto en este trabajo siete meses. Por último, el día 11 de noviembre, se adelantó su ejército hasta la colina donde estaba la ermita de Santa Ana, 1.600 toesas del río Bidasoa, cuya posición es muy ventajosa, porque domina por la izquierda todo el terreno hasta la mar; por la derecha tienen un profundo barranco por nuestro frente, cuya avenida es la más fácil, domina el terreno, y por la espalda tiene la comunicación asegurada por San Juan de Luz, por los muchos reductos y retrincheramientos con que han fortificado todas las colinas.»

«Desde luego hicieron concurrir a trabajar una multitud de paisanos, comenzó a fortificarse, y habiendo conducido de Bayona y de todos los pueblos inmediatos tablazón preparada, construyó una porción grande de barracas de madera con tal prontitud, que en doce días quedaron concluídas, y se vió una población nueva capaz de alojar 4.000 hombres. Los reductos y retrincheramientos con que cubrieron este campamento se construyeron con igual viveza, y en breve su nuevo campamento, situado ventajosamente, lo pusieron a cubierto de todo insulto, en atención a nuestras cortas fuerzas.

«Luego que hubieron asegurado su campo, comenzaron a adelantar sus ataques hacia nuestras fronteras, y ganaron las lomas altas de la Cruz del Ramo, que por ser la más elevada que hay en el camino de Bayona, vierte aguas a San Juan de Luz y al río Bidasoa. Cada día construían nuevos retrincheramientos y apostaderos en la indicada loma de la Cruz del Ramo; y aunque le disputábamos el terreno, como debíamos abandonarlo en la noche, durante ella levantaban sus retrincheramientos, que aseguraban de día. Quitaron la Cruz del Ramo y pusieron en su lugar el árbol de la libertad, y establecieron una batería en la loma de tres cañones de a 6 y algunos violentos, con que sostenían sus tropas y dificultaban nuestro acceso. Por nuestra parte conservamos otra loma distante 306 toesas de ésta, y separada de ella por un barranco que confina por la derecha con el camino real de Francia, y por su izquierda con otra eminencia que domina el lugar de Hendaya; y en atención a que el extremo derecho de esta loma lo guarnecían los granaderos, y el izquierdo las tropas ligeras de Cataluña, llamamos a los dos extremos de esta loma la de Granaderos y de los Catalanes, que hemos conservado siempre y desde ella se ha contenido al enemigo. A la espalda de estas lomas, y a la inmediación del río hay otra aislada que los franceses llaman el reducto de Luis XIV, y nosotros la loma del Paso, en donde de día se sitúa artillería para proteger nuestras tropas avanzadas, y se retira de noche. Conservamos también en la parte de Francia el lugar de Biriatu fortificado, y el extremo de la derecha de la loma del Ramo, que remata en un punto mucho más elevado y llamamos el Diamante, del que arrojaban en la descubierta a los enemigos los Voluntarios de Aragón, y mantenían todo el día, al



que se habían aproximado ya tanto los enemigos con sus retrinchamientos y apostaderos, que cada día encontraban más dificultad los Voluntarios de Aragón en recuperar su puesto, y a más nos tenían bloqueados por nuestra derecha hasta el río, porque habían fortificado el monte del Calvario de Oruña y el Mandale o Aricogaña, que confina con el río Bidasoa, y que conservado por los enemigos, cortaría nuestra comunicación con los puestos altos de Vera.»

#### **Pequeñas operaciones de castigo por los españoles**

Tras esta declaración expresiva de los hechos formulada por don Ventura Caro, la información oficial no nos daba cuenta más que de dos hechos de armas, realizados el día 11 y el 16 de febrero, referentes la segunda a una operación de castigo con motivo de robos cometidos por los franceses desde el valle de los Alduides, y la primera a un golpe de mano llevado a cabo por el teniente don José Urrea, que mandaba las partidas de Voluntarios del segundo batallón de Navarra, que con dos sargentos primeros y 60 voluntarios, salieron a sorprender una avanzada enemiga situada en una casa en las inmediaciones de la villa de Echazu. Estas partidas de voluntarios salían todas las noches a patrullar por los intermedios de los puestos de Urristi, Ansastegui y Auricena, todas ellas ante la villa de Maya. El propósito del teniente Urrea se vió plenamente realizado, logrando hacer escapar a los franceses de la casa que se cita y recogiendo tres fusiles, alguna porción de ganado lanar y vacuno y otros efectos.

#### **Juicio crítico del General Gómez de Arteche**

Pero si Arteche, tras la acción de la Croix des Bouquets y con la terminación del año 1793, no consideraba terminada la campaña por las razones expuestas, con la acción del 5 de febrero juzga que ésta, en efecto, lo ha sido, y su juicio crítico sobre la misma no puede estar más acertado. «Los franceses—expone—si antes de la acción se manifestaban sin ánimo de emprender operaciones que les hiciesen dueños del terreno nacional, devastado en cerca de un año de correrías, incendios y saqueos por sus enemigos, menos quizás que por ellos mismos, después de aquella jornada sólo pensaron en fortificarse más y más, en asegurar la comunicación de sus campamentos con Bayona y en instruir a los reclutas que les llegaban cada día en mayor número. En las proporciones de aquella lucha, en que ninguno de los contendientes debía aspirar a resultados grandiosos y sobre todo decisivos, atentos principalmente los franceses a impedir la invasión de su país

por las provincias septentrionales donde intentaban abrumarlos los del Austria y la Prusia, primeros factores de la gran coalición de que se veían amenazados, y procurando los españoles llamar la atención tan sólo en las márgenes del Bidasoa, para que Ricardos superase los obstáculos que se le opusieron en su marcha por el Rosellón, era muy difícil y sería muy raro que se entablasen acciones de las que bastara una para influir en tal resultado como el término de la campaña.»

«El General Caro, en su primera acometida, había logrado dejar despejada de enemigos la zona española de la frontera que antes insultaban aunque no impunemente, y hacer que desalojasen una fortaleza, la de Hendaya, y campos y establecimientos tan importantes como los de Biriatu, Jolimont, Sare y Urrugne, hasta la Nivelles, segunda línea militar defensiva de su territorio. Y tal respeto, ya que no espanto, tratándose de soldados tan bizarros, supo infundir en las filas del Ejército francés, después particularmente de la de Castell Piñón, que aún siendo más numerosos que los españoles, los republicanos creyeron no poder continuar la campaña hasta que, reorganizados en un campo bien fortificado, al apoyo de una plaza de guerra, con refuerzos considerables que se le enviaran del interior de Francia y estableciendo una disciplina muy distinta de la hasta entonces revelada, pudieran medirse con sus enemigos con algunas mayores probabilidades de éxito. Pero, no bastando aún eso, los franceses apelaron a un sistema, si ofensivo, tan tímido y lento, que más parecía que marchaban contra las obras de una plaza de un sitio regular y metódico que contra un ejército que los esperaba en campo abierto para combatirlos con sus maniobras y sus fuegos, más que con eso con las bayonetas y los sables que eran las armas que le habían servido siempre para vencerlos. Ya se hallaban reorganizados en número más que de sobra al compararlo con el de los españoles; ya se iban acercando al Bidasoa a la zapa y cubriendo de artillería sus obras de aproche y los reducidos que habían de darles seguridad en sus futuras combinaciones tácticas; parecía llegado el momento de tomar la iniciativa de que esperaban la liberación del suelo patrio; y no solo salían escarmentados en su empresa de apoderarse de Biriatu y de envolver todas las posiciones enemigas de la frontera, sino que faltó poco para que, envueltas las suyas, tuvieran, como sus compatriotas del Pirineo oriental, al campo de la Unión y Perpiñán, volver ellos al campo de Bidart y a Bayona, tomando en tan seguros recintos sus cuarteles de invierno.»

Las consideraciones que anteceden habían de llevar al General Gómez de Arce a formular un juicio y calificación determinantes, y así declara: «El fin y los resultados de aquella campaña, que hay historiadores franceses que ni siquiera mencionan, no necesitan por parte de los españoles de panegíricos que pudieran creerse apasionados: nos los dan hecho los sucesos mismos de ella, siempre ventajosos a nuestras armas, y el concepto que inspiraban al Gobierno francés. ¿A qué si no aquel incesante relevo de generales; el aumento a cada jorna-

da de los representantes que enviaba la Convención para sus exageraciones revolucionarias, sus bárbaros mandatos y arbitrariedades, reanimar el espíritu del ejército, ya que no por sus prendas de talento y experiencias militares?»

«Causa pena ver que hombres de la talla intelectual del General Foy se empeñen en desvirtuar el mérito de la campaña de 1793 en los dos extremos del Pirineo, suponiendo paralizado el valor de los soldados españoles por la letargia del Gobierno de Madrid y a sus generales torpes y sin talento». «El favorito, dice el eximio historiador de la guerra de la Península, formaba los planes de campaña y se ejecutaban mal, ignorándose la guerra de montañas. Queriendo estar en todas partes, no se estaba en ninguna. La guerra ofensiva tenía el carácter de la defensa cuando, por el contrario, la defensa de los franceses ofrecía el carácter de la guerra ofensiva.»

«Que apenas se hicieron ver entre los españoles algunos generales de segundo orden»; y entonces ¿qué calificativo deberíamos aplicar a los diez que venció Ricardos, Dagobert entre ellos, y a los cinco que a tan mal traer tuvo durante un año D. Ventura Caro? Es verdad que no los cita, baste que sean franceses; y hace bien, para que no caiga ese borrón sobre los nombres de quienes se dejaron vencer por soldados entumecidos y generales que ni la guerra de montañas comprendían, mucho menos las grandes operaciones de los republicanos, que para fortuna nuestra no quisieron, sin duda, emprender en aquélla.» Y no hay que achacar las derrotas de los franceses a las malas cualidades de sus tropas; las atribuimos al desorden y al abatimiento que en ellas producían los excesos revolucionarios y la inercia de sus jefes; porque otro francés, Carrión-Nisas, dice de los soldados republicanos de aquella época que «jamás valieron más por sí mismos ni ofrecieron más inteligencia, mayor ímpetu, ni más recursos individuales de toda clase».

**Declaraciones del Conde de Clonard. Ventajosa situación de los españoles al final de la campaña de 1793**

Más decisivo y contundente, el Conde de Clonard formula el siguiente juicio crítico: «Así terminaba en las fronteras de Navarra y Guipúzcoa una campaña, emprendida con tenues medios y bajo un plan evidentemente vicioso.»

«El ardor belicoso de ambas naciones beligerantes, y el acrisolado celo de los generales enemigos, produjeron esos choques sangrientos y violentas repercusiones que no podían ejercer influencia alguna sobre la suerte de la guerra. La ofensiva por este lado ya hemos dicho que era más geográfica, más política e inmensamente más útil que por el Rosellón. Pero intentar una invasión, sería en un país como la



Francia, al frente de ocho mil hombres de tropas regulares, sólo podía caber en los límites del deseo más temerario.»

«Por lo demás, como en una guerra de esta clase, la victoria moral debía reputarse como muy preferible a la victoria física, podíamos augurar, aún en los términos de la imparcialidad más severa, que el triunfo correspondía a nuestras armas, y que la fiereza republicana había reconocido el belicoso temple de la nación española.»

### **Enjuicia el General Almirante**

El General Almirante, poco propicio a la compasión y a la disculpa, se muestra en esta ocasión altamente comprensivo. Y sin prejuicio alguno, enjuicia de esta suerte: «El balance de la campaña del 93 en el Bidasoa es algo satisfactorio para España. Dadas las singulares condiciones expuestas a aquel pequeño y descuidado ejército por la política o la estrategia de Godoy, se había destruido el puente de Hendaya y se dominaban las dos orillas del río. Si después de la toma de Château Pignon no se empujó hasta San Juan de Pié de Puerto; si por la otra ala no se pasó de Biriatu y de la meseta de la Croix-des-Bouquets, permitiendo que avanzase a paso de tortuga el campo de los Sans Culottes, más digna es de aplauso que de censura esta circunspección, que hoy se tildaría de extremada, pero que respondía a las órdenes terminantes del Gobierno y abona la previsión del General Caro, a cuya pericia no se ocultaba la inminente proximidad de desdichas, que con dolor vamos a exponer, en la campaña de 1794».

### **Interesante juicio crítico de Luis de Marcillac**

Pero nadie tan interesante en sus declaraciones como Luis de Marcillac, que al hacer el juicio crítico de esta campaña procura fundarlo en la propia realidad de los hechos presentando, ante todo, un resumen de los mismos. «En el mes de abril y mayo de 1793—exposne—D. Ventura Caro, queriendo desembarazar la frontera que había sido confiada a sus cuidados, desalojó a los enemigos de los campos de Hendaya, Urrugne, Biriatu y Sare, y destruyó el fuerte de la primera. Los franceses fueron entonces obligados a retirarse y a atricherarse detrás de la Nivelle, río que toma sus aguas en los Pirineos y desemboca en la mar en San Juan de Luz. Sus puestos avanzados se hallaban en Saint Pée, Anoa, Ascai y Urrugne. Como Navarra se encontraba asimismo bajo el mando de D. Ventura, después de haber asegurado su situación en Guipúzcoa, se trasladó a ella. No contando con tropas suficientes para operar ofensivamente sobre toda la línea al mismo tiempo, rechazó a los franceses de las fronteras de los valles del Baztán

y los Alduides, destruyó el fuerte de Château-Pignon, posición casi inexpugnable, y les forzó a replegarse en San Juan de Luz.»

«En esta nueva posición los franceses no pensaron más que en guardar a Bayona; establecieron sus campos en las alturas que dominan aquella localidad del frente de España, fortificándolas con baterías y atrincheramientos y de este punto central se contentaron, durante algún tiempo, con hacer avanzar destacamentos hasta los pueblos de Saint Pée, Anoa, Ascain y Urrugne. Habiendo recibido refuerzos, avanzaron hacia la frontera de España y tardaron seis meses en ganar las dos leguas que existen entre San Juan de Luz y el Bidasoa. Establecieron y se fortificaron de altura en altura, todas a mitad de alcance de cañón, y todas sosteniéndose mutuamente, y, de este modo, lograron avanzar poco a poco sus posiciones y limitaron la libertad de las que los españoles ocupaban en territorio francés. En fin, el 11 de noviembre de 1793, llegaron a 1.600 toesas del Bidasoa y tomaron posición en la colina de la ermita de Santa Ana en condiciones ventajosas, dado, que estando apoyada en el mar por la derecha y a la izquierda en un barranco profundo que llegaba al frente de la línea de los españoles, toda la posición de estos últimos quedaba al descubierto. La retaguarda del Ejército francés estaba asegurada, así como sus comunicaciones con San Juan de Luz, por los reductos y atrincheramientos que cubrían las colinas que bordean la vía internacional, paralela al mar; fué en esta posición la elegida para establecer el campo llamado de los Sans Culottes.»

«Habiendo asegurado su campo, los franceses avanzaron hacia el Bidasoa, siempre de batería en batería, y lograron llegar a la altura llamada la Croix des Bouquets, la más elevada de todas aquellas que se encuentran situadas en la dirección de Bayona. Fué para desalojarlos de esta posición e impedirles de establecerse en ella, por lo que D. Ventura atacó el 5 de febrero.»

«Así establecidos, no quedaba en poder de los españoles del otro lado de sus fronteras más que Biriatu y la montaña de Luis XIV, que apoya su derecha en el ancho camino que la separa de la colina anterior y que enlaza por la izquierda en un mamelón que mira al mar y domina a Hendaya. La ocupación de esta montaña de Luis XIV era peligrosa, al estar dominada por su derecha bajo los fuegos y las vistas de los puestos fortificados que los franceses habían establecido sobre los montes del Calvario y de Mendale. Este último llega hasta las márgenes del Bidasoa y ponía obstáculo, por lo tanto, a la comunicación directa con Vera. Tal era la posición de los españoles al fin de esta campaña.»

No era, como vemos, muy desahogada la situación de nuestro frente de operaciones al finalizar la campaña de que tratamos, pero considerando en su totalidad el desarrollo de las mismas, hemos de ver, según lo testimonia el historiador francés, cómo en el transcurso de los hechos y acciones acaecidas durante el año 1793 en la zona occiden-

tal de los Pirineos ístmicos, *toda la ventaja estuvo de parte de los españoles*; Caro, supliendo la escasez de su fuerza por la superioridad de su genio, realizó golpes audaces a los cuales los franceses se opusieron con valor; pero sus generales no tenían plan determinado. Sus tímidas gestiones denotaban, o que no contaban con grandes medios de acción, o que no osaban realizar nada ante el acertado mando del general español.»

Mas no contento con estas afirmaciones, Marcillac quiere desvanecer toda duda sobre el mérito de la labor realizada por el año de mando español. «Podría reprocharse al General Caro—indica—el no haberse aprovechado de su éxito del 1 de mayo. Pudo, ciertamente, ocupar la Nive e incluso el Adour; pudo apoderarse de Bayona e incluso de la Ciudadela, después de esta acción tan ventajosa para las armas españolas, pero el General Caro no contaba con fuerza suficiente para ocupar esta posición tan extensa, y además parece que los planes de su Corte eran los de mantenerse en una defensiva a lo largo del Bidasoa.»

#### **Nobles declaraciones del ciudadano francés Beaulac**

Podrá recusarse que este testimonio del historiador francés tiene un valor muy relativo al tratarse de persona, aunque extranjera. seguramente afecta a nuestra Patria. Pero otro testimonio, también de un francés fidelísimo, hijo de la Revolución, el ciudadano Beaulac, no es menos favorable al reconocer el éxito alcanzado por el General Caro y las tropas a sus órdenes. «Resumiendo los resultados de esta campaña, *declara sin reserva alguna*, vemos que la ventaja estuvo de parte de los españoles. Destruyeron el fuerte de Hendaya y son dueños de todo el Bidasoa. Las cimas de las montañas están cubiertas con sus soldados y sus atrincheramientos, y ocupan todos los puestos favorables a una defensa obstinada.»

«La causa de esta superioridad de los españoles se encuentra, naturalmente en el cuidado con que estuvieron siempre dispuestos a combatir antes que los franceses.»

«Por otra parte, si consideramos la naturaleza de estos éxitos, uno se admira que hayan alcanzado un límite tan estrecho. Hendaya no fué conquistada por la fuerza, sino evacuada. Después de la empresa de Châteaueau Pignon, el ataque a San Juan Pied de Port no fué intentado. En el seno de la victoria, los españoles parecen redoblar su circunspección. Aunque sus fuerzas e incluso su interés bien entendido no les permitieran realizar movimientos demasiado extensos, está, no obstante, fuera de duda que un poco más de audacia hubiera mejor afianzado su defensiva, dado que en este género de guerra no es suficiente el conservar las buenas posiciones, sino que es preciso, igualmente, cuando la ocasión lo permita, no dejar al enemigo otras que las peores que él posea.»



«Desde luego, pensamos que, a excepción de algunas empresas tímidas, la conducta de los españoles durante esta campaña ha sido infinitamente sabia; midiendo sus deseos a tenor de sus fuerzas, han sabido preservarse de la ilusión de las conquistas del lado de este sector occidental y dejado a su ejército de Cataluña todo cuanto pudiera favorecer la más brillante ofensiva. Los franceses han conseguido, por su parte, un sistema diferente, y no ha habido razón, por ello, para aplaudirles. Es necesario acordarse, en efecto, de que después de los inauditos esfuerzos de valor realizados, los dos ejércitos de los Pirineos no disponían en España más que de una posición mal asegurada, y que una más larga guerra acaso les hubiera colocado en una humillante defensiva.»

Ninguno más afirmativo y de mayor alcance que este comentario del ciudadano francés al desarrollo experimentado por la campaña del año 1793 en el frente occidental de los Pirineos. No cabe expresar en términos más breves lo que fué y lo que pudo ser el esfuerzo realizado por las tropas al mando del General don Ventura Caro, y hemos de reconocer que en esta ocasión, como en tantas otras, España no pudo realizar aquello a que parecía ser llamada por un destino providencial, viéndose así privada de alcanzar un timbre más de gloria y de grandeza.



## CAPITULO VII

### EL GENERAL CARO VUELVE A ENCARGARSE DEL MANDO DEL EJERCITO DE NAVARRA Y GUIPUZCOA

*Caro regresa de la Corte con orden  
de proseguir la campaña. Situación  
de Francia*



ARO marchó a Madrid, cual lo hicieran Ricardos y el Príncipe de Castelfranco, a fin de concertar con Godoy los preparativos para la nueva campaña. Y fueron llamados a la Corte cuando en las altas esferas del Gobierno español se estudiaba la conveniencia o no de continuar la guerra y fijar los procedimientos que habrían de seguir los generales encargados de hacerla en caso afirmativo. Se imponía la asistencia de ellos como el medio más apropiado para conocer cuantos datos, opiniones y consejos fueran hijos, no sólo de la competencia técnica, sino de una experiencia basada en la actual realidad de los hechos. No dejaron de asistir, al efecto, a la tormentosa sesión regia del Consejo del 14 de marzo, en la que figuraba el Conde de Aranda como Decano del mismo, y en la que vino a desarrollarse el desagradable incidente que consolidó el encumbramiento del privado, ya nombrado Capitán General el 23 de mayo del año anterior, y la caída definitiva de aquél. «Con la orden de continuar la guerra y con el ofrecimiento, no poco temerario de Godoy, de reforzar los ejércitos de la frontera pirenaica hasta equilibrarlos en número con los franceses, oferta no sostenida por el Ministro de la Guerra, Conde de Campo Alange, más sesudo y más experto que el nuevo Capitán General. árbitro entonces de los destinos de España, salían de Madrid, para sus respectivos destinos, don Ventura Caro, olvidado en las in-

terminables listas de recompensas otorgadas por la campaña anterior, el que, después de Ricardos, había sido su primero y el más glorioso actor, y el Príncipe de Castelfranco, llevando pendiente de su cuello el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro, como premio a los servicios que, a su vez, había prestado, si no por sus deseos, muy inferiores a los de su colega de los Pirineos occidentales, por la condición geográfica de la frontera cuya defensa se le había encomendado.»

Y esto que así da a conocer Gómez de Arteche, sucedía cuando, como él mismo indica, «sólo en la frontera española y en La Vendée quedaban humilladas las armas francesas al terminar el año 1793; pero, aun allí, podían preverse y aún se sentían síntomas de una reacción por parte de Francia, que auguraban, con un triunfo decisivo, la liberación completa de su territorio y el fracaso de aquella alianza general de las potencias europeas, que poco antes amenazaba su existencia política y su influjo, por consiguiente, en el equilibrio de las naciones que tienen su asiento en este viejo continente».

Todo comenzaba a ponerse en favor de la causa revolucionaria, tanto en el exterior como, desde el punto de vista de la situación interna de la Francia republicana: «Y era que a la división y a la discordia, mejor dicho, que imperaba en las filas de los aliados, iba a oponerse lo que ellos no esperaban: la unión de las voluntades en Francia, si impuesta, en no pequeña parte, por el miedo a aquel Gobierno feroz y sanguinario, que parecía iba a aniquilarla, estimulada por el patriotismo que en todo pueblo viril excita la presencia del extranjero en el suelo.»

«Ejercía sus estragos el *Terror* con una violencia que parecía iba a acabar con las fuerzas todas de la Francia; a tal número se elevaba ya el de sus víctimas y en tales proporciones destruía los intereses, que parece debieran sostener los esfuerzos extraordinarios que desplegaba en la guerra. Allí no regía otro principio ni debía seguirse otro sistema que los del exterminio de cuantos no se dejaran llevar de aquel *delirium tremens* que embargaba el corazón y la inteligencia de los que, a fuerza de violencias y excesos horrendos, habían logrado sobreponerse a todos y regir arbitraria y despóticamente a la nación francesa, tan arrogante siempre. Y, sin embargo, esto, que parece pudiera sublevar los ánimos y elevar los caracteres de gentes que siempre han presumido de una independencia verdaderamente genial, provocando entre todas ellas el desorden, la indisciplina y la rebeldía, que debieran traducirse en una guerra civil por todas las provincias de la República, sólo produjo unos que podríamos llamar chispazos en las regiones occidental y meridional, en cuyos sucesos nos hemos ocupado anteriormente. El miedo, la prudencia si se quiere, había llevado a los más moderados o indiferentes a las filas del Ejército, único abrigo contra la crueldad de aquel Gobierno, y los que nada tenían que temer de él, y la masa inmensa de los que no podían presenciar impasibles



la profanación del suelo patrio, acudían también a las filas para rechazarla y vengarla.»

«No eran estos últimos los mejores adalides de la independencia de Francia; que todo el mundo sabe que, salvo raras excepciones, los famosos voluntarios, más que de utilidad, sirvieron de estorbo y ofrecieron graves dificultades a los generales franceses en el mando de los ejércitos. Pero la conscripción general a que antes nos hemos referido, esto es, la que también hemos llamado constitución armada de toda la Francia, produjo, no sólo un número de soldados nunca visto hasta entonces en tanta y tanta guerra como había asolado a la Europa central, sino el entusiasmo en ellos que les daba la mutua comunicación de todas sus clases, la comunidad de peligros y de la gloria, uno de los móviles más poderosos en la nacionalidad francesa, y el ansia, sobre todo, de mostrar que ni las divisiones intestinas, ni la acción más enérgica de cuantos enemigos pudieran combatirla, lograrían entibiar su impetuosa iniciativa y su furia característica.»

#### **El ejército francés dispuesto a la ofensiva**

«Ofrecíanse, pues, en perspectiva para la campaña de 1794, ejércitos numerosos como nunca, y si adoleciendo de la indisciplina, entonces circunstancial, por tantas y tan hondas causas de desmoralización, y aun con el grave defecto de haber de instruirse en el ejercicio de las armas a la vista y bajo la acción del enemigo, muchos al fin y en disposición de a la primera victoria, constituirse en los más activos y hábiles de Europa, como preparándose para, años adelante, alardear del título, para nadie como para los franceses halagüeño, de invencibles. Pronto los veremos abandonar su actitud defensiva de la campaña anterior, tomando la ofensiva en todas las fronteras, la que siempre ha formado el ideal y constituido la aspiración que mejor cuadra al soldado francés.»

#### **El General Caro, conocedor de su desfavorable situación, se mantiene en su puesto en atención a su leal- tad a la Patria y al Rey**

No es aventurado suponer que el General Caro tenía un conocimiento más o menos exacto de cuanto acaba de exponerse, y a su sagacidad no podía escapar el estado en que se encontraba la política y la opinión de nuestra patria. Está, pues, autorizado el General Almirante para declarar en su *Historia militar*, que el ilustre General en Jefe del ejército de Navarra volvió desalentado a recobrar el mando que ac-

cidentalmente había abandonado. «No eran ciertamente nuevos contingentes, mayor cantidad de artillería, más numerosos medios de combate de los que podría disponer; por el contrario, tenía que suplir la fuerza con el ingenio, mantener por largo tiempo una situación desairada, de suyo insostenible, todo lo cual requiere una tensión de espíritu y de cuerpo que difícilmente se puede sobrellevar en edad algo avanzada, como era la suya.»

Es, por lo tanto, de justicia reconocer que tan sólo el cumplimiento de sus deberes y la fidelidad a su patria y a su Rey, le mantuviesen firme en su puesto. Todo cuanto venía sucediendo y parecía sobrevenir, no era nada favorable al abrigo de grandes esperanzas. Si hasta aquel momento la situación había podido mantenerse, gracias al estado de desorganización de los revolucionarios, mal o insuficientemente armados y sin material apropiado, y a la disciplina y acierto en el mando de que daba cuenta, en cambio, nuestro Ejército y el digno General en Jefe que lo dirigía, en adelante parecía todo cambiar, y por ello es presumible su disgusto, tanto más si recordamos cuanto hemos expuesto en la biografía de nuestro General, describiendo la energía de su carácter. Desde luego, no cabía en él apasionamiento ni esa ceguedad que alucina al ambicioso. Bien alegaba en su escrito al Conde de Campo Alange, del 1 de marzo de 1793, que no abrigaba la apetencia de mando alguno, así como exponía que la frontera navarra no se hallaba en condiciones de seguridad, y cómo el Virrey sería responsable de cualquier suceso desgraciado al entorpecer la ejecución de las medidas que serían necesarias para remediar tal daño, al no entregarle el mando superior de las tropas, según lo ordenado por S. M.

#### **Caro, descontento de sus medios de acción**

De varias de las comunicaciones, cartas o verdaderos partes de guerra suscritos por don Ventura Caro, se deduce claramente cuál era su descontento acerca del número de fuerzas con que contaba y de la valía militar de las mismas. Y este descontento no era sólo consecuencia lógica de sus propias observaciones y del conocimiento que como General en Jefe pudiera tener de las circunstancias en que se desenvolvía su misión, sino también de las muy poco lisonjeras noticias que recibía por parte de sus subordinados. Sobre este particular podríamos citar el escrito que desde Irún, el 3 de mayo de 1793, enviaba el General don Francisco de Horcasitas a su General en Jefe: «Excmo. Sr.—decía—: Han marchado esta tarde las tres compañías de Alternación de Mondoñedo, Tuy y Orense para esa Villa, y no puedo menos de hacer a V. E. presente que estas baterías, quedando entregadas a los retenes de los Milicianos, y algunos paisanos armados, que van a la hora que se les antoja y que ni de unos ni de otros

no hay que pensar en la menor regularidad de servicio, están expuestas a que tengamos que sentir; y como igualmente los puestos del río Bidasoa, que es la llave y seguridad de todo esto, están entregados al Regimiento Provincial de León, que le faltan una infinidad de Oficiales, y por más que se decía sobre esta gente, como de soldados nada tienen, no se puede sacar de ellos el menor partido, aseguro a V. E. que deseo antes verme en un continuo movimiento con los enemigos en campaña rasa, que una noche encargado de este puesto, entregado únicamente a los tres Regimientos de Mondoñedo, Tuy y Orense, que acaban de llegar, que es imposible fiar a la pluma la impericia e inutilidad que en ellos se nota, y si a lo menos tuviera más a la inmediación el Batallón de Reding y el de Toledo, para poder echar mano de ellos en cualquiera ocurrencia, podría vivir con la confianza de mantener este puesto conforme V. E. tiene encargado; pero estando a la distancia que V. E. sabe, en Alunda (?), que en una pequeña alarma que anoche tuvimos a las doce y media, envié a buscar dos compañías de granaderos y alternación del primero, y no pudieron llegar aquí hasta las cuatro dadas de la mañana, se hace moralmente imposible guardar esto conforme queda en la hora presente; y se lo hago a V. E. presente, para que en ningún tiempo pueda resultarme el menor cargo. Para el escuadrón o dos escuadrones del Regimiento de Caballería del Rey ya tengo hecho el alojamiento, y podrán venir cuando V. E. quiera. Y los dos de la Reyna podrán acomodarse en Oyarzun.»

«V. E. mándeme hacer en guerra viva y activa cuanto guste, pero responder de esto conforme está guarnecido, por la calidad de la gente, suplico me exima, por la imposibilidad de su desempeño.»

Que don Ventura Caro no contaba más que con la escasa fuerza de un ejército de 20.000 hombres, luego incapaz de sostener la guerra, lo pone de manifiesto el escrito que, como los anteriores, remitió al Conde de Campo Alange desde Irún, el 22 de julio del año en cuestión: «Excmo. Sr.: El Comisario Ordenador D. Francisco Javier de Larumbe me ha expuesto en el oficio, que original acompaño, la necesidad que hay que hacer a tiempo de las cosechas, los acopios de víveres que para la subsistencia del ejército se necesitan, y que ésta podrá ser por mucha economía de la Rl. Hacienda si se verifica como propone.»

«Posteriormente me ha remitido el presupuesto de los géneros que para un año necesita un ejército de 20.000 hombres, y el caudal que para su compra gradúa preciso, como reconocerá V. E. del papel que también acompaño original. Y pareciéndome fundadas y útiles sus reflexiones, lo paso a manos de V. E., a fin de que se sirva hacer de ellas el uso que estime más conveniente al servicio de S. M. y economía de su Rl. Hacienda» (1).

(1) El documento que se cita decía lo siguiente: «El Comandante General del Ejército de Navarra y Guipúzcoa don Ventura Caro, con su carta del 22 del presente, ha remitido la representación que le dirigió el Comisario Ordenador don Francisco Javier de Larumbe, re-



**Interesante escrito enviado por  
Caro a la Corte el 8 de noviembre  
de 1793, dando cuenta de la reali-  
dad de la situación. Disgusta a la  
Corte de Madrid**

El documento que mejor puede darnos cuenta del modo de pensar y sentir del General en Jefe del ejército de Guipúzcoa y Navarra es, sin duda alguna, el enviado a la Corte, desde Irún, el 8 de noviembre de 1793. En él se exponía lo siguiente: «Excmo. Sr.: Me dice V. E., en su oficio de 28 del mes próximo pasado, que S. M. se ha enterado del aumento que ha tomado el ejército de los enemigos y de la necesidad que hay para que se aumente en proporción el destinado a la defensa de la frontera de Navarra y Guipúzcoa, a fin de embarazar por alguna parte de ella se introduzcan los enemigos; pero que es imposible aumentar este ejército con más tropas que con el primer batallón de Asturias y con el Regimiento de Ultonia, cuyos cuerpos se han mandado embarcar en La Coruña. Y motiva V. E. la escasez de recursos en los apuros que se ve el ejército de Cataluña, disminuído por las enfermedades y desgracias, y amenazado continuamente por los enemigos, quienes no le dejan un momento de reposo, al mismo tiempo que varias de sus partidas se han internado en Cataluña por otras partes de la frontera, y las circunstancias llaman la atención del Gobierno y le precisan a reforzar aquel ejército arrimándole las tropas que de el de Aragón puedan sacarse sin riesgo, según los permitan las circunstancias y situación del enemigo.»

«No puedo dejar de manifestar a V. E. el dolor que me causa la cortedad de auxilios que se me franquean, al mismo tiempo que se me encarga la defensa de tan dilatada e interesante frontera, pues son absolutamente insuficientes.»

«Jamás la España se ha visto amenazada de una guerra tan difícil y peligrosa como ésta, porque los franceses, por su número y por su carácter, son enemigos tanto o más temibles para nosotros de lo que lo fueron para el imperio romano los godos, los hunos, los vándalos y sarracenos. En Francia están matriculados todos los hombres que

---

lativa al acopio de víveres que juzga conveniente se ejecute en beneficio de la Real Hacienda con el presupuesto o regulación de los que se necesitan en un año para la manutención de un ejército de 20.000 hombres; y lo paso todo a manos de V. E., para que se sirva hacer de ello el uso que estime correspondiente. Dios...—Palacio, 26 de julio del 93.—Señor D. Diego de Gardoqui.—Sigue el escrito: La representación que dirigió a V. E. el Comisario Ordenador D. Francisco Javier de Larumbe sobre el acopio de víveres que juzga conveniente se ejecute en tiempo oportuno para beneficio de la Real Hacienda con el presupuesto o regulación de los que se necesitan en un año y ha remitido a V. E. con su carta de 22 de este mes, la he pasado al Sr. D. Diego de Gardoqui para el uso que estime conveniente. Lo aviso a V. E. en respuesta de su citada.»

se hallan en edad de soportar las fatigas de la guerra, y aunque se reduzca el número de éstos a la sexta parte de sus habitantes, resultarán cuatro millones de hombres que pueden tomar las armas. El carácter de los franceses es feroz y guerrero: se halla a más alucinado en el día con su pretendida e imaginaria libertad e igualdad, que le induce al desprecio de todas las jerarquías y a persuadirse que todos los bienes deben de ser comunes y que tiene derecho a las propiedades de los demás hombres.»

«Las riquezas de España han sido siempre el objeto de su codicia, y lo son mucho más en el día que se crea autorizada por el derecho de la guerra. Para entrar en España sólo necesitan franquear un paso, y lo facilita el conocimiento pleno que tiene del país y del estado de nuestro Ejército: sus disensiones domésticas no deben confiarnos, porque su carácter ligero las apaga con la misma facilidad que las enciende. Tampoco debe confiarnos los ejércitos austriacos y prusianos que les hacen la guerra por el Norte; porque éstos pueden desunirse por cualquier disensión doméstica; y porque los franceses tienen tanta gente y están tan entusiasmado, que mientras se mantengan unidos, pueden resistir a toda la Europa entera.»

«Con este concepto, ruego a V. E. de decirme cómo será posible con tan reducido ejército poner a cubierto una frontera tan dilatada como la de las dos provincias de Navarra y Guipúzcoa.»

«No, señor; no es posible, y si no tomamos las más vivas y eficaces providencias para aumentar nuestras fuerzas, peligramos de perderlo todo y que esta nación feroz y desenfrenada nos inunde y atropelle, disponiendo a su arbitrio de nuestras vidas, honras y haciendas.»

«Habla V. E. en su papel con demasiada confianza de los naturales de esta provincia y del reino de Navarra, cuyos fueros los obligan a defender su tierra, y se persuade V. E. que, a imitación de los roncaleses, serán todos capaces de arrostrar los riesgos y peligros en su defensa. Nada hay de eso: los guipuzcoanos no tienen conocimiento alguno del manejo de las armas, ni las tropas de paisanos que ofrecen están ordenadas, y los hace tanta novedad el ruido del cañón y el zumbido de las balas, que los 1.680 que envió la provincia el mes de mayo último huían y abandonaban las baterías cuando disparaban nuestros cañones.»

«El reino de Navarra ha formado de sus naturales dos batallones de sus voluntarios, en que son reclutas, no sólo los soldados, si también los cabos, sargentos y oficiales. Como deben hacer el servicio de tropas ligeras y cubrir los puestos avanzados, tienen en continuo sobresalto a los comandantes de las demás tropas, porque abandonan los puestos cuando se les antoja y los dejan descubiertos, sobre que he tenido repetidos recursos. Si estos Cuerpos estuviesen disciplinados y aguerridos, podrían ser de grande utilidad y convendría aumentarlos: pero la falta de haber dado a cada batallón un pie de oficiales, sargentos y cabos veteranos, los atrasa tanto en la instrucción, que tarda-

rán a ser útiles para la guerra, como lo acredita la carta del Comandante del 2.º Batallón que acabo de recibir, cuya copia acompaño a Vuestra Excelencia.»

«La provincia de Guipúzcoa ofreció un Batallón de 750 hombres, para el que ha juntado ya 450. Si cada una de las otras dos provincias de Alava y de Vizcaya diese el suyo, podría ser que la emulación de unas provincias con otras estimulase el valor de sus provincianos, y de los navarros, y se reforzase mucho el sistema de estos batallones y fueran más útiles para la guerra.»

«La guerra de montañas cual es ésta, requiere un gran número de buenas tropas ligeras, y conviene proporcionar todos los medios de aumentarlas. Uno de ellos sería el aumentar a cada batallón del ejército dos compañías de tropas ligeras, para las que se sacarían del batallón los hombres y oficiales más ágiles, activos y bizarros; y si Su Majestad adopta este medio, convendría no dilatar su formación, a fin que durante el invierno se instruyesen y disciplinasen.»

«Las enfermedades y fuegos de los enemigos han disminuído también notablemente la fuerza de los batallones del ejército y conviene proveer no sólo a su reemplazo, sino también a que se den a cada compañía 30 hombres de aumento, para que suplan las bajas de muertos, heridos, enfermos, sirvientes de Artillería, compañías de Alternación, rancheros, ordenanzas, etc., y que los batallones queden con regular fuerza para el servicio.»

«Dos inconvenientes encuentra V. E. para el envío de la Compañía de Moataces que le he pedido; en uno, su indisciplina, y el otro, la idea que darían de nuestras cortas fuerzas. El primer inconveniente no debe dar cuidado, y el segundo no debe serlo, porque saben los franceses por ápices las tropas que hay en la frontera, y no lo dicen cada día, lo mismo que las que tenemos en el interior del Reino. En estos países muntuosos harán un servicio muy interesante los Moataces, porque corren lo mismo por el monte, que por el llano; y durante el invierno incomodarían tanto al enemigo, que aniquilarían su caballería al mismo tiempo que contribuirán a la tranquilidad, descanso y conservación de la nuestra. Y pues que los romanos en los tiempos brillantes de su república, no se desdeñaban de acompañar sus ejércitos con grande multitud de númidas, no debe extrañarse que ahora nos sirvamos de sus hijos; ojalá que conociésemos las ventajas que podemos sacar para la guerra y para nuestra seguridad de una nación tan belicosa y que dejando aparte los puntos de religión, que nada tienen que ver con las alianzas políticas de los príncipes, y con los intereses de las naciones, atrajésemos los moros a nuestro servicio en tiempo de guerra; pues que ninguna otra potencia tiene las proporciones que nosotros para ello.»

«Me propone V. E. que el aumento de la compañía de Ubeda en lugar de la compañía de Moataces, admito gustoso este aumento, sin desistir de mi pretensión sobre la compañía de Moataces; pero antes



de aumentar la compañía de Ubeda conviene purgarla de algunos ladrones y hombres malos que han venido a ella, y montarla sobre un pie de honor y de estimación tal que no se sufra en ella ningún hombre malo ni cobarde; que sus mismos individuos celen la conducta de los que vinieren de aumento, y que pidan el castigo y separación de los que procedieron mal, siendo ellos mismos ejecutores de las sentencias que diese el auditor de guerra del ejército.»

«Cuando consiga esto en que estoy trabajando, pediré a V. E. el aumento, y espero sacar entonces de esta compañía grande utilidad para la guerra.»

«Me dice V. E. por último, que si el enemigo trajese fuerzas tan superiores que no baste este corto ejército a cubrir toda la frontera, abandone los puntos de menos importancia, y reúna las fuerzas en posición respetable y ventajosa, que embarace internar al enemigo, de miedo de ser cortado y batido; y añade V. E. que aunque hubiese doblado ejército del que tengo a mi cargo, sería casi forzoso hacerlo así por lo dilatado de la frontera.»

«Quien ha dado ese dictamen a S. M. es regular que conozca bien la frontera, y lo interior de las provincias, cuya defensa se ha dignado S. M. encomendarme, y para mejor instruirme convendrá que los diga cuáles son los puntos menos interesantes que se han ocupado en la frontera, y cuáles las posiciones respetables para contener desde ellas al enemigo y cortale la retirada en el caso de que se internase en el Reino.»

«Hay en esta dilatada frontera dos caminos reales de entrada distante uno de otro 22 leguas y el terreno intermedio; hay otros cuatro más difíciles y que se creían intransitables para los ejércitos. Para asegurarme de si lo eran o no, mandé conducir por tres de ellos artillería, y se condujo sin haber reparado los malos pasos, y superando las dificultades que se encontraron en ellos: de que se deduce que no sólo es interesante la conservación de los puestos que defienden los dos caminos reales, sino también los que defienden los caminos intermedios, porque el enemigo que internase por cualesquiera de ellos atacaría a los otros por la espalda, por donde no pueden estar tan defendidos y les obligarían a abandonarlos con la artillería, municiones, víveres y pertrechos y a franquearle los dos caminos reales de entrada para España.»

«Siendo esto cierto, ¿cómo puedo abandonar punto alguno de los que he ocupado en la frontera sin arriesgar la pérdida de los otros? No señor, excelentísimo; no conviene de ningún modo; deben defenderse todos hasta el último extremo, y cuando la superioridad del enemigo nos obligue a cederle los primeros y segundos pasos de los montes será nuestra pérdida inevitable, si no juntamos ejércitos suficientes a embarazar su entrada a Castilla por los dos caminos reales de Guipúzcoa y de Navarra.»

«Para asegurar más los puntos interesantes, he fortificado la fron-

tera; nos conviene alejar de ellos al enemigo, destruyendo sus poblaciones inmediatas y poniendo un desierto entre ellos y nosotros, si es posible; por este medio estaríamos libres de cuidados en el invierno, en que lo riguroso de la estación no permite campar las tropas a la inmediación de estos empinados montes, y en el verano encontrarían más dificultad para subsistir sus ejércitos, privados de los auxilios que les proporcionan los pueblos inmediatos a nuestra frontera. Con este objeto he destruído la Banca, después de haber adquirido a S. M. los Alduides, porque con su destrucción he alejado cinco leguas de la Real Fábrica de Euguí a los baigorrianos, y he puesto a los Alduides por barrera a toda aquella parte de frontera, que hay desde Roncesvalles hasta Eugui.»

«Por la misma razón he destruído Hendaya y su puesto, y he ocupado y fortificado Biriattou; y haré lo mismo con todas las poblaciones inmediatas, que nos incomoden y que sirvan de abrigo al enemigo.»

«Ni pueden los franceses quejarse de este rigor, porque no incendiamos ni destruimos más pueblos que aquellos que nos incomodan y por que cuando todos los paisanos franceses están matriculados y toman todos las armas contra nosotros, nos autoriza la ley de nuestra propia conservación a tratarlos a todos como enemigos, y con todo el rigor de la guerra, a más de que comenzaron ellos la destrucción e incendios de nuestros pueblos, habiéndolos incendiado en el de Valcarlos y más de 20 bordas del valle de Baztán, antes que nosotros les quemásemos una casa y posteriormente nos han destruído e incendiado la villa de Urdax.»

«He pasado el oficio de V. E. a D. Joaquín de Casaviella, que conoce bien la frontera y con quien he acordado sus defensas, para que expusiese su dictamen el que acompaño a V. E., pues sirve a corroborar el mío y a dar conocimiento a S. M. del riesgo en que se hallan sus dominios.»

¡Brillante exposición de ideas y de hechos! No hemos vacilado en transcribir íntegro, al pie de la letra este documento, que de tal suerte retrata el modo de pensar y de sentir de D. Ventura Caro y el estado de la situación en que se encontraba y de los elementos combatientes con que pudiera contar para su empresa. Es fácil presumir cuál fuera, con su opinión, su conducta y sus propósitos en la reunión o reuniones celebradas en la Corte a fin de tratar de la nueva campaña, y no menos presumible es el disgusto con que hubiera de considerar el poco éxito de sus gestiones.

**El General Caro solicita refuerzos  
que le son negados. Apela a la ayuda  
de los habitantes del país vasco-  
navarro**

Si hemos de atenernos a las declaraciones de Jomini: «Caro no había cesado de solicitar al par de los necesarios refuerzos, el permiso para tomar la ofensiva. Habiéndose negado la Corte, que fijaba todas sus miradas en el Rosellón, a ambas peticiones, y para remediar el daño requirió de Guipúzcoa y de las demás provincias Vascongadas la concesión de nuevos contingentes que la primera, celosa de sus privilegios, hubo de negarle también, por lo que se vio precisado, a fines de marzo, a retirar las fuerzas que guarnecían las plazas para formar con ellas un ejército de 18.000 hombres, con el que pudiera hacer frente a los franceses.

Vemos por este hecho cómo Caro, a semejanza de lo que hiciera el Conde de la Unión, quiso apelar a la ayuda del pueblo al verse desposeído del apoyo oficial. Pero las circunstancias no eran las mismas para uno y otro General, y la moral de la población de Cataluña contrastaba diametralmente con la de Guipúzcoa, pues como hemos dicho en capítulos anteriores, si en la masa general de la primera animaba un ideal de recobrar de Francia lo que Francia había arrebatado a Cataluña, los magnates que gobernaban en Guipúzcoa, salvo honrosas excepciones, pretendían, por el contrario, que la Revolución atea e incendiaria de templos y conventos, y sangrienta aniquiladora de toda suerte de hombres religiosos de ambos sexos, les concediera bajo su amparo una libertad amplia y gratuita. Ahora bien, hemos de recordar, igualmente, que, como hubimos de exponer con todo detalle, la culpa no recae tan sólo en los guipuzcoanos, sino en las torpezas de Godoy y sus adláteres.

Las anteriores declaraciones del General historiador están conformes con las de nuestro ilustre Gómez de Arteche: «Por más que el General Caro conociese perfectamente las condiciones del ejército que había regido en la campaña anterior, y del que sólo una corta ausencia le tuvo separado, la indispensable para las conferencias a que antes aludimos, celebradas en Madrid, aún tenía que detenerse a revistarle, atender a su reorganización con nuevos recursos que pudiera allegar y a su establecimiento también en los puestos que creyese más convenientes, según los distintos que hallara ocupando al enemigo. Hábiansele prometido refuerzos suficientes para mantener con honra la futura campaña, de los que proporcionara la tan decantada quinta de 40.000 hombres, que parecían deberse multiplicar indefinidamente según iban ofreciéndose por el Gobierno a los generales que mandaban en la frontera, como sobrados casi para la misión, en unos ofensiva y en otros de mera defensa, que se les había encomendado. Llegaban,



efectivamente, algunos a sus respectivos campos, pero lo hacían en fracciones tan diminutas y en tal estado respecto a su vestuario, armamento e instrucción, que bien se observaba no servirían para nada que pudiera asemejarse a una función de guerra. Esto no había de escaparse al talento y la experiencia de Caro; así es que desde el día de su llegada al ejército comenzó a reclamar del Gobierno el cumplimiento de las ofertas que se le habían hecho, y de las autoridades de las provincias en que iba a operar el auxilio que él consideraba tenían obligación de prestarle en tan apremiantes y solemnes circunstancias.»

«El ministro de la Guerra, mejor dicho, Godoy, puesto que nada se hacía sin su consulta y asenso, no le proporcionaba o no podía enviarle esos refuerzos y las Juntas forales de las Provincias Vascongadas se resistían a concederle más de los que ya habían puesto a su disposición.»

«El año anterior operaron en la frontera y en unión con el ejército, aunque alternativamente, tres tercios guipuzcoanos, a los que después se unió un batallón de voluntarios de la misma provincia, que tuvo la fortuna de distinguirse en la acción del 5 de febrero, atacando la batería francesa de Tellatueca, frente a Irún, mandado por sus comandantes, los después tan célebres generales Areizaga y Mendizábal. Pero en la primavera de 1794 la desproporción de fuerzas entre los beligerantes obligaba a Caro a solicitar de Guipúzcoa y Vizcaya nuevos sacrificios, difíciles de hacer, en verdad, por pueblos tan escasos de vecindario y que, por otra parte, se consideraban por sus fueros exentos de las cargas y, sobre todo, de la forma en que se exigían a los demás de la monarquía española. La necesidad en aquel general, que ya andaba a las manos con los franceses, y la prevención con que Godoy veía los fueros, atizada, según haremos luego observar, por agentes oficiosos que tenía en aquella frontera, produjeron los rozamientos que acabarían por abrir un abismo entre algunos de los prohombres de aquella tierra y el Gobierno de Madrid, con descrédito lamentable para todos y deservicio de la nación.»

«Vizcaya envió alguna gente, solicitada también por Caro, pero las tres provincias reunidas nunca podrían mandar la que aquel general necesitaba si había de poner el ejército en disposición de hacer frente con éxito al francés que cubría la frontera. Todo cuanto logró juntar no pasaba de unos 20.000 hombres de todas armas, dispersos muchos en línea tan dilatada, por más que Caro procuró tener siempre a la mano y reconcentrada fuerza capaz de emprender o de resistir una acción general de alguna importancia. El hombre que tenía y proclamaba por axioma el sabio y conocido de que *vale más poca fuerza bien disciplinada, que mucha sin esta cualidad*, se encontró al comenzar la campaña de 1794 con muy poca para las atenciones que estaba llamado a cubrir, y ésa, en gran parte, mal armada y sin la instrucción apetecible.»

«De modo que todo el aumento que tuvo el ejército para la nueva

campaña consistió en dos batallones que le fueron enviados de Aragón, organizados apenas, y más tarde el de algunos voluntarios navarros que mandó Colomera.»

### **Actividad en el campo francés**

Pero si tal era la situación del ejército en el campo español, en el contrario la actividad era bien manifiesta. «El ejército francés había recibido considerables refuerzos. Además de los muchos conscriptos que le llegaban diariamente procedentes del armamento general y, según dijimos en el capítulo VII, se organizaban e instruían en los cuarteles próximos, se le incorporaron hasta quince batallones enviados desde La Vendée, el alzamiento de cuya provincia parecía por entonces dominando. Puede sin exageración calcularse en 60.000 el número de los soldados de todas armas que iban a tomar parte en la futura y ya próxima invasión de España.»

### **Posiciones ocupadas por ambos ejércitos. Descomposición interior del ejército francés según Beaulac**

Antes de entrar en el detalle de la situación en que se encontraban uno y otro de los ejércitos combatientes, y de comenzar el relato de las operaciones que hubieron de realizarse en los meses de abril y mayo, juzgamos oportuno señalar cuál eran las posiciones que ocupaban y los preparativos realizados para iniciar la campaña. Por lo que hace referencia al Ejército francés de los Pirineos occidentales, éste al principio de año había sido reducido a menos de 20.000 hombres disponibles, por cuanto que sus dos mejores medias brigadas habían partido para el Rosellón. Esta reducción de fuerzas tenía que ser compensada por un refuerzo semejante de reclutas, pero éstos no estuvieron en condiciones de entrar en combate hasta el mes de junio. Todas las entradas de los valles franceses estaban en poder de los revolucionarios, desde las fuentes de la Nive hasta la calzada de San Juan de Luz. Componían este ejército cuarenta batallones repartidos en cinco divisiones a las órdenes de los Generales Moncey, Frégeville, Delaborde, Mauco y Marbot. Las tres primeras dotadas de 26 batallones, constituían la selección del mismo. Las otras dos, de la izquierda, ocupaban los valles del alto Nive y de Saisson, compuestas de catorce batallones con contingentes de la requisición, tan mal equipados como poco instruídos (1).

(1) En el capítulo anterior indicamos cuáles eran los Cuerpos que fueron segregados de este Ejército de los Pirineos occidentales y que fueron completados antes de su marcha. Beaulac fija en 18.000 los hombres que hubieron de partir a otros frentes.

El testimonio de Beaulac nos declara que después de la acción del 5 de febrero de este año de 1794 (17 lluvioso), el General Frégeville púsose en guardia en sucesivas intenciones por parte de nuestro ejército. Los puntos débiles fueron guarnecidos de nuevos atrinchamientos, los puestos reforzados, ordenada la vigilancia más rígida. Ningún movimiento considerable del enemigo turbó durante largo tiempo la tranquilidad de esta frontera. Mas a continuación, francamente expone el escritor francés algo que no debe ser desconocido. «Esta época fué señalada por una guerra de otro género, la de la ambición y la de la intriga. Es fácil concebir cómo los representantes del pueblo tenían aduladores, y, como consecuencia de ello, favoritos. Por otra parte, diversos personajes habían buscado en el Comité de Salud Pública protectores capaces de contrarrestar la potencia envidiosa que amenazaba su caída. De aquí los combates sordos, algunas veces escenas violentas, y por fin, destituciones. Frente a frente los dos partidos chocaban, frente a frente, cada uno perdía y recobraba su empleo, pero como acontece de ordinario, la victoria resta en favor de la autoridad que personalmente combate, y casi todo el que hiciese sombra a los representantes, fué alejado del ejército».

Situación semejante tenía, si no anquilosar, por lo menos debilitar grandemente la vitalidad del Ejército francés. Y así sigue declarando Beaulac: «Sabemos con qué escaso interés se lee el relato de estos pequeños sucesos de guerra que no ofrecen, como resultado de los mismos, más que algunos hombres fuera de combate y algunos puntos ignorados tomados o perdidos». Y por ello manifiesta no detenerse relatando lo que hubo de pasar el 17 germinal y el 29 floreal del lado de Hendaya, sin ningún resultado digno de mención en ambas jornadas.

#### **Posiciones y contingentes españoles**

Por lo que hace referencia al Ejército español, también éste como el francés había sido debilitado a causa de las unidades enviadas al ejército del Rosellón, de modo que en los primeros días del mes de febrero, lo más que podía reunir era unos 20.000 hombres, de los cuales la mitad estaba constituida por combatientes de las Milicias. A la derecha, el Duque de Osuna tenía establecido su cuartel general en Burguete. El centro, al mando del Teniente General Urrutia, se extendía a lo largo del valle de Baztán, y a la izquierda, a las órdenes del Teniente General Gil, bordeaba las márgenes del Bidasoa hasta el campo de San Marcial.



**Propósito del General Caro. Los  
franceses tratan de apoderarse de  
La Rhune**

Vuelto a recobrar el mando del ejército D. Ventura Caro, en las condiciones que antes indicamos tan poco favorables al desarrollo de un plan ofensivo de importancia, todo su propósito tenía que quedar reducido a mantener a los franceses, sobre todo en el sector comprendido desde Sare hasta Hendaya, en un estado de constante inquietud por medio de escaramuzas o golpes de mano, cuyo objeto era tener en guardia al enemigo e impedirle reaccionar ofensivamente. Pero por otra parte, el General Müller, presionado por el Comité de Salud Pública para que abriese la campaña, no estimándose suficientemente fuerte para comenzar por una invasión, trató de desalojar a los españoles del puesto de la Rhune, a fin de estrechar su línea de defensa, ordenando un ataque que hubo de fracasar.

Este puesto de la Rhune que ocupábamos desde el 1 de mayo del año anterior, suscitaba la apetencia de los franceses, que querían recobrarlo para evitar por este medio el que fueran inquietados, bien por el centro, o por la derecha de su frente de operaciones. Esta montaña de La Rhune es la más elevada de las que forman la frontera de Guipúzcoa y de Navarra, desde la costa hasta el valle del Baztán. Situada en la orilla derecha del Bidasoa en dirección a Vera, domina todo el país vasco-francés y gran parte del vasco-español, constituyendo, de este modo, una especie de vigía o atalaya desde la que se descubre todo el espacio entre los Pirineos y Bayona. El panorama que desde lo alto de la misma se contempla en todas direcciones, es verdaderamente admirable. Del lado norte la vertiente de los Pirineos fronterizos desciende suavemente hasta los valles de la Nivele, de la Nive y del Adour. Es una comarca admirable, fértil y risueña, cubierta de toda clase de plantaciones y asiento de numerosas y pintorescas agrupaciones variadas, desde las sencillas quintas de recreo o casas de labor (fermes), hasta localidades tan importantes como Bayona y San Juan de Luz, y otras como Ascain, Sare, Biarritz, Ustaritz, Villafranca, Espelette y Mendiondo y muchas más. Al tornar la vista hacia el Sur, una vasta extensión cubierta por todas las altas cimas de los Pirineos y montes que se extienden por todo el territorio navarro y el de las Provincias Vascongadas, ofrecen un espectáculo grandioso a manera de un mar proceloso y agitado que hubiese quedado petrificado instantáneamente. Aunque las condiciones actuales de la Rhune no admitan ya comparación en su grandeza con las de la época que estamos considerando, esta montaña constituía, ya entonces, un accidente geográfico de grandísima importancia desde el punto militar.

Según nos informa Luis de Marcillac, en lo alto de esta monta-

ña hallábase una ermita, cuyo capellán era mantenido a costa de los pueblos de Vera, en España, y de Sare, Ascaín y Urrugne, en Francia, y a este respecto comenta el historiador francés: «De esta suerte la religión unía en la cima de una montaña a dos pueblos extraños el uno al otro, y cuyas opiniones e intereses venían a separarse al pie de la misma.»

**Tal intento se realiza el 26 de  
marzo**

Este intento francés hubo de realizarse el 26 de marzo. En dicho día: «Los franceses fueron a mostrarse en dos columnas procedentes del lado de Sare, sin duda para llamar la atención de los españoles sobre este punto. Durante este tiempo 300 hombres se encaminaron hacia un bosque que cubre uno de los entrantes de la montaña y que se prolonga hasta la ermita anteriormente citada. Sesenta hombres marcharon al mismo tiempo por la izquierda al objeto de atacar el puesto más próximo a la ermita». Según la opinión de Marcillac, esta empresa hubiera alcanzado un éxito completo, si habiendo llegado a tiempo a nuestro campo refuerzos oportunos, los franceses no se hubiesen visto obligados a abandonar este puesto del que fueron, no obstante, dueños por un momento.»

Esta escueta referencia del hecho alcanza toda su expresión en el parte que a D. Ventura Caro remitió el Mariscal de Campo D. Esteban Miró, que mandaba las tropas de Vera, en Navarra, trasladándole a su vez el que en igual fecha, hubo de enviarle el Brigadier don Gonzalo O'Farrill, que a su vez mandaba las avanzadas de Sare, y que literalmente era el siguiente: «Los enemigos han intentado en la mañana de hoy desalojarnos de la montaña de La Rhune, confiados en que para defender sus diferentes avenidas no tenemos en ella sino 50 hombres de tropa y 40 paisanos recién venidos. A este fin se presentaron al amanecer del 26, desde Sare y creyendo que habría acudido allí toda la nuestra, adelantaron por su derecha el grueso de su gente, que sería de unos 300 hombres, para que apoderándose de los únicos boquetes que dejan entre sí las peñas, cuya ringlera llega hasta la ermita, poder cortar nuestros socorros a ésta, al propio tiempo que hacían subir unos 60 hombres al puesto número 23 por la primera cañada que tiene el puesto sobre su izquierda. Desalojados los 12 hombres que están en él, se dirigieron los enemigos por la izquierda de la ermita, con intención de cortar la retirada a los 14 hombres que tenemos en ella; pero éstos se retiraron antes que los acabasen de cercar.»

«Advertidas desde luego estas dos disposiciones del enemigo por el comandante del puesto, acudió con su tropa a contenerlo para que no bajase a la cresta de peñas que dominan a tiro de fusil el barranco del puesto, ni se adelantasen los que habían entrado por el puesto nú-

mero 23. Contribuyó a que se lograra este importante objeto la llegada oportuna de alguna tropa de los Regimientos provinciales de Tuy y Mondoñedo, que coducida por mi Ayudante D. Francisco Manglano, salió por la derecha de la montaña, y ocupó nuestras trincheras del frente de Sare el refuerzo enviado por el comandante del puesto número 32, el capitán de Tuy don F. Ribera, el que condujo de su propio Cuerpo el teniente de Toro D. Luis Navas, y completó lo restante del mismo el ayudante D. Santiago Cantabrana.»

«La presencia y fuego de estos refuerzos obligó a los enemigos a desistir de su intento tan precipitadamente, que no tuvieron ni aún lugar para destruirnos ninguna de las defensas de la ermita, ni la barraca de madera del número 23; inmediatamente se recuperaron y guarnecieron ambos puestos, y por el frente de Sare, como el más accesible, se cargó a los enemigos, a los que se cogió un prisionero, y se cree se le hayan muerto y herido algunos más, sin que por nuestra parte haya habido más que un contuso.»

«Si fuera de igual acceso la subida de las peñas de que se apoderaron desde luego los enemigos, hubieran confirmado éstos con mayor escarmiento suyo, que las ventajas de situación y de fuerzas nunca remedian los defectos que siempre ocasiona la falta de disciplina y puede enmendar el valor bien dirigido.»

«Esta justicia debe hacerse a la Compañía de Cazadores de Avila, que hace cuatro meses que cubre constantemente el puesto de la Rhune, sin más descanso que la alternativa de una noche, y a la bizarría, inteligencia y serenidad de su Capitán, don Juan Chrisóstomo Ruiz.»

«Las tropas destinadas a ocupar los puestos, que en todo trance deben proteger la retirada, las que deben cubrir la avenida principal de Sare, por donde también se presentaron los enemigos, pero sin acercarse, y las demás disposiciones que acompañaron a esta acción, se han cumplido exactamente como habrá V. E. reconocido por sí mismo; y así sólo añadido que es digna de ser muy recomendada la conducta del citado Capitán Ruiz.»

Don Ventura Caro añade lo siguiente: «El monte La Rhume es el más elevado que hay en la frontera de Guipúzcoa y Navarra hasta el valle del Baztán. Está metido en Francia y parten de su cima términos de la villa española de Vera, y las francesas de Sare, Ascain y Orrugne; hay una ermita en los más alto del monte, y tiene una habitación para un capellán que nombraban y mantenían en común las cuatro enunciadas villas. Ocuparon este monte los franceses al principio de la guerra, y se les desalojó el día 1.º de mayo del pasado año del 93, y desde entonces lo conservan nuestras tropas. Este puesto es interesante, porque desde él se descubren y observan otros puntos fronterizos y toda la tierra de Francia, hasta mucho más allá de Bayona.»



**Operación francesa del 6 de abril  
sobre los puestos avanzados de Or-  
baiceta (Luis de Marcillac), y po-  
siciones de la derecha del Bidasoa**

De la operación realizada por los franceses avanzando sobre los puestos que defendían la fábrica de Orbaiceta, llevada a cabo el día 6 de abril, no dicen nada los historiadores militares que mencionamos en esta obra, excepción hecha de Luis de Marcillac, quien expone cómo: «El 6 de abril, cinco mil hombres vinieron del lado de Navarra (francesa) y trataron de forzar los puestos avanzados que cubrían la fábrica de Orbaiceta. Lograron rechazar estos puestos, pero ciento setenta y nueve paisanos navarros, los habitantes del valle de Aezcoa, con su Alcalde a la cabeza, y los obreros de la fábrica, juntos con algunos destacamentos de las tropas de línea, opusieron una vigorosa resistencia al ataque imprevisto de los franceses y los forzaron a renunciar a este proyecto.»

«Para facilitar esta operación los franceses atacaron el propio día la izquierda de la línea española, y a las tres horas de la mañana una columna se trasladó a los barrancos de Biriattou, y todas las alturas de la margen derecha del Bidasoa fueron ocupadas por sus tropas. Dos columnas atacaron, una la punta de Diamante y otra la de la Perla y el monte Verde, con fuerzas tan superiores, que los puestos españoles se vieron obligados a replegarse; habiendo recibido un refuerzo estas mismas tropas, atacaron a su vez a los franceses antes que pudieran establecerse en sus posiciones, y después de un combate obstinado de dos horas y media, los franceses fueron rechazados y los españoles recobraron sus puestos. Hacia las once los franceses, no descorazonados por el revés que acababan de experimentar, volvieron a la carga, recuperaron la punta de Diamante, pero no pudieron apoderarse de monte Verde. Precipitándose de nuevo sobre la anterior, los españoles la recobraron también una segunda vez, y después de algunos movimientos de una y otra parte, tratando de desbordarse los flancos, hacia las dos, después del mediodía, los franceses entraron en sus campamentos.»

**Relato oficial del ataque francés a  
las avanzadas de Orbaiceta**

Todo este relato del historiador francés se confirma con lo que la información oficial de la *Gaceta de Madrid* facilitaba al conocimiento público. En la del 18 de abril de 1794 se transmitía copia del oficio que había dirigido el General en Jefe del ejército de Navarra y Guipúzcoa, Brigadier Marqués de la Cañada Ibáñez, que mandaba la Real Fábrica de Municiones de Guerra de Orbaiceta, y que a la letra decía lo si-

guiente: «Excmo. Señor: A las seis de la mañana, practicada la descubierta sin novedad, empezó el puesto de Orculo, con arreglo al plan de señales que he establecido, a manifestar que por la parte del Orión en los rayos de Sobar e Idopil se advertían en dos divisiones o columnas unos tres mil franceses, y continuando con poca intermisión otra, expresó que dos mil más bajaban por el Altabuz con dirección a unirse a las caídas del Escandá, como en efecto lo ejecutaron atacando a la avanzadilla que se hallaba situada a la izquierda de su principal, llamada de Orión, y reunida a ésta, tomó el Comandante de aquel puesto la determinación de emboscarse con ambas en las faldas del Mendilaz, para evitar con sus disposiciones, y con respecto a la multitud respectiva de enemigos que observaban coronadas las alturas de su frente el que se internasen más, éstos fueron descendiendo en pequeñas partidas, y lograron la corta ventaja de quemar la dicha avanzadilla e introducirse en los barracones del destacamento, a cuyo tiempo, advirtiendo los pocos progresos que ejecutaban, pues ni se atrevieron a desalojar a unos veinte aezcoanos que con la derecha de un Sargento, un Cabo y ocho soldados se establecieron en el monte de San Esteban, que está sobre el costado de aquélla, determiné enviar las partidas de guerrillas que se han formado de los operarios de esta fábrica, y llegaron tan oportunamente y con tal atrevimiento, que pocos individuos de ella desalojaron los franceses, no sólo de los barracones, sino que impidieron la quema de éstos, a que aquéllos habían puesto fuego, y después reunida con otra de la Alternación de la Corona, al mando del sargento primero, Francisco del Mármol, y doce individuos, les persiguieron hasta dejarse perder de vista; en cuya retirada, que fué fuga vergonzosísima, cuatro de dichos paisanos y dos soldados de la Corona hicieron prisionero un cazador del sexto Batallón de Laudés, para aquélla, y la suspensión de las operaciones de los enemigos contribuyó casi en todo la tenaz resistencia de sólo la Alternación de Logroño, situada en el puesto de las Arratacas, pues con sus maniobras y fuego entretuvo al enemigo, habiendo muerto uno y herido algunos, sin que hubiese recibido más daño que un soldado contuso de consideración en la barriga, pero que no quiso retirarse. Y después de señalar los jefes y oficiales que se habían distinguido, el Marqués de la Cañada seguía informando: «Por último, Exc. Sr., a todos estos señores oficiales, guarnición y paisanaje, que por la alegría y expresión manifestaban el gusto que hubieran tenido de que los cinco mil enemigos se hubieran acercado, sin omitir que todo el valle de Aezcona, y a su cabeza el Alcalde de Inda y el Teniente, se presentó en el puesto que determinó con mayor brevedad posible, con respecto a la distancia de los pueblos que la componen; y finalmente de los ciento setenta y nueve paisanos navarros que llegaron a las ocho, tuve la satisfacción de que treinta voluntarios, sin embargo de los días que traían de viaje y sin comer uno, formaron una partida de guerrilla, y salieron a encontrarse con las anteriores, volviendo muy alegres, porque vieron retirarse tanta mul-

titud de franceses y todas tropas, de un puñado de gentes, y los demás muy contentos de verse colocados en la parte de parapeto que les destiné.»

**Relato oficial del ataque francés a  
las alturas de la margen derecha  
del Bidasoa**

Respecto del ataque a las alturas de la margen derecha del Bidasoa, la *Gaceta* del 29 de abril del año en cuestión daba cuenta de que el General en Jefe del ejército de Navarra y Guipúzcoa, don Ventura Caro, en carta del 10 de dicho mes, había remitido copia del oficio que recibió del Teniente General Marqués de Castelar, referente a la función que tuvo con los enemigos el día 6. y que, a la letra, era la siguiente: «Excmo. Sr.: Tengo la honra de participar a V. E. que los franceses nos han atacado antes de ayer, y la satisfacción de que han sido completamente rechazados por el acreditado valor, bizarría y constancia de nuestras tropas.»

«Inmediatamente que recibí el primer aviso monté a caballo y pasé a dar mis órdenes, según consideré oportuno en vista de la disposición y movimiento de los enemigos; y aunque se hallaban apostados en considerable número en todas las lomas que diariamente ocupan nuestras avanzadas, a excepción de las del Paso, no tuve por conveniente, en atención al corto número de tropas con que accidentalmente me hallaba, reforzar las partidas de descubierta, y sólo mandé cubrir los atrincheramientos del Paso con el tercio de Guipúzcoa, colocar en sus inmediaciones el primer batallón de Ultonia para lo que pudiese ocurrir, y que los demás cuerpos se mantuviesen en sus campamentos y cuarteles prontos al primer aviso, porque no me convenía el manifestar todas mis fuerzas al enemigo, y así darle a entender que para rechazarle no necesitaba emplear las que a su vista tenía acampadas en Turbatu.»

«Encargué el mando del centro e izquierda de nuestras tropas de descubierta al Brigadier Duque de Mahón, que se hallaba de día, y dejé enteramente fiado el de la derecha de Biriattou a su Comandante el Brigadier D. Juan Francisco Baturell, que hacía algún tiempo sostenía el verdadero ataque de los contrarios; y después de concluída la acción me la detalló en los términos siguientes: «Empezaron a las tres de la mañana los enemigos a atacar, por la cañada de Biriattou, la escucha de los Voluntarios de Guipúzcoa colocados en el emplazamiento bajo, y siguieron después algunos tiros en el horizonte, corriendo desde el Diamante a la trinchera enemiga de la Cruz del Ramo, lo que obligó a Baturell a redoblar el cuidado y reforzar algunos de sus puestos.»



«Al amanecer observó la avanzada de Monteverde que los enemigos en bastante número se emboscaban en los árboles de la falda del Diamante, y que una de sus columnas se colocaba en La Perla con dos cañones de Batallón; y al ir nuestras tropas a ocupar sus correspondientes puestos, se vieron atacadas por otra columna que traía otro cañón de batallón, y un republicano, y que al propio tiempo la de la Perla adelantaba al Diamante para desalojar nuestra avanzada, que ya lo ocupaba; por lo que se vieron precisados unos y otros a ceder a fuerzas tan superiores después de haber sufrido algunos cañonazos a metralla, cargándoles en su retroceso los contrarios hasta el emplazamiento bajo que estaba reforzado con dos compañías de Voluntarios de Guipúzcoa y una partida de los de Aragón, a las órdenes del Sargento Mayor de los primeros D. Gabriel Mendizábal.»

«También obligaron a retirarse a los del segundo de Cataluña, que ocupaban el Monte-verde, de cuya falda fueron sosteniendo el fuego, hasta que Baturell les envió un refuerzo de una compañía, a las órdenes del Capitán D. Narciso Lavaleta, que llegó antes que pudieran establecerse los franceses, y atacándoles de firme, auxiliados del fuego de nuestra artillería, los arrojaron y se apoderaron nuevamente del monte.»

«Igualmente alcanzaron nuestras tropas, que defendían con el mayor tesón el emplazamiento bajo, rechazar los enemigos y perseguirlos hasta volver a ocupar sus puestos, colocando todas las avanzadas después de dos horas y media de un fuego vivo y sostenido contra el de más de 2.000 hombres y la indicada artillería con que atacaron ambos puntos.»

«A las diez y media del día avisaron las avanzadas del Diamante y Monte-verde que volvían los enemigos del mismo modo en tres columnas con tres cañones cada una a repetir el ataque por derecha e izquierda; por lo que envió Baturell al primer Teniente del Regimiento de Toledo D. Diego Roche a reconocerlo, quien le avisó que había observado lo mismo, y además distinguido cuatro columnas de a 600 hombres entre las cañadas de la Loma de Granaderos, una de 300 en la Cruz, un batallón formado por sus banderas al lado del primer campamento, un refuerzo de 300 hombres en la Perla, otros tantos detrás del Diamante, e igual número en la casa debajo de la Loma Verde.»

«A las once se verificó el segundo ataque, dando principio con tirar desde la batería de la izquierda algunos cañonazos contra la de Bariatou, y desalojándonos desde la punta del Diamante, no obstante que fueron rechazados los atacantes de Monte-verde; en cuya vista volvió Baturell a enviar los mismos refuerzos que antes, a las órdenes de los Capitanes de Voluntarios de Aragón y Guipúzcoa, D. Gerónimo Morera y D. Joseph Himas, que con igual empeño los desalojaron segunda vez del Diamante, despreciando el fuego de su artillería, habiéndoles resultado en ambas acciones sólo un muerto y dos heridos.»

«El Brigadier Duque de Mahón en su parte expresa que de resultas

de haberle avisado el Comandante de Avanzadas, el Teniente Coronel D. Pedro Valcárcel, que los enemigos se dejaban ver en crecido número en los puntos que acostumbraban tomar diariamente nuestras avanzadas, al propio tiempo de hacérmelo saber, mandó subir a la loma del Paso una compañía Provincial de Valladolid, colocar en ella la artillería que se acostumbra, y se dirigió a reconocer a los enemigos que no se adelantaban por parte alguna, ni manifestaban disposición de ejecutarlo; por lo que dispuso avanzase Valcárcel con una compañía de cazadores Provinciales de Logroño hacia la loma de Granaderos, a cuya caída, después de haber sostenido un fuego vivo, tuvo que retirarse.»

«El Duque me dió parte del suceso, y mandé que no obstante insistiesen en procurar ocupar los puestos diarios sin empeñar demasiado la acción, extendiéndose hacia Hendaya para precaver el ser cortado; y en consecuencia acordó el Duque con Valcárcel una tentativa de que se adelantase a la loma de Granaderos, que él avanzaría por la izquierda. Por tres veces acometió Valcárcel, apoderándose por otras tantas de la casa y trinchera de dicha loma; pero la superioridad de enemigos emboscados en su cañada, le obligaron a volver a ocupar los puestos bajos de la loma.»

«Avanzó el Duque por la izquierda, colocando en las bordas de la casa el refuerzo y en la pequeña altura que domina las avenidas, parte de sus tropas, envió a cubrir su costado izquierdo al Teniente Coronel D. Pedro Hernández, que se presentó voluntariamente, no obstante corresponderle aquel día el servicio de Comandante de partidas de guerrilla, a que está destinado, quien se apoderó de la casa de la loma quemada, que conservó hasta que se consiguió ocupar los puestos diarios, y mandó al capitán D. Juan Rafael Lasala, Comandante aquel día de las partidas de guerrilla, adelantarse por su frente con la partida de Ubeda que sostenían su derecha, apoderarse de la loma de Catalanes, en la que en sus cercanías estaban emboscados unos 2.000 hombres, y aunque aparentaron huir después de haber hecho mucho fuego a nuestra tropa con la mira de cortarla, Lasala que lo penetró, y llevaba con conocimiento, bizarría y serenidad a su gente, se recogió inmediatamente que advirtió el movimiento de los contrarios de intentar cortarlo, sobre las tropas que tenía colocadas el Duque en las sobredichas bordas y pequeña altura, hasta donde les persiguieron los franceses, protegidos de un cañón y obús que colocaron delante de su reducto grande; pero el Duque los rechazó hiriéndoles a muchos, a más de haberle muerto algunos, habiéndole resultado por su parte un muerto y ocho heridos, de los cuales uno de Ultonia fué hecho prisionero por los enemigos.»

«Finalmente, protegidos del acertado fuego de nuestras baterías, las partidas de guerrilla, avanzadas y refuerzos, a las dos de la tarde precisaron a los enemigos a retirarse y desistir de cualquier intento

que hubiesen formado, ocupando lo restante del día sus correspondientes puestos sin que les incomodasen.»

«El Mariscal de Campo D. Jorge Guillelmi, Comandante General de Artillería, acudió inmediatamente, y pasó con su Ayudante D. Gerónimo Torija a recorrer todas las baterías empezando por la de Biriattou, debiéndosele a su pericia y actividad, como a la de sus oficiales, la buena dirección de los fuegos que realmente dispersaron los enemigos emboscados en las cañadas.»

«No hay elogio que baste para expresar la bizarría e intrepidez con que la oficialidad y tropa que concurrió a la acción, atacó y sostuvo, según exigían las circunstancias, por lo que recomiendan a Vuestra Excelencia particularmente, respecto a haberse hecho acreedores a que la piedad de S. M. los atienda en lo que fuere de su agrado.»

El parte de guerra a continuación daba cuenta de los méritos contraídos por toda clase de combatientes, y terminaba añadiendo don Ventura Caro: «que esta acción es gloriosa para las armas del Rey, sin que desmerezca por no haber sido grande el número de muertos y heridos, porque se halla tan preparado el terreno que diárametne ocupan nuestras tropas en Francia, y tan protegido de nuestras baterías, que siempre que lo ocupen de noche los enemigos serán desalojados de día con mucho daño suyo y poco nuestro.»

A este parte de guerra y posterior recomendación, el Conde respondió al General Caro acusando recibo del mismo, declarando que habiendo quedado el Rey enterado, igualmente estaba muy satisfecho del valor y firmeza con que se portaron sus tropas, como de la pericia y denuedo con que las dirigieron los respectivos jefes y subalternos. Siendo su Real voluntad lo manifestara así a unos y otros. El documento estaba fechado en Aranjuez, el 22 de abril.

La primavera se dejaba sentir. Era de esperar, por tanto, que el tiempo se mostrase propicio al comienzo en serio de las operaciones militares. Y, efectivamente, como veremos en el capítulo siguiente, éstas hubieron de manifestarse con un empuje más acentuado en el mes de mayo. Tanto los franceses como el General Caro estaban determinados a un cambio radical de conducta.



## CAPÍTULO VIII

### OPERACIONES A ULTIMOS DEL MES DE ABRIL Y SIGUIENTE DE MAYO

**El Alto mando francés a principios de mayo. Dubouquet despojado del mando. Le sucede Delalain. Reconocimiento general llevado a cabo por los españoles el 26 de abril**



principios del mes de mayo de 1794 (prairial), formóse en las alturas de Menta un campo atrincherado que dominaba el pueblo de Sare. El General de División De Laborde tenía a sus órdenes a los Generales de Brigada Castelvvert y Cambray, el primero oficial vigilante, lleno de franqueza y de honor, se encontraba en Ainhouë y el segundo en Ascain. Así lo indica Beaulac, que continúa informando: «Era este el tiempo en el que los generales experimentaban cambios rápidos y continuados; tan pronto se encontraban situados en los primeros puestos, como descendían bien pronto a la condición más oscura. La rueda de la fortuna tornaba más favorablemente para otros. Dubouquet, procedente de una sangre otras veces *noble*, fué despojado de su mando, pero partió honorablemente con la esperanza de un retiro y la estimación de todo el ejército.»

«Delalain le sucedió. La única operación militar de este General fué un reconocimiento general hecho el 5 de abril (16 germinal), como resultado del cual supo que las montañas estaban todavía poco practicables y que, no obstante ello, los españoles conservaban los reductos construidos el año anterior en cimas elevadas, entre otras la de Altoviscar, que las nieblas hacían casi inhabitable en todo tiempo. Después que Delalain fué destituido, Mauco, ascendido a General, le sucedió en el mando: la división se componía entonces de 10.000 hombres.»

«A la mañana siguiente de la instalación del General Mauco, el 6 floreal (25 abril), los enemigos realizaron un movimiento general. Parece, según las relaciones españolas, que el único objetivo de esta expedición era incendiar las viviendas situadas en los alrededores de Saint Jean Pied de Port, y, sobre todo, de Baigorri, cuyos habitantes se habían atraído el odio más enconado por su adhesión a la República y por su actividad invencible en los combates. El General en Jefe, Caro, asistió a esta expedición; su columna principal, después de haber conquistado el puesto avanzado en la garganta de San Miguel y ocupado las alturas de este pueblo para cortar la comunicación de Arnéguy con Saint Jean Pied de Port, descendió por la carretera hasta la mitad de la montaña de Orisson, transportando dos piezas de cañones y dos de obuses. Las tropas francesas no permitieron a esta columna seguir adelante y se la arrojó sucesivamente de las alturas de San Miguel y de la montaña de Orisson, pero sin cortarla, sin turbar el orden de su retirada.»

«Un segundo cuerpo enemigo penetró por Lussaide, con el propósito de envolver cuatro compañías de cazadores vascos acantonados en Arnéguy; estos cazadores no estaban vigilantes y reposaban sin desconfianza, cuando el enemigo estaba ya frente a ellos en el otro lado del arroyo Aíri. Despertados por un paisano que apercibió a los españoles, debieron su salvación a su extrema agilidad; no obstante el fuego del enemigo lograron salvarse con parte de los habitantes de Arnéguy en la cima de una montaña, al otro lado del arroyo. El pueblo de Arnéguy fué entregado a las llamas y otras tropas salidas de los Alduides cometieron las mismas fechorías en las casas de Baygorri.»

#### **El General Caro da cuenta adelantada de la citada operación**

No era mucho más amplia la referencia que del hecho daba la *Gaceta de Madrid* del 6 de mayo de 1794. «Debiendo el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa D. Ventura Caro, que estaba en Burguete, regresar a la izquierda de la frontera que está a su cargo, quiso antes castigar a los enemigos, y vindicar la destrucción e incendio del indefenso pueblo de Valcarlos, en que no han dejado una borda entera, y han cebado su rabia en más de diez acometidas que le han hecho hasta acabarlos de destruir. lo que les era fácil por hallarse a las vertientes de Francia y a la inmediación de los pueblos de Ondarrola y de Arnéguy que guarnecían sus tropas, y de donde emprendían los ataques a su salvo.»

«Combinó, pues, el día 25 del mes pasado un ataque general, desde la frontera de Baztán hasta la de los bosques de Irati, y bajó con 1.400 hombres hasta la inmediación de San Juan de Pié de Puerto para llamar la atención de los enemigos y entretenerlos. Todo le salió como

había premeditado. Se alarmó el Gobernador de San Juan de Pié de Puerto, tocó la generala y la tocaron igualmente las tropas de los diferentes campamentos que había a su inmediación. La ciudadela de San Juan avisó con tres cañonazos de su riesgo, y habiendo tomado las armas en todos sus campamentos, salieron sus tropas hasta el reducto más avanzado de San Juan, donde formaron en batalla, y como estaban bajo la jurisdicción de nuestra artillería, y nuestra posición era muy ventajosa, no se atrevieron a atacarnos.»

«Mientras tanto que el General cañoneaba y amagaba a los enemigos desde su posición, el Marqués de S. Simón salió de los Alduides, como tenían acordado, y atacó un cuartel de Baygorri; y aunque aún no habían enviado al General la relación del suceso, ni éste podía alcanzar a verlo, por la alta cordillera de montes de Valcarlos que los separaba, comprendiendo ser feliz, por el humo que salía de la otra parte del monte de Adarza y de las inmediaciones de Baygorri.»

«Por la izquierda del General, el Brigadier D. Carlos Masdén atacó los pueblos de Ondarrola y Arnéguy, y habiendo puesto en fuga a los enemigos que los guarnecían, incendió los dos pueblos y todas sus bordas. Por el frente el Mayor General D. Ventura Escalante, con las tropas de vanguardia, se adelantó a incendiar todas las casas y bordas, y a proteger el ataque de Masdén. Por la derecha, el Marqués de la Cañada Ibáñez, se extendió con las tropas de la fábrica de Orbaiceta en más de dos leguas de frontera, incendiando las bordas francesas, de suerte que a las siete de la mañana del 26 cubría la atmósfera el humo en más de seis leguas de extensión.»

«A las nueve y media de la mañana, habiendo avisado el Mayor General Jefe que ya no quedaban más bordas por incendiar, dispuso la retirada, que se hizo con el mayor orden, habiéndoles seguido algunas tropillas de enemigos tiroteando de lejos hasta las ventas de Orisun, de donde habiendo advertido nuestras tropas en el orden de batalla, y la posición fuerte que habían tomado, desistieron de su empeño.»

«Nuestras pérdidas han consistido sólo en siete heridos, entre ellos el capitán del Regimiento de León D. Julián de Sequera, pero ninguno lo está de cuidado.»

«Se hicieron algunos prisioneros y se tomaron más de 6.000 cabezas de ganado. Este se repartió a la tropa, y el General puso en libertad a aquéllos, haciéndoles entender antes que el haber incendiado Arnéguy, Ondarrola y más de 400 bordas, había sido por vindicar los daños que nos habían hecho en Varcarlos; que el año pasado, después de haber desalojado a los enemigos de Castillo-Piñón, había estado en Arnéguy y Ondarrola, y, no obstante, que habían destruido ya la mitad del pueblo de Valcarlos, no permitió que se les hiciese el menor daño, para estimularlos a imitar nuestro proceder humano y generoso y que no acabasen de destruir el pueblo indefenso de Valcarlos; pero que habiendo ellos correspondido mal, y habiendo destruido todas las casas y bordas de aquella población, había querido vengar este agravio; y que



haría lo mismo con todos los pueblos de la baja Navarra luego que juntase ejército, si no enmendaban su conducta. Esta noticia se dará por circunstancia luego que lleguen al General, y éste remita las relaciones del Marqués de S. Simón y de D. Joseph Urrutia. »

**Segunda relación del ataque español del 26 de abril. Caro marcha a Roncesvalles. Los franceses dispuestos a defenderse**

La promesa que hacía referencia este parte de guerra del General don Ventura Caro, hubo de ser cumplida en carta que en 2 de mayo dirigió al Conde de Campo Alange, y que fué dada a la publicidad en la *Gaceta* del viernes 9 de mayo de 1794. Decía esta relación circunstanciada de la acción y ataques ejecutados contra los enemigos por las tropas del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, lo siguiente: «Excelentísimo Sr.: Paso a manos de V. E. la relación detallada de la acción del día 26 del mes próximo pasado en la frontera de la derecha de Navarra (1). Anteriormente he dado aviso a V. E. de que los enemigos entraron el mes de abril del año próximo pasado en el pueblo de Varcarlos, situado tres leguas distante de nuestros puestos fortificados, y confinante con las villas de Ondarroa y Arnéguy, e incendiaron muchas de sus casas; que el mes de junio después de haberlo batido y desalojado de Castillo Piñón, estuve en las citadas villas y no permití que se hiciese el menor daño en sus casas, por ver si seguían nuestra conducta y trataban con igual consideración a los pobres vecinos de aquel indefenso pueblo; pero ellos, lejos de imitarnos, han continuado destruyendo el caserío hasta arruinarlo totalmente. Para castigar este hecho, y el haber quemado los pueblos de Zugarramurdi y Urdax también situados a la otra parte de los Pirineos, he dispuesto hacerles los daños que manifiesta la citada relación. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. — Excmo. Sr. Conde de Campo Alange.»

«Excmo. Sr.: Habiendo recibido aviso del Brigadier Marqués de la Cañada Ibáñez, que se halla mandando en la real fábrica de Orbaiceta, de que el día 3 del corriente habían llegado hasta el monte Ori y rasos de Yeropil 3.000 franceses, cuyos montes distan poco de la fábrica y están a las vertientes de España, y habiéndome manifestado el citado Marqués y el Teniente General D. Francisco Horcasitas, que manda la derecha de Navarra, sus recelos de ser atacados, marché a Roncesvalles y conduje 1.000 hombres para castigar a los enemigos en el caso de que intentasen de nuevo atacar la fábrica o los puestos avanzados de Roncesvalles, porque como para venir a ellos y a los rasos de Yero-

(1) Lámina núm. 15.

pil y monte Ori, deben hacerlo por caminos y veredas difíciles y largos, que embarazarían y retardarían su retirada, me prometía, después de haberles rechazado, hacerles mucho daño en la retirada; pero habiendo estado muchos días aguardando su ataque sin que pareciesen, y habiéndome dado parte el Marqués de S. Simón, que manda en los Alduides, que el 24 atacaron los enemigos sus puestos avanzados, que fueron rechazados por nuestras tropas, y teniendo precisión de restituirme a la izquierda de la frontera, resolví atacarles por todo el frente de la derecha, a cuyo efecto fui a los Alduides y acordé con el Marqués de S. Simón las disposiciones del ataque, que debía ejecutar al día siguiente, a un cuartel donde se abrigan las tropas avanzadas de Baygorri, y el incendio de muchas bordas existentes en sus inmediaciones que cubrían las tropas del indicado cuartel, que eran las que más incomodaban a los Alduides.»

«Para que el Marqués de S. Simón ejecutase su ataque sin riesgo, le advertí que estaría sostenido de otras tropas por derecha e izquierda; pues por la derecha, los que yo enviase de Roncesvalles ocuparían el monte de Argarai y el collado de Eunzaray, y por la izquierda, las tropas de Baztán ocuparían los montes, que de dicho caen a Alduides y a Baygorri, a cuyo abrigo podría retirarse por su derecha o izquierda con toda seguridad, según le conviniese en el caso que los enemigos le cargasen con fuerzas muy superiores.»

«Previne a D. Joseph Urrutia, que manda el valle de Baztán, adelantase algunas tropas, de las que tiene a su orden, a los collados de Elorrieta, Istauz e Izpegui, para llamar la atención de los baigorrianos, proteger el ataque de Alduides, e impedir que fuesen a su socorro, advirtiéndoles, que si los enemigos cargaban hacia Alduides y abandonaban el pueblo de Bidarray, que confina con Baztán, lo incendiase; y regresé a Burguete a dar las órdenes convenientes para verificar el ataque al día siguiente. A este efecto dispuse que 400 hombres del Regimiento Inmemorial del Rey y primer Batallón de la Corona, a la orden del Brigadier D. Juan Butler y del Teniente Coronel D. Juan del Rey, Sargento Mayor de la Corona, marchase por lo alto de los montes que dividen las vertientes al valle de Valcarlos y de Alduides, hasta el de Argaray y collado de Aunzaray, para proteger por su izquierda el ataque del Marqués de S. Simón, y por la derecha el que pensaba yo hacer a los pueblos de Arneguy y Ondarroa.»

«Que por el camino hondo bajo de Valcarlos marchase el Brigadier don Carlos Masdén con 400 hombres escogidos de los Regimientos Inmemorial del Rey, Corona, León, Voluntarios de Aragón, Provinciales de Sigüenza y Segovia, compañía franca de Valcarlos, y 200 paisanos seguidos de algunas cargas de faginas incendiarias, a atacar e incendiar los indicados pueblos y las bordas dependientes de ellos.»

«Por el camino alto de San Juan de Pie de Puerto, salí con 1.400 hombres del segundo batallón de granaderos provinciales de Castilla, y de los Regimientos del Príncipe, León, Voluntarios de Aragón, gra-

naderos del Inmemorial del Rey. y el de caballería de Farnesio, mandados por sus respectivos jefes; dos cañones de a 8, dos de a 4, y dos obuses de a 6 pulgadas, al mando del Coronel D. Juan Pardo, Teniente Coronel del Real Cuerpo de Artillería y Comandante de aquel Departamento, y acompañado de los Tenientes Generales D. Francisco Horcasitas, el Mayor General D. Ventura Escalante, y el Mariscal de Campo D. Joseph Laforets; y en el collado de Bentarte se me unió con 600 hombres, de los que guarnecen la real fábrica de municiones de Orbaiceta, el Brigadier Marqués de la Cañada Ibáñez, quien dejó otros 300 en el collado del monte Erosate y Ataburu, para que por aquella parte entrasen en Francia e incendiasen las bordas y tomasen sus ganados.»

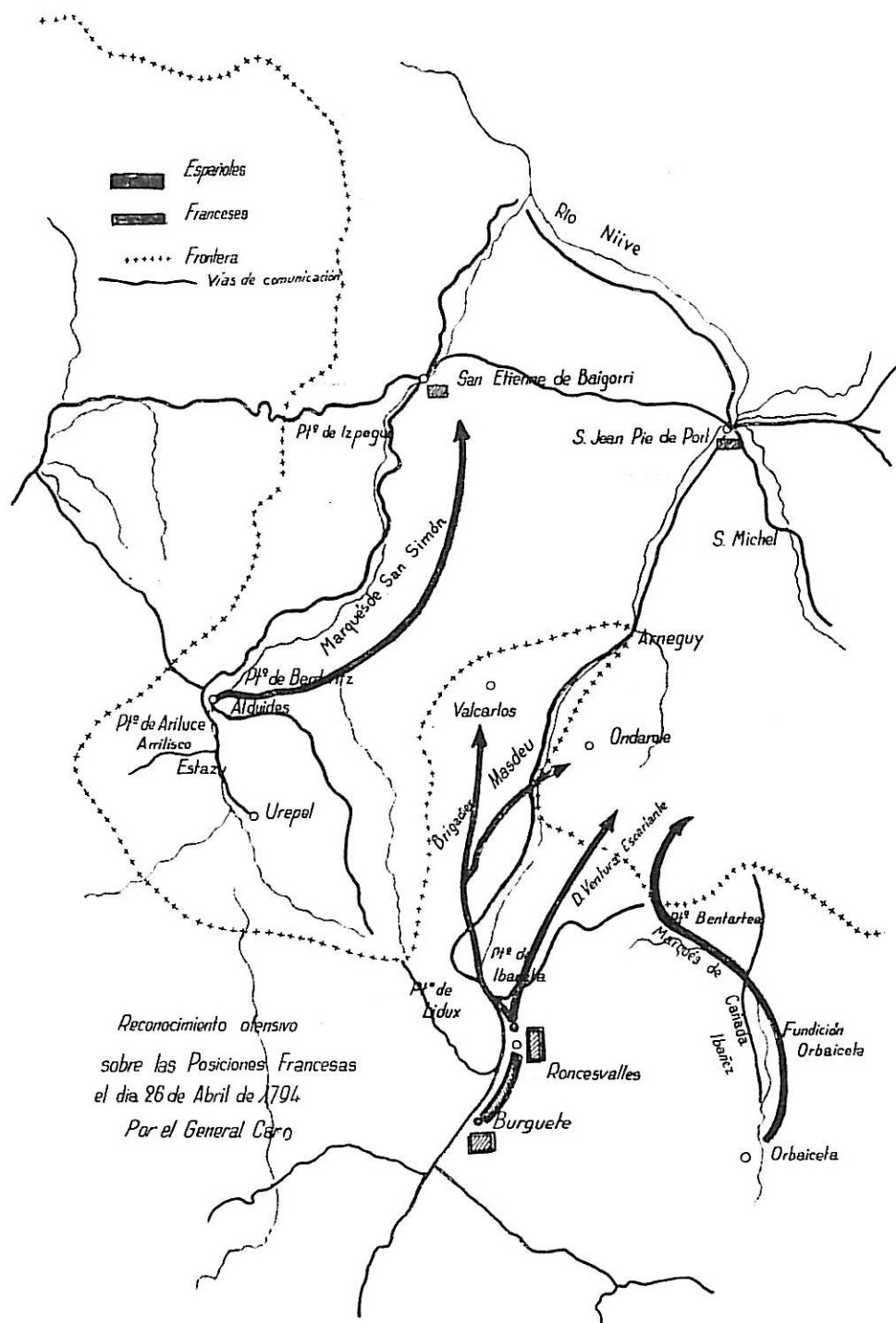
«Para resguardo del puesto de Ibañeta, destiné al Regimiento Provincial de Segovia, a las órdenes de su Coronel Marqués de Lozoya, y para el de las baterías de Altoviscar, San Carlos y Orzansurieta, el resto del de Sigüenza.»

«Marché con los 2.000 hombres hacia Castillo Piñón, de donde destaqué con 200 escogidos al Coronel del Regimiento Provincial de Sigüenza D. Francisco Romo y Gamboa, para que marchando por las cumbres de los montes que descienden y caen sobre Arnéguy y Ondarrola, protegiese el ataque de Masdén a dichos pueblos, dominándolos y tomándolos por la espalda al mismo tiempo que Masdén los atacase por el frente. Dejé en este sitio al Marqués de la Cañada Ibáñez con los 600 hombres que había conducido de la fábrica de Orbaiceta, para que extendiendo su tropa por todos los montes de la derecha, se diese la mano con los que entraban por Ataburu y Erosate, y a un mismo tiempo en toda aquella extensión de terreno, se incendiasen todas las bordas francesas y tomase el ganado.»

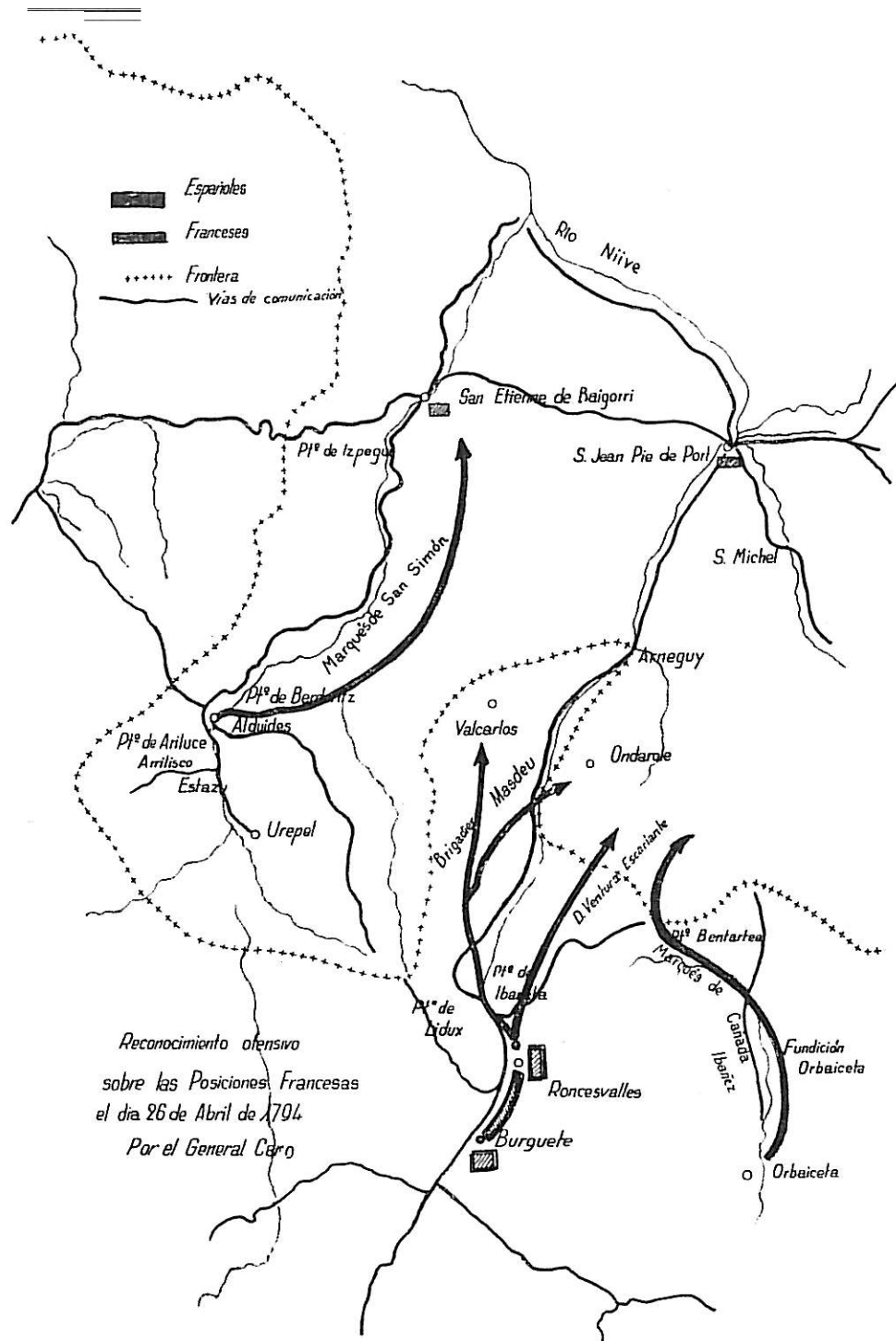
«Para asegurar mi retirada situé los cañones de a 8 en el monte de Orizun, que domina todas las avenidas de Francia; y con los 1.200 hombres restantes, dos obuses de a 6 y dos cañones violentos, seguí el camino real de San Juan, hasta poco menos de dos tiros de cañón de esta plaza; ocupé allí una posición ventajosa, y que me aseguraba la retirada, donde situé las cuatro piezas de campaña que llevaba; y distribuyendo partidas en todos los puntos interesantes para asegurar la operación, elegí de todos los cuerpos los voluntarios más ágiles y robustos, y los destaqué por todas partes para que incendiasen las casas y bordas más avanzadas y recogiesen el ganado, cuya operación dirigió el Mayor General D. Ventura Escalante, y a sus órdenes el Brigadier D. Domingo Fernández Cueto y el Teniente Coronel don Henrique de la Mata Linares, sargento Mayor del Regimiento del Príncipe, y su Ayudante el Capitán D. Antonio de Torres.»

«Para que fuese mayor la sorpresa del enemigo y más seguro el ataque, previne que comenzase en todas partes al amanecer; y para que la tropa pudiese resistir la gran fatiga que debía hacer, la hice re-





Croquis para seguir el reconocimiento ofensivo sobre las posiciones francesas del 26 de abril de 1794.



Croquis para seguir el reconocimiento ofensivo sobre las posiciones francesas del 26 de abril de 1794.

coger a la oración, y la gratifiqué con un rancho extraordinario que comió a media noche antes de ponerse en marcha.»

«Para asegurar el ataque de Baygorri, Ondarrola y Arnéguy, por mi izquierda, y el de las bordas en más de tres leguas de extensión por mi derecha, me acerqué amenazando la ciudadela de San Juan de Pie de Puerto, y aparentando mucha más gente de la que llevaba a fin de llamar toda la atención del enemigo hacia mi frente, y que las demás partidas sueltas esparcidas concluyesen su comisión sin riesgo. Las resultas fueron a medida de mis deseos, porque el enemigo luego que me vió bajar hacia San Juan tocó la generala en todos sus campamentos, y al verme acercar tanto a su plaza con artillería, disparó su ciudadela tres cañonazos para avisar de su riesgo a todos los pueblos inmediatos y a Baygorri, de donde le correspondieron con otro.»

«De todos sus campamentos vinieron los enemigos a formarse a mi frente en uno de sus reductos más avanzados, donde les contuvo el fuego de nuestra artillería. A este mismo tiempo verificaba su ataque el Marqués de S. Simón hacia Baygorri, D. Carlos Masdén hacia Arnéguy y Ondarrola; el Marqués de la Cañada Ibáñez por nuestra derecha, y D. Ventura Escalante por nuestro frente, y se vieron salir las llamas de los pueblos, casas y bordas francesas en la extensión de siete leguas.»

«Mantuve tres horas mi posición conteniendo al enemigo sin que se atreviese a atacarme; y cuando me avisó Escalante de no quedar más casas y bordas que incendiar a su frente, mandé recoger las tropas más avanzadas, y como eran las que más habían trabajado, las mandé retirar primero, y que las sostuviesen las otras; tomando posiciones ventajosas de una en otra, me retiré muy despacio y sin riesgo hasta Castell Piñón, a donde aguardé que se me reuniesen las tropas que había destacado a derecha e izquierda, las cuales cargadas de despojo y ganado, hacían su marcha más lenta.»

«Las tropas ligeras de los enemigos nos siguieron, aunque de lejos, hasta la venta de Orizun, habiéndonos herido siete hombres, entre ellos el Capitán del Regimiento de León D. Julián Sequera; pero viendo desde la venta formada nuestra tropa en batalla y la posición de fuego que habíamos tomado, desistieron de su empeño.»

«El Brigadier D. Carlos Masdén, que atacó por el frente los pueblos de Arnéguy y Ondarrola, encontró al principio alguna resistencia, pero luego que los enemigos advirtieron que nuestras tropas, a la orden de Gamboa, les hacía fuego por la espalda, abandonaron su posición huyendo. El Marqués de S. Simón con las tropas de su Legión y con las compañías francas de los Alduidanos y Vascos, las partidas de guerrillas de los Regimientos de León y Zamora a las órdenes del Capitán de este Cuerpo D. Ignacio Martínez Vallejo, sostenido por el primer batallón de Voluntarios de Navarra a las órdenes de su Sargento Mayor el Teniente Coronel D. Cayetano Iriarte y por 300 hombres del Regimiento de Zamora, a las de su Coronel D. Agustín Mazonra,



atacó con la mayor bazarria el cuartel de los enemigos de Adarza, y después de una corta resistencia, los puso en fuga, y llevado de su espíritu los llevó hasta el monte de Arola, incendiando a más del cuartel, unas 60 bordas. En esta posición dió dos horas de descanso a sus tropas, sin que los enemigos se atreviesen a atacarle; pero como desde este momento se descende siempre para regresar a los Alduides, ocuparon los baygorrianos las alturas luego que emprendió su retirada, y con su acostumbrada ligereza y el conocimiento que tienen de aquellos montes, les siguieron atacándoles con viveza, y no obstante que, resistió con valor, y que las Compañías francas de Alduides, de Azanza y del Barón de Garro sostuvieron con mucho espíritu y firmeza su retirada, perdió en ella quince hombres.»

«Don Joseph Urrutia distrajo la atención de los enemigos sacando tropas hacia Baygorri por los collados de Izpegui, Elorrieta e Istauz, y por Berderizt hacia los Alduides, a las órdenes de los Mariscales de Campo don Gaspar de Paternó y don Antonio Filangieri, del Brigadier don Gaspar de Cagigal y del Coronel don Agustín Mazorra, como verá V. E. por su parte y relaciones que le acompaño.»

«El daño que se ha hecho a los enemigos ha sido grande, porque entre las bordas que incendió el Marqués de S. Simón había algunas con depósitos de granos, y el número de todas las que se incendiaron aquel día puede ascender a 400, a más de los dos pueblos. El ganado que se les tomó asciende a más de 7.000 cabezas, y muchos soldados se equiparon bien de ropa y de dinero.»

«La pérdida de hombres de los enemigos no se sabe de cierto, aunque según noticias de Baygorri y de San Juan de Pie de Puerto, ha sido considerable el número de los heridos, y no se sabe el de los muertos, porque con cuidado los ocultan.»

Terminaba D. Ventura Caro dando cuenta a la Superioridad de que toda la oficialidad y tropa se habían portado con la mayor bazarria y se habían hecho acreedores a la piedad de S. M., y ofrecía una larga relación de los que muy particularmente se habían distinguido, empezando por el Mayor General D. Ventura Escalante, que mandó las tropas avanzadas, el Brigadier Marqués de la Cañada Ibáñez, que mandó la derecha, el Brigadier D. Carlos Masdén, que mandó el ataque a Arnéguy y Ondarroa, el Coronel D. Francisco Romo y Gamboa, que condujo por los montes de la derecha 200 hombres al mismo ataque, y el Coronel D. Juan Pardo, Teniente Coronel del Real Cuerpo de Artillería y Comandante de aquel Departamento.

Por lo que a la Legión mandada por el Marqués de S. Simón se refería, el General Caro señalaba, al Teniente Coronel de la Legión de su cargo Marqués de Lons, al sargento Mayor Barón de Hinok, al capitán de granaderos de la misma Mr. d' Esponches, al de fusileros Príncipe de Beaufremont-Listenois y al Conde D. Hipólito de San Simón, hijo éste del Marqués del mismo nombre. También se habían dis-

tinguido D. Andrés de Beaux, primer Teniente del de Ultonia, agregado a la Legión, y el Barón de Beaudean.

Después de una larga serie de nombres y empleos de toda clase, terminaba citando a sus ayudantes de Campo Truyols y Despuig, y a su sobrino D. Juan Caro, que le acompañaron durante la acción y distribuyeron sus órdenes con la mayor puntualidad.

**El testimonio de Marcillac. Brillante actuación del Marqués de Saint Simón y de la Legión Real a sus órdenes**

En tales términos estaban concebidas las referencias oficiales que de la empresa militar del 26 de abril de 1794 ofrecían las *Gacetas de Madrid* del 6 y 9 del mes de mayo inmediato, pero por muy circunstanciado que fuera, según calificativo oficial, el relato de todas ellas, faltaba en su contenido ese calor descriptivo, ese matiz de colorido, que de tal suerte despierta en la imaginación del lector la viva escena de la realidad. Habiendo correspondido al Marqués de S. Simón y a la brillantez y valerosa Legión Real de los Pirineos, nutrida por un conjunto selecto de aristócratas franceses y de monárquicos refugiados en España, la parte más enconada y heroica de la lucha, nadie como Luis de Marcillac, de la misma condición que todos ellos, para dejar impreso en bellos y acusados trazos el cuadro animado de la misma.

Desde el comienzo, el escritor francés recoge, con toda exactitud, los motivos de la empresa expuesta por el General Caro, y la concede los caracteres de un ataque general sobre la izquierda del frente francés de operaciones: «Del lado de los Alduides—expone—los franceses, en diferentes expediciones, se habían introducido en territorio español y habían incendiado el pueblo de Valcarlos que está en la frontera; toda las alquerías de este cantón habían sido también devastadas y destruidas por las tropas llevadas a Ondarroa y a Arnéguy. Don Ventura, instruido de estas excursiones se trasladó a Burguete, a la derecha de su línea, cerca y detrás de la abadía de Roncesvalles, para hacer frente a los franceses si ellos intentaban un movimiento por este lado. Viendo que el incendio y el pillaje constituían el único objetivo de estas expediciones, quiso ejercitar represalias y decidió un ataque general sobre esta izquierda de los franceses, desde el valle del Baztán hasta el bosque de Irati, últimos puestos de su derecha.»

«El Marqués de S. Simón, ocupaba con su Legión el puesto de Chotro, a cuatro leguas y a la izquierda de Burguete; este puesto defendía la fundición de balas (boulets) establecida en la fábrica de Eugui. Había recibido el encargo de rechazar los puestos enemigos antes de Baygorri, y debía estar sostenido por destacamentos que cubriesen su derecha, ocupando el monte de Argaray y el coll de Euzaray; su iz-

quierda quedaba garantizada por las tropas del valle de Baztán, que ocupaban las alturas al flanco de los Alduides. En la noche del 26 de abril, púsose en marcha; la noche era oscura; los franceses habían cortado el camino que pasaba bajo uno de sus puestos avanzados, el cual era necesario envolver para sorprender los puestos principales. Era, pues, preciso atravesar las montañas por senderos de una aspereza espantosa. El primero de los exploradores no se dió cuenta de la cortadura hecha al camino; cae sobre las rocas y se hiere. D'Assas, rodeado por los enemigos, desafía a la muerte y salva al ejército llamando a sus soldados por este grito honorable: *¡A mí Auverniø!* (*A moi Auvergne*).»

«Este bravo legionario, en un estado de sufrimiento que se puede imaginar, contiene sus gemidos, reprime el dolor que experimenta, y por su silencio heroico oculta la marcha de La Legión Real, que sus gritos hubieran revelado. Este puesto de 100 hombres es sobrepasado, y no es hasta el despuntar del día cuando sus centinelas aperciben la retaguardia del Marqués de S. Simón. La alarma es bien pronto advertida por el fuego de este puesto. Los franceses toman las armas; pero el Marqués de S. Simón se apodera del puente sobre la Banca (1) y avanza silenciosamente y con rapidez en un desfiladero que es preciso atravesar para llegar a este pueblo.»

«El fuego de los franceses redobra entonces al frente y en los flancos de la Legión; pero estos bravos realistas, cuyas tres cuartas partes veían el fuego por primera vez, sin tirar un tiro de fusil, se precipitan a la bayoneta sobre el puesto republicano. La carnicería fué horrible. La opinión política que dividía los franceses animaba también a los dos partidos. Era un furor que les llevaba menos a vencerse, que a destruirse. El puesto es, en fin, conquistado a los gritos de viva el Rey; los enemigos se repliegan y son perseguidos con la bayoneta sobre los riñones (*la baionnette dans les reins*); seis puestos son tomados de esta manera y la Legión se encuentra frente a la montaña de Adarza, coronada por tropas que habían sido rechazadas, que se habían rehecho y ordenadas en batalla sobre la cima de la misma. Estas tropas habían sido puestas a cubierto por el fuerte de Arola, cuyo fuego cogía a la Legión por el flanco izquierdo. Pero nada detiene la impetuosidad de esta tropa elegida, cuanto hay más peligro que sobrepasar, más entrevé en ello la ocasión de recoger nuevos laureles (2). La montaña de Arola es también conquistada a la bayoneta y los enemigos se retiran al fuerte.»

«El Marqués de S. Simón no había podido llevar con él una sola pieza de artillería a causa de los caminos; se encontraba desde hacía quince horas marchando o combatiendo; su Legión estaba abrumada

(1) Necesita aclaraciones esta referencia de Marcillac. El puente citado se halla tendido sobre el río Nive, de Baigorri, al norte del pueblo de Banca y cercano a él.

(2) Plus il y a de dangers à surmonter et plus elle entrevoit de lauriers à cueillir.



de fatiga; tuvo que contentarse con ponerse a cubierto del fuerte de Arola y contener a las tropas que en él se habían refugiado, con el fin de impedirles fueran a caer sobre el flanco del General Caro, que con la división mandada por el Duque de Osuna, realizaba personalmente una incursión en el valle de Baygorri y había tomado una posición ventajosa en las alturas de Saint Michel, a un alcance y medio de cañón de Saint Jean Pied de Port.»

«Esta incursión favorecía el ataque del Brigadier D. Carlos Masdeu, a los pueblos de Arnéguy y de Ondarrola, en tanto que por la derecha el Marqués de la Cañada Ibáñez, con las tropas apostadas en la fábrica de Orbaiceta, se había extendido en un radio de acción de dos leguas en territorio francés. Como el objetivo de esta expedición no era otro que una represalia por el incendio del pueblo de Valcarlos y de las granjas vecinas, D. Ventura tenía ordenado que se pudiese fuego a todas ellas en un espacio de seis leguas. Cuatrocientas fueron quemadas, así como los pueblos de Arnéguy y de Ondarrola. Instruido de estos resultados, dió entonces la orden de retirada.»

«La del Marqués de S. Simón se hacía difícil, dado que los franceses se habían vuelto a colocar, por una contramarcha, en las alturas de las que habían sido rechazados y dominaban así los caminos por los que la Legión tenía que pasar. Fué preciso, de nuevo, desafiar la muerte, pero la calma y el buen orden, unidos a la intrepidez y a la experiencia de dos oficiales que habían sido destacados para cubrir esta retirada peligrosa, salvó a la Legión Real y ella volvió a su puesto cubierta de gloria, pero teniendo que deplorar la pérdida de muchos de sus bravos.»

**Consideraciones de Marcillac sobre  
la conducta observada por los ge-  
nerales españoles. Noble conducta  
de Caro con los prisioneros**

«Los cuerpos que debían proteger a la Legión habían quedado en posición de defensa, según la orden que habían recibido anteriormente». Hay en estos conceptos, como se deduce de la comparación de todos los relatos anteriormente expuestos, *algo* que muy bien pudiéramos considerar como un amargo reproche. Diríase en conciencia, que la heroica Legión Real de los Pirineos quedó entregada a su propia suerte, sin merecer por parte de los nuestros una ayuda que siempre hubiese sido eficaz. Noble y dignamente, no como un reproche, sino como simple consideración, Marcillac nos lo da a entender: «Sin permitirme juzgar la conducta de estos oficiales, me parece que hay circunstancias en las cuales, sin faltar a esta obediencia pasiva, tan útil dentro de lo militar, se puede, yo diría, incluso, se debe hacer recaer sobre uno mismo la responsabilidad de llevar a cabo una interpretación del propósito del General, que ha de ser siempre la de relacionar

de tal modo sus operaciones, que todos los cuerpos se sostengan y se presten un mutuo socorro, sobre todo cuando el movimiento que a este efecto ha de realizarse no puede perjudicar al conjunto de las operaciones generales. Los comandantes españoles no pensaron así; se atuvieron a la orden de guardar o conservar su posición, y el Marqués de S. Simón, debió tan sólo a su valor y a la fría intrepidez de sus legionarios, el poder atravesar un desfiladero en medio de una lluvia de balas que caían por todos lados.»

No quiere Marcillac que los anteriores conceptos queden marcados en la conciencia como una grave acusación, y en un gallardo arranque de reconocimiento y de generosidad, sigue diciendo: «Muchos oficiales generales en cuyo número hay que contar al General Urrutia, fueron a colocarse en las alturas de Ispéguy, de Elorrieta y de Istauz para tener a los franceses a raya e impedirles pudieran socorrer las tropas atacadas por el Marqués de S. Simón (1). Ellos fueron testigos del éxito de la Legión Real, y ellos rindieron los testimonios más elogiosos de su conducta». Y aún hay más, el escritor francés no se contenta con ésto, y añade: «Diferentes de los otros pueblos extranjeros, los españoles han rendido siempre justicia al valor de estos caballeros del honor que vertían su sangre por causas extrañas a las suyas, creyendo servir a su Rey y a su Patria. Utilizaron los primeros su entrega y su bravura; pero una secreta envidia retenía los elogios que merecían los ejemplos de que daban prueba. ¿Qué hubiese sido, sin embargo, del Ejército inglés en Holanda después de la retirada de Dunquerque, sin el Cuerpo francés que le cubría y le impidió, tanto ser sorprendido como cortado a trozos? ¿Qué hubiese ocurrido al Ejército austriaco sin el Cuerpo de tropas del Príncipe de Condée, que protegió tantas veces sus retiradas? Por premio de estos servicios los alemanes, sobre todo, abrumaron a los emigrados que así les servían a fuerza de disgustos y de injusticia, que éstos soportaban con un heroísmo no menos apreciable que el de marchar a las líneas de fuego. Orgullosos de su conducta encontraban en su conciencia satisfecha la única recompensa que por ella merecían al abrigo de todo reproche.»

Conforme con la información oficial española, el escritor francés testifica que se hicieron muchos prisioneros en esta acción. «Don Ventura ordenó que se les dejara en libertad, haciéndoles conocer y encargándoles lo notificasen así a los suyos, que sólo como castigo había hecho incendiar los pueblos y las granjas francesas; que deseaba que los generales republicanos adoptasen una conducta de guerra conforme con los principios de la Humanidad y que no le pusieran en el caso de llevar a cabo semejantes represalias, que su corazón reprochaba.»

---

(1) Hay en esta frase un giro especial que pudiera llevar a la equivocación. Realmente no era el Marqués de S. Simón el que atacaba, sino él y los suyos los atacados.

**Breve período de tranquilidad. Ataque francés contra las posiciones del bosque de Irati el 17 de mayo**

Después de esta acción del 26 de abril, la tranquilidad fué completa hasta el 17 de mayo, y esta calma profunda que sucedió a esta tormenta pasajera, inspiró al General Mauco el deseo de satisfacer el ardor de sus tropas por una empresa audaz y funesta para los enemigos. Nada menos que ésto se proponía el general Mauco y sus tropas, según la información del ciudadano francés. Es oportuno conocer lo que el 17 de mayo realizóse, en efecto, para satisfacer tal propósito, según ella. «Sobre las márgenes del Irati, en medio de una vasta floresta, alzábase un establecimiento construído hacía mucho tiempo por los españoles para la preparación de las maderas y arboleduras de su Marina. Mauco resolvió el destruirlas. 1.500 hombres se pusieron en marcha desde Lecumberry (1), el 19 florestal, con dos pedreros llevados por los hombres, no estando los caminos practicables para los caballos. Después de una marcha de catorce horas a través de las montañas y por senderos de una aspereza temible, logróse, el 20 de dicho mes (17 de mayo), llegar a Irati. Estaba éste protegido por una casa almenada, en la que se habían refugiado algunos soldados y los obreros. Los franceses franquearon el río de un lado vadeándole, y de otro por un puente bajo el fuego del fuerte que les mató algunos hombres, entre otros al comandante de la expedición el joven y temerario Dupeyroux. Todas las edificaciones al otro lado del río fueron entregadas a las llamas, así como las canteras que estaban del lado de acá. El techo del fuerte comenzó asimismo a incendiarse cuando el viento cesó de repente. No obstante este contratiempo y aunque faltasen instrumentos para romper las puertas, el furor de las tropas era tan grande, que durante cinco horas enteras ellas quedaron expuestas a la fusilada del fuerte, acribillando de balas las ventanas y aprovechándose de todo para golpear las inmóviles murallas. No sin pena extremada determináronse a la retirada. 20 hombres fueron muertos. Los heridos quedaron en el campo de batalla en número de veinte. Su transporte era imposible por tan rudos caminos. Tal fué el resultado de esta expedición que, conducida con más prudencia, hubiera alcanzado otros efectos.»

---

(1) Este Lecumberry se halla en territorio francés al SE. de Saint Jean Pie de Port.



**Deducción obtenida del relato de la  
operación de que se trata. Informa-  
ción de Marcillac y Gaceta de Ma-  
drid (30 de mayo)**

De este vivo relato trasciende espontáneamente la sensación del fracaso y rinde culto a la verdad Marcillac, cuando afirma que los franceses se retiraron, no habiendo satisfecho más que una parte de sus proyectos. Según éste, «2.000 hombres salidos de Lecumberry desembocaron a las cuatro horas de la mañana en los desfiladeros de Aurregueta y trataron de pasar el riachuelo de Urbeltza. Encontrando en éste resistencia, se encaminaron al puente de Orbaiceta, pusieron fuego a algunas construcciones, así como a las canteras de Irati, pero no pudieron forzar una especie de fuerte, que resistiendo durante cinco horas, dió tiempo al General español al envío de refuerzos.»

Pero la *Gaceta de Madrid*, del viernes 30 mayo de 1794, detallaba, como de costumbre, mucho de lo acaecido en el hecho, informando que el General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, en oficio del 26 del presente, había remitido el que recibió del Teniente General Duque de Osuna, que mandaba la derecha de Navarra, y en el cual se decía: «Excmo. Sr.: Instruido V. E. en globo, como ya lo está por el parte que me dió el Marqués del Vadillo, Coronel del Regimiento Provincial de Soria, del ataque que hicieron en la mañana del día 17 los enemigos al Real bosque de Irati, comunico a V. E. ahora el parte circunstanciado que acabo de recibir del mismo jefe, cuyo contenido es literalmente el que copio.»

«Excmo. Sr.: Ya en oficio de ayer 17, comuniqué a V. E. la novedad ocurrida en el Real bosque de Irati, que había sido atacado en aquella misma mañana por más de 2.000 enemigos, y que no podía hacer relación individual de sus circunstancias, por no haber dado aún el parte por escrito el Subteniente D. Pedro Heredia que mandaba aquel Destacamento: que lo ejecutaría (como lo hago) luego que se verificase, y copiado a la letra es como sigue:

»Con aviso que tuve ayer a las cuatro y media de la mañana de que una partida considerable de enemigos, a quienes la espesura del bosque facilitaba se aproximasen a cubierto hasta dos tiros del cuartel, bajaba a toda prisa de la punta de Aurregueta, principal avenida de Francia, puse inmediatamente sobre las armas a esta tropa, repartiéndola según su corto número en las ventanas y torres, y mandé tocar generala, a fin de que juntándose con nosotros los paisanos empleados en esta fábrica, pudiese combinar los medios de sostenerme en el cuartel y librar las casas de todo insulto. Era ésto a tiempo que habiendo salido la descubierta, y faltando igualmente la partida avanzada en el camino de Eburrio, no me quedaban sino 50 hombres, in-

clusos siete paisanos que se nos reunieron; y no pudiendo separar partida alguna de ellos sin comprometer la seguridad del cuartel, cuya pérdida hubiera sido inevitable con tal resolución, determiné se mantuviesen reunidos para la conservación de este puesto, avisando verbalmente a V. S. de mi situación con un soldado, cuando ya los enemigos que habían principiado el fuego contra unos paisanos que sorprendieron trabajando a la salida del bosque, se avanzaron a la loma de la Garita, extendiéndose por su derecha a cercar el cuartel por la parte del río Urbeltza; pero contenidos por el recibimiento de los nuestros, se parapetaron en unos fosos recién abiertos para la construcción de una trinchera, lo que fué causa de que no recibiesen mayor daño y que de allí continuasen un vivo fuego. Poco después, una numerosa columna descendió de las cumbres del otro lado de Urbelche-ta y dejando unas partidas en las Maderas de la Molina para que la sostuviese, se dirigió a la entrada de las casas por el puente de Orbaiceta, y sin embargo del daño que le causamos, y de que allí murió el que mandaba la acción, entraron en la Iglesia y casas, incendiándolas todas, a causa de que por su situación no nos era posible defenderlas; asimismo apostaron otras partidas que nos cercaban por la parte del río Urchuria, y nos incomodaban por esquinas y por todas partes; pero correspondidos igualmente, retrocedieron, y repasando el puente incendiaron el tinglado, y esperaron allí, sin duda, a que las llamas de la Iglesia, próxima al cuartel, nos comunicasen el fuego. Repitieron segunda vez su ataque con más viveza, marchando delante los hacheros, por lo que hice atrancar la puerta con toda la leña que teníamos, y que se previniesen las granadas, con las que retrocedieron los que ya avanzaban a la puerta, escarmentados en todas partes los otros por el fuego bien dirigido que sufrían, y temerosos de que nos llegasen los socorros que vinieron inmediatamente, conducido el uno por el Capitán don Isidoro Cereceda y Subteniente D. Joseph Paredes, y el otro por el Capitán D. Manuel Ruiz y Teniente D. Joseph Asensio, a quienes precisamente descubrieron las partidas que coronaban los altos, se retiraron a las once por distintos caminos con la pérdida que es consiguién-te a un fuego dominante y próximo, a los diferentes regueros de sangre que dejaron, a los muertos o heridos que vimos retirar en breve en varias veces, y a los catorce muertos que V. S. ha visto tendidos en este contorno, entre ellos un sargento y el mismo comandante, cuyos papeles remito a V. S., con la instrucción dada por su General para esta empresa. En nuestro poder han quedado un cabo y un soldado heridos, que declaran que el número de los enemigos ascendían a 2.000, todos de tropas venidas de San Juan y Baygorri, excepto 200 vascos, y que traían republicanos que no podían pasar y cargas de faginas incendiarias. Acabamos de recoger otro herido, lo que prueba que el número de éstos es muy considerable, aunque difícil de averiguar por lo quebrado del terreno. Por nuestra parte hay tres muertos, siete heri-

dos, entre éstos el sargento Vicente Martínez; un cabo contuso, y yo que recibí dos levisimas contusiones. La avanzada y descubierta, que se salvaron, no pudieron entrar en este punto, aunque lo intentaron, por estar cercado de tropas por todas partes. Cuan terrible haya sido el fuego sufrido por esta tropa no me detengo a referirlo, cuando V. S. mismo es testigo de las ventanas destrozadas y paredes señaladas, casacas, ropas y mochilas inutilizadas de balazos. El valor y constancia que ha mostrado no puedo yo encarecerlo bastantemente; sin embargo del número tan excesivo de los enemigos, no hubo quien profríese la menor palabra de desconfianza. ni proposición de rendirse; estaban todos por sí mismo animados del mayor fervor y espíritu, y todos los recomendando a V. S., pero especialmente es digno de recompensar el sargento Vicente Martínez, que se portó con el mayor espíritu, y después de herido en la cabeza no quiso retirarse ni dejar de hacer fuego; el soldado Joseph Romera, que habiéndolo mandado se retirase por estar herido en un muslo, después de haberse curado volvió a ocupar su puesto, diciendo que no lo desamparaba mientras no se retirasen los franceses; los soldados Venancio Ximénez y Bartolomé Alonso, también después de heridos prosiguieron haciendo fuego; los cabos primeros Antonio Bordexe y Andrés Martínez se portaron también con mucho valor, e igualmente los segundos Miguel de la Rad y Joseph del Amo, contusos, como también el soldado Agustín Sáinz, acreditado en otras ocasiones, y de los primeros que entraron en Castell Piñón. Los dichos socorros remitidos de ésa, el uno a las órdenes del capitán don Isidoro Cereceda, y el otro a las del capitán D. Manuel Ruiz, tuvieron sin duda mucha parte en la retirada de los enemigos.»

**El Marqués de Vadillo informa al  
Duque de Osuna**

Transcribiendo esta carta de D. Pedro Heredia, el Marqués de Vadillo, éste por su cuenta participaba al Duque de Osuna, lo siguiente, el 19 de mayo desde Ochagavia: «Llegado que me fué el aviso de la crítica situación en que se hallaba aquella tropa, junté la que en este cuartel tenía, que ascendía a 60 hombres, los que al mando del capitán don Isidoro Cereceda, y el subteniente D. Joseph Paredes, los hice marchar a su socorro; su ardor les condujo, no obstante la distancia de dos leguas y media y mal camino, en breves instantes sobre el enemigo, el que al descubrirlos empezó a retirarse (sin duda creyendo ser un fuerte refuerzo), y no pudiéndolo perseguir ya por el cansancio que traía la tropa, y ser tan corto su número, se contentó con hacerle un fuego vivísimo desde una posición ventajosa que tomó por aquella parte, del que resultó dejasen tres cadáveres y algunos heridos que retiraron. No coadyuvó poco a su retirada la disposición



que tomé de que el punto avanzado, que cubría D. Manuel Ruiz con su compañía en el puesto de Ori, saliese este Oficial con 40 hombres de tropa y otros tantos paisanos a caer sobre ellos, lo que ejecutó con la intrepidez que en las diferentes de estas acciones de esta campaña ha acostumbrado. Yo me quedé en este cuartel reuniendo el paisaje para providenciar con ellos lo conveniente, y en efecto marché a su frente a dicho bosque, donde se hicieron las correspondientes descubiertas, habiendo examinado por mí mismo las veredas por donde se retiraron, las que indican haber conducido muchos heridos, pues son continuos los regueros de sangre que se encuentran. Hice desbaratar la madera que estaba apilada, como las zanjas que para una estacada habían abierto los contraamaestres de Marina, pues el enemigo, cubierto en estos puestos, ofendía fuertemente al cuartel, y sostenía a los que intentaban forzar sus puertas: éste manifiesta el número de enemigos que lo fogueó, en la intensidad de balazos que aparecen fuera y dentro de él. El número de los enemigos más bien subía de los 2.000, y la acción bien detallada por el General Mauco, como lo manifiestan las instrucciones que el Comandante francés traía, y en sus cadáveres se han recogido cuyos originales remito a V. E. Los enemigos dejaron ya en su retirada como en la inmediación del cuartel 17 cadáveres, tres heridos y un prisionero; y no me queda duda (y lo confirman estos últimos) que la pérdida de ellos es excesiva, pues el fuego fué muy vivo y a corta distancia. El reconocimiento que he hecho de todos los puestos que ocupó el enemigo, y el destrozo que en las ventanas y maderas del cuartel han hecho sus innumerables balas, me hacen conocer y asegurar a V. E. que este oficial hace muy corto elogio del que merece la tropa que ha tenido a su cargo; que su defensa es una de las acciones que dan mayor gloria a las armas del Rey, y que los enemigos, después de haber sido bien castigados, pueden avergonzarse de que un tan corto número como el de 50 hombres, les haya frustrado sus ideas, resistido y rechazado a más de 2.000 escogidos de sus tropas, contentándose con quemar los edificios, que la disposición del terreno y su multitud les ofrecía proporción, sin que desde el cuartel se les pudiese ofender, ni menos destacar gente que los contuviese sin perderlo todo, no habiendo podido forzar éste, que no tiene otra defensa que sus puertas, ni más armas que el fusil del soldado.»

«Faltaría a mi obligación si dejase de suplicar a V. E. haga se recomiende a S. M. el distinguido mérito que ha contraído este oficial, a quien por su presencia de ánimo y pericia militar he confiado la defensa de aquel puesto, como también el de los individuos del destacamento que inserta en su parte se han distinguido.»

«Mi Sargento Mayor D. Joseph Valbuena, y el Capellán del Regimiento D. Ginés Marco, han acreditado su desempeño y celo en el servicio; el primero enviando los auxilios que se necesitan desde este cuartel, y el segundo marchando delante del primer refuerzo para su-

ministrar Sacramentos y demás auxilios de su ministerio, llegando a tiempo de administrarlos a dos de nuestros heridos.»

«Espero que V. E. para mi satisfacción apruebe mis operaciones, y haga llegue a noticia del Rey esta gloriosa acción de sus armas, pues que se interesa en ello el honor del Regimiento.»

**El Duque de Osuna resume los informes recibidos de sus subordinados y solicita las merecidas recompensas**

Recogiendo toda la información facilitada por sus subordinados, el Duque de Osuna (1), se consideraba en el caso de manifestar a don Ventura Caro, lo siguiente: «Es tan recomendable, en fecto, la bizarra defensa que ha hecho en esta ocasión la corta guarnición del bosque de Irati, como laudables y acertadas las prontas disposiciones que dió el Marqués de Vadillo para rechazar al enemigo, cuya previa disposición para el ataque expresada en la instrucción que se encontró en el cadáver del que le mandaba en jefe, hace por sí el elogio de D. Pedro Heredia y de su tropa, al ver que con su serenidad y la firmeza de ésta impidió en gran parte sus premeditadas ideas; por todo lo cual pido a V. E. los recomiende a S. M., y proporcione a cada uno con respecto a su mérito, el premio a que justamente se han hecho acreedores.»

**Fracaso del intento francés. Juicio crítico sobre todas estas acciones y operaciones. Opinión del Conde de Clonard**

No cabe duda de cuanto se viene exponiendo, que los republicanos no vieron satisfechos sus deseos, y rendía culto a la verdad Jomini al declarar, que tras de la acción del día 26 de abril quisieron vengarse del revés experimentado, quemando las bellas florestas del Irati, que atacaron sin éxito alguno.

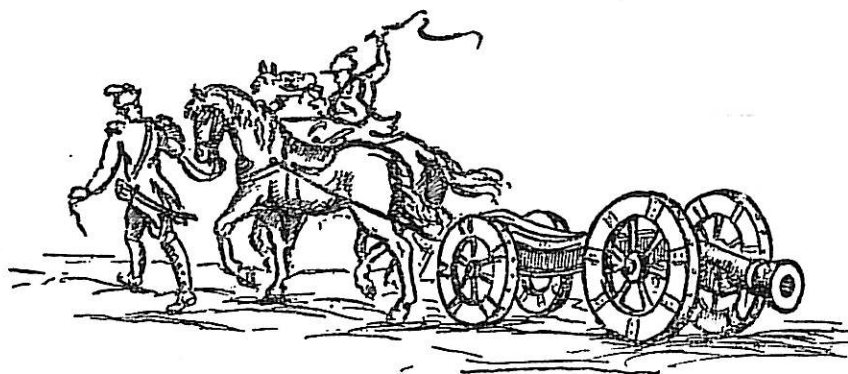
Pero, ¿qué significación tenían realmente todos estos ataques parciales y aun generales como éste del día 26 de abril calificado de general?. «A la verdad todos ellos, ni nada decidían respecto al fondo de la campaña y, aún podían considerarse como perniciosos, porque esterilizaban nuestras fuerzas y presentaban al enemigo la ocasión de aterrarnos con un esfuerzo supremo». Para nosotros este juicio crítico del ilustre General Conde de Clonard, es rigurosamente exacto, pues,

---

(1) Lámina núm. 7.

en efecto, ni la moral de nuestras tropas se afirmaba y subía de valor con tales acciones, ni el enemigo sentía debilitarse la suya, aunque no fuese nada ejemplar, quedando convencido, eso sí, del heroísmo de nuestros combatientes, pero no de la fortaleza y poder del estado de nuestra Patria.

Como pronto lo hemos de ver, fueron los hechos mismos los que vinieron a comprobar tal aserto, y por ello, realmente, el francés concibió este pensamiento y adoptó muy hábiles disposiciones para llevarlo a cabo. Frente a ellas no cabía por nuestra parte proseguir en el empeño de una defensa más o menos activa, y sin fuerzas suficientes por otra parte para dar a nuestro ejército mayor potencialidad, el ejército de la Revolución concluyó por ser el victorioso. Y si aquél pudo en un principio llevar la mejor parte, pronto tuvo que ver cómo este ganaba la partida, según la frase vulgar.





## CAPITULO IX

### OFENSIVA FRANCESA EN EL MES DE JUNIO

**Marcha favorable de los acontecimientos para la República francesa. Espíritu impaciente del ejército francés en la zona de los Pirineos**



A victoria marchaba por todas partes delante de los franceses—se consideraba en el caso de declarar el ciudadano Beaulac—. Este pueblo, en su *furia* parecía presto a dominar la Europa entera conjurada contra él. En vano se le oponían los generales más experimentados, los ejércitos más numerosos y los más aguerridos, las murallas más inexpugnables. En vano estallaban en su seno las más sangrantes disensiones; sus jóvenes soldados, bajo jefes en otro tiempo desconocidos, exterminaban todo cuanto osaba resistirlos y sometían a sus espadas victoriosas, ricas y poderosas provincias. Será para la posteridad un eterno motivo de admiración esta guerra tan desigual en su origen, tan variada en sus acontecimientos, tan admirable en su resultado. Que monumentos innumerables consagren el recuerdo de estos hechos gloriosos; que las bellas artes enriquezcan los templos y los edificios públicos, no bastarán suficientemente en los tiempos posteriores a dar cuenta de este prodigioso encadenamiento de victorias que han fundado los brillantes destinos de la República. Epoca famosa que servirá de lección a los opresores de los hombres, de ornamento y de ejemplo a los pueblos generosos.» Nada menos que esto proclama y vaticina el entusiasta ciudadano francés.

Si hemos de dar crédito a este escritor: «El ejército de los Pirineos occidentales, orgulloso de estos primeros éxitos y sintiéndose vigoroso, ardía en impaciencia para añadir sus laureles a los de los otros ejércitos. Y este ardor no era solamente propio de las tropas; los re-

presentantes del pueblo, Pinet y Cavaignac, manifestaban todavía mayor calor en sus deseos. En vano, alegando la próxima llegada de quince batallones de la Vendée, de caballos y cañones de grueso calibre, el General en Jefe trataba de retardar este empuje; en vano trataba de probar que la demora tomada para la recepción de nuevos refuerzos sería bien compensada por una conquista más extensa, más rápida y, sobre todo, más durable; tales razones no persuadían a nadie y se les trataba públicamente de pusilánimes.»

**Muller, obedeciendo a la voluntad  
de los Comisarios de la Convención,  
decide llevar a cabo la invasión en  
territorio español**

«Cediendo, al fin, a las imperiosas solicitudes de los representantes del pueblo, Muller ordenó las disposiciones necesarias para efectuar la entrada en territorio español. Escogió hábilmente el punto sobre el cual debían de dirigirse los primeros ataques. El valle del Baztán, rodeado por el sureste por las tierras de Francia, se alarga considerablemente en dirección hacia el nordeste, en el territorio español; de suerte que por su flanco derecho es fácil de envolver la posición de Vera y los reductos de Irún, y por su flanco izquierdo el valle de Roncesvalles amenaza Pamplona».

«Para asegurar la posesión de los tres pasos principales que conducen a este fértil valle, ordenóse a la División de la izquierda apoderarse de Berderitz y del coll de Izpegui, y a la del centro, establecerse en el coll de Maya.» De esta suerte, sin duda alguna, los franceses podían, de un lado, penetrar en el valle del Baztán por este último, y en el de los Alduides y Roncesvalles por los dos primeros.

**El General Caro, previendo lo que  
se iba a realizar, solicita el apoyo  
de la Diputación de Guipúzcoa,  
que le es denegada**

Todos estos preparativos, todos los intentos franceses, no fueron desconocidos por nuestro General ni por lo que llamaríamos su estado mayor: «Vemos llegado el momento en el que los franceses debían obtener algunas ventajas, preludio de los reveses que D. Ventura Caro preveía desde hacía largo tiempo y que él trató de evitar pidiendo socorros al Rey y a los representantes de la Diputación de Guipúzcoa, haciéndoles ver que estaba en su propio interés el prestarle socorro y de levantarse en masa para evitar la invasión que los franceses meditaban.» Así nos lo expone terminantemente Luis de Marcillac: «To-

das las tropas de línea estaban empleadas. Fué preciso desguarnecer de un lado para aumentar el contingente de otro, y los diputados de Guipúzcoa opusieron a las solicitudes del General Caro, la feroz resistencia de los republicanos, orgullosos de los privilegios de que ellos se servían para enmascarar sus culpables designios.» Y por lo que tiene de interesante y de instructivo para los que quieren ahondar en los problemas políticos de España, en toda ocasión y en todo momento, transcribimos a continuación los que el historiador francés expone a tal propósito: «¿Qué ganaron con ésto ¿Y hasta cuándo los soberanos españoles han de sufrir en sus estados la existencia de pequeños gobiernos, que, alegando especiales privilegios, no consiguen otra cosa que perjudicar el interés general sin favorecer grandemente al suyo particular?»

**Plan de invasión concebido por el  
Alto mando francés (Muller). Con-  
cepto del mismo, por el historiador  
Jómini**

«Pero durante estos debates de Caro con los guipuzcoanos, los franceses recibieron refuerzos y los representantes del pueblo ordenaron las disposiciones necesarias para forzar la línea española y efectuar una invasión en territorio enemigo. Decidióse el invadir primeramente el valle del Baztán, que está limitado al sur y al este por Francia. El ataque de este valle presentaba dos principales ventajas. La primera envolver las posiciones de Vera y de Irún y penetrar en el valle por el flanco derecho. La segunda, penetrando por el flanco izquierdo, pasar al valle de Roncesvalles y amenazar Pamplona». Y coincidiendo en un todo con el ciudadano Beaulac, expone: «Este plan fué adoptado y para ejecutarlo los franceses debían apoderarse del puesto español de Berderitz, que cubría los Alduides, así como del de Izpeguy y el coll de Maya en la entrada del valle.»

Según Jómini, este plan de invasión, desde hacía largo tiempo aprobado por el Comité de Salud Pública y bastante bien combinado por lo que hacía referencia a la elección del punto estratégico, parecía un poco deshilvanado para tropas tan poco numerosas y obligadas a desfilar a través de valles cuyas comunicaciones eran muy difíciles. La izquierda del ejército debía descender por los colls de Izpeguy, de Arrieta y de Maya al valle de Baztán, en tanto que el centro marcharía hacia Echalar para reunirse con ella, pasar el Bidasoa en concierto con la misma, caer sobre Lesaca y descender a Vera e Irún, donde debería tomar la gran vía internacional. El enemigo, viendo envueltas de este modo sus posiciones atrincheradas y aculado contra la mar a las alturas de Fuenterrabía, no podría conservarlas largo tiempo, sobre todo



si una pequeña escuadra favoreciera los movimientos del ejército francés en el Golfo de Vizcaya.»

Adoptado este plan de operaciones que en 1521 el Almirante Bonivet había empleado en su maniobra para apoderarse de Fuenterrabía, así como en 1718 el Mariscal de Berwick hubo de hacer otro tanto al dirigir sus primeros ataques contra Vera, que una vez conquistada le permitió descender fácilmente sobre la orilla izquierda del Bidasoa o, de otro modo, en territorio español, desde el momento en que fué decidido, Pinet y Cavaignac se personaron en Saint Jean Pied de Port y señalaron su actuación en este sitio, que hasta entonces había estado sumido en la calma más profunda bajo los auspicios del representante del pueblo Féraud, por toda serie de actos arbitrarios y de arrestos de toda clase. Y así se dió el caso lamentable de que este digno representante que tan poderosamente había contribuido a armar a los vascos para servir a la República, fuese conducido como un criminal a la ciudadela de Bayona.

#### **Muller ordena el movimiento de avance sobre la frontera. Plan del mismo**

Era el 14 prairial (2 de junio de 1794), cuando acabados todos los preparativos para la ejecución del plan consabido, Muller ordenó la marcha de sus tropas a los puntos de ataque. El General de Brigada Lavictoire (1) con dos mil trescientos hombres se movilizaron para atacar Berderitz, en tanto que el Jefe de Brigada Lefranc marchaba hacia el coll de Izpegui, a la cabeza de otros dos mil hombres aproximadamente y que el General de Brigada Susamicq, con cuatro mil hombres, amenazaba penetrar en el valle de Roncesvalles y que, asimismo, el General de Brigada Castelvert, con mil quinientos hombres marchaba a arrojar a los españoles del coll de Maya.

#### **Organización defensiva española contra la invasión**

Frente a este intento francés; ante la iniciación de este plan ofensivo, ¿qué disposiciones habían tomado los españoles y con qué medios de defensa podrían disponer? Para llegar al coll de Berderitz era necesario pasar los Alduides, o a través de las cimas de las monta-

---

(1) Era éste un sastre de profesión, antiguo Capitán de una Compañía franca de vascos. Antes de hacerse cargo del mando al frente de sus tropas hubo de decirles: «Amigos míos, no podéis dudar de mi fidelidad a la causa de la República, puesto que hace un año que os estoy confeccionando vuestros trajes».

ñas que bordean el valle del Baztán. Este valle de los Alduides estaba defendido por la Legión Real de los emigrados al mando del Marqués de S. Simón, y por trescientos cazadores naturales de la comarca. El camino estaba guardado por un reducto, en cuyo interior se alzaba un edificio almenado llamado la casa fuerte, sin cuya posesión era muy difícil llegar desde el valle de Berderitz. Del lado de las montañas a los numerosos obstáculos que ellas presentaban, habíase añadido un reducto muy fuerte provisto de dos cañones. La información francesa asegura que todo el revés de la montaña estaba cortado por redientes. Y esta posición que la misma información citada declara ser verdaderamente respetable, hallábase guarnecida con trescientos hombres del Regimiento de Zamora.

Luis de Marcillac confirma que la montaña de Urisca, que dominaba a Berderitz, estaba coronada por un reducto muy fuerte y que, en efecto, el revés de la montaña hallábase guarnecido de varios redientes. Igualmente el coll de Izpegui estaba también defendido por obras de mampostería que concurrían en combinación con las rocas fortificadas por la naturaleza, a hacer esta posición verdaderamente formidable. De igual manera, las gargantas de Elorrieta, de Bustancelay y de Baygorri, estaban también fortificadas.

#### **Infructuoso resultado de la ofensiva francesa iniciada el 3 de junio**

Esta ofensiva francesa desencadenada el 3 de junio, en un principio no tuvo un resultado favorable para las tropas de la Revolución. Los tres puntos u objetivos principales antes indicados fueron atacados al mismo tiempo; sobre todo las dos últimas se defendieron con verdadero valor. La explosión de tres barriles de pólvora en el reducto de la Casa Fuerte que defendía la montaña de Urisca llevaron la confusión al Destacamento que guardaba las gargantas de Bustancelay, que hasta aquel momento se había cubierto de gloria en la defensa del puesto, y que hubo de sufrir bastantes bajas a consecuencia del suceso. Viendo el Duque de Osuna cómo las fuerzas que el enemigo presentaba eran muy superiores a las suyas, consideró oportuno ordenar a estos Destacamentos se replegaran a una segunda línea establecida en el frente Erratzu, Ariscun y Arquinsun, cubriendo, de este modo, el valle del Baztán, en donde se hallaba D. José Urrutia con los suyos. Arquinsun era el punto intermedio entre el valle de Baztán, centro del ejército y Burguete que estaba a la derecha, al sur de Roncesvalles y en el valle de este nombre.

La información de Beaulac, aunque considere como un éxito el resultado de las operaciones francesas desde el 3 al 6 de junio, no puede fijar detalles que ponen de manifiesto, no fué muy fácil y del todo provechoso su desarrollo y resultado. Según la de Luis de Marcillac,

durante los ataques anteriormente reseñados, cuatro mil franceses apostados del lado de la montaña de Altoviscar, hubieron de mantener en jaque a los españoles establecidos en Orbaiceta, los cuales, siguiendo los desfiladeros de Roncesvalles hubieran podido coger de revés a los franceses y por esta maniobra impedir la ejecución de su plan.

#### **Declaraciones de Beaulac. La suerte favorece a los franceses**

Reconoce el ciudadano historiador que la columna asaltante fuerte de mil quinientos hombres, marchó a través de las montañas por un sendero estrecho y duro; ochocientos hombres amenazaban los Alduides por la garganta, hasta las nueve de la mañana no pudo llegarse a la montaña de Uriscar, aunque el enemigo hubo de oponer poca resistencia. El tiempo estaba sereno, los vascos marchaban ardorosamente al combate teniendo a su cabeza al General Lavictorie; una fusilada violenta, una descarga de metralla y la muerte del general los detiene un momento. Las tropas que descendían con impetuosidad de la montaña entraron mezcladas en las filas vascas; y en el desorden cada uno no siguió otro consejo que el de su valor. Los unos se precipitaron en los redientes del enemigo; los otros lograron llegar a sesenta pasos del reducto tirándose al suelo, espionando un momento favorable, que llegó. Un barril de pólvora explotó en el reducto, un movimiento brusco y favorable que hizo entrar en el campo a esta tropa emboscada. Todos cuantos enemigos allí había ocupados en defender las avenidas del coll, se refugiaron entonces en la Casa Fuerte. Un disparo de cañón tirado desde el reducto que acababa de ser tomado conmovió al fuerte y los sitiados se rindieron al momento. El coronel, veintisiete oficiales y cerca de doscientos ochenta soldados del regimiento de Zamora fueron hechos prisioneros; muchos fueron muertos.

Y no paró aquí la buena fortuna de los franceses, pues en el coll de Izpegui, en donde los obstáculos estaban acumulados de modo innumerable, el éxito no fué menor. Sobre las cimas de las montañas que forman este coll de Izpegui, habíase construido obras de fortificación en piedra viva. Rocas fortificadas por la naturaleza y por el arte se elevaban a manera de fuertes para dominar todos los senderos que conducen al coll. Sea por la garganta de Elorrieta, sea por Bustancelay, sea del lado de Baygorri. Por otra parte, una segunda línea de obras de tierra protegían la retaguardia hacia Errazu. Ninguno de estos atrincheramientos poseía cañones, pero estaban abundantemente provistos de *espingolles* y de fusiles de parapeto.

Los franceses atacaron el coll de frente y por los dos flancos. La columna que penetró por la garganta de Elorrieta se apoderó prontamente de la roca de Oratés y la cima fortificada de la montaña. Experimentóse mayor resistencia del lado de Bustancelay, pero la roca ha-



biendo sido conquistada obligó al enemigo a evacuar con precipitación todas las otras obras y se lanzó en desorden sobre Errazun, al otro lado de la segunda línea de reductos. El comandante español, magullado por una caída, fué llevado casi muerto; el número de heridos y prisioneros ascendió a cien. En cuanto a la columna de los cuatro mil hombres que marchaba a las órdenes del General Susamicq, cumplió con su cometido manteniendo a los españoles en constante alarma del lado de Atoviscar.

Y refiriéndose a lo acontecido en el coll de Maya, afirma Beaulac que no estando este punto cubierto por ninguna clase de atrinchamientos, la brigada Castelvert no experimentó ninguna resistencia, y a la noticia de este éxito los españoles abandonaron el reducto de Mortal y el coll de Arrieta.

**La información de Marcillac condiciona la veracidad del aserto anterior**

Estas declaraciones de Beaulac chocan con las de Marcillac, que al hablar de lo acaecido en Bustancelay y de la retirada del Duque de Osuna a la segunda línea antes citada, asegura que el 5, los franceses se presentaron ante esta nueva posición, pero que fueron rechazados, así como afirma también, que tanto el coll de Maya como el de Arrieta fueron atacados infructuosamente después del día 3. Y refiriéndose a los intentos franceses del día 6 de mayo, sobre el coll de Maya, después de señalar que la conquista de este puesto implicaba la entrada en el valle de Baztán, sigue diciendo: «muchas columnas se desplegaron en el frente del coll y del reducto, en tanto que otra columna muy fuerte tomó de revés las montañas relacionadas con la de Alcorrutz, cuyas alturas fueron guarnecidas, así como la del monte Sare. Un fuerte destacamento logró llegar hasta Azpilcueta, pueblo detrás de Maya y cerca de Arizcun. Del lado de los españoles, los paisanos de Errazun y un batallón de infantería de línea recibieron orden de defender el punto atacado, así como la ermita de San Miguel que cubre al pueblo de Maya a retaguardia del coll. Una columna de granaderos fué enviada sobre la izquierda para cubrir el flanco de Oramendi y el coll de Maya fué reforzado. No obstante un ataque vigoroso, los franceses fueron rechazados y no pudieron este día forzar el pasaje del valle de Baztán.

**La información oficial española. Informes facilitados por los Generales Caro, Urrutia, Coronel Mazorra y Sargento Mayor D. Cayetano Uriarte**

Afortunadamente la información oficial sobre todos estos acontecimientos es abundante y detallada y la *Gaceta de Madrid* del 24 de junio del año en cuestión, nos facilita elementos suficientes para poder formar juicio aproximado de la realidad: «El General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, don Ventura Caro, notificaba el órgano oficial de publicidad de aquella época, con carta de 14 del corriente, ha acompañado el parte que recibió del Teniente General don José Urrutia, de los repetidos ataques que desde el 3 al 6 han hecho los enemigos a la parte de Maya y valle de Baztán; y también las relaciones que le dirigieron D. Agustín Mazorra, Coronel del Regimiento de Zamora, de lo ocurrido en el puerto de Berderitz y don Cayetano Iriarte, sargento mayor del primer batallón de Voluntarios de Navarra, Comandante de las avanzadas de Alduides, de lo ejecutado por las tropas de su mando el día 3, las cuales son, respectivamente, a la letra, como sigue:

«Excmo. Sr: Por los partes que relativamente a todo lo ocurrido con los enemigos el 3 del corriente, pasé al Duque de Osuna, habrá V. E. visto el modo cómo se presentaron éstos, la conducta que a vista de sus operaciones observé, manteniéndome aquel día en la segunda línea, a fin de no darles a entender la inferioridad de mis fuerzas, ni exponerme a ser perseguido por las suyas en mi retirada, haciéndola de día; y así proyectándola para ejecutarla durante la noche, los tuve todo el día fatigados con la operación importante de echarlos de la emboscada que hacia mi flanco derecho habían colocado en el bosque, que forma la falda de Arizorroz, y cómo dos mil hombres que tenía en el collado de Elorrieta, amenazando mi flanco derecho.»

«Apenas tuve aviso del comandante de Maya que aquel puesto estaba atacado, cuyo parte recibí cuando con las tropas de Arizcun iba al socorro de Izpegui, comprendí que el enemigo bien informado sin duda de mis pocas fuerzas, y formando él a un mismo tiempo los ataques por mi derecha de Berderitz y Alduides, no traía sólo por objeto apoderarse de Izpegui, sino empeñarme en la defensa obstinada de este punto, instándome con su fuerte ataque a empeñar todas mis fuerzas a sostenerle, y formando la emboscada de Arizorroz, para darme a entender que el estar ellos en el collado me era muy perjudicial por la facilidad que desde allí tenían de enviar cuerpos que me incomodasen en mi segunda posición, todo con el fin de empeñarse en recobrar el puesto perdido.»

«Si me hubiese dejado llevar de la vanagloria de recuperar a Izpe-

gui, como ellos intentaban, esta empresa habría causado mi total ruina, pues ellos tenían ocultos entre las montañas de Gorramendi, Larro y las demás que circundan a Maya, cuerpos numerosos que sin detenerse en tomar este puesto, se habrían descolgado de dichas montañas al verme empeñado en recobrar el collado y avanzadas de Izpegui, y colocándose sin la menor oposición entre la derecha del Ausa y las montañas de Azpilicueta, lo cual no me era imposible impedirles, quedaba cortado enteramente, perdidas las tropas, el valle de Baztán, y el puerto o reducto de Maya.»

«Persuadido de que era este su intento, hice con acuerdo del Duque de Osuna la retirada de la segunda línea la noche del 3 al 4, a fin de tomar entre los pueblos de Errazu y Arizcun una posición que contuviese la resolución de los enemigos, y evitar por este medio las pérdidas irreparables que sin él ya se nos hubieran seguido.»

«Con efecto se han verificado mis recelos con los reiterados infructuosos ataques, ya falsos, ya verdaderos, que el enemigo ha hecho en los días 5 y 6 del lado de Izpegui y Maya.»

«El día 5 por la tarde, a cosa de las cuatro de ella, atacaron los enemigos la altura de Taracea para entrar en el barrio de Yerbil. Los paisanos de Errazu, Arizcun, y algunos otros del valle de Baztán, auxiliados de una compañía del Regimiento Provincial de Burgos, una partida de doce hombres y un sargento del Príncipe, y ciento sesenta cazadores Provinciales de la División de Galicia, al cargo de su Teniente Coronel Conde de S. Román, y todos bajo el mando del Coronel don Gerónimo Cifuentes, a quien envié con estos cazadores para sostener a las partidas de tropa y paisanos arriba expresados, que contenían desde el principio del ataque a los enemigos, lograron rechazarlos, cogiéndolos Cifuentes por el flanco con los cazadores de S. Román, con cuya maniobra empezaron a desconcertarse, retirándose en pequeñas partidas, a las que siguió Cifuentes con las precauciones que de orden mía le previne al Teniente Coronel D. Juan Contreras, mi ayudante de Campo, de cesar de perseguirlos en caso de que el enemigo enviase fuerzas considerables a sostener sus partidas, todo con el fin de no empeñarme con todo hacia Izpegui, por no exponerme a ser cortado por los del lado de Maya, como lo llevo expuesto a V. E. y así dejó el alcance Cifuentes luego que los enemigos prófugos llegaron a ponerse bajo la protección de los que estaban formados en el collado. Dejaron los franceses en esta ocasión doce muertos, y nosotros tuvimos cuatro heridos, los tres de poco peligro.»

«Yo me mantuve formado en batalla con el frente a Izpegui en la altura que hay en la derecha de la arboleda del camino alto que va de Errazun a Arizcun con el primer batallón del Príncipe, el de granaderos de Galicia, el Provincial de Burgos y el primero de Asturias, que puse un poco avanzado sobre mi derecha, a fin que el enemigo se contuviese, y no reforzase desde Izpegui a los que hicieron el ataque,



como sucedió, y al anoher, conducida la acción en nuestro favor, me retiré al dicho pueblo de Errazun.»

«El día 5 estuvieron todo él los franceses a la vista de Maya, como el día anterior, y continuaron del mismo modo sus ataques, habiéndolos correspondido el puesto, conteniéndolos con el fuego de sus avanzadas, y separándolos de la inmediación del fortín. Tuvimos dos voluntarios de Navarra heridos.»

«El 6, acabaron de dar a conocer los enemigos el intento suyo de quererme empeñar en el recobro de Izpegui, o conservación de la segunda línea, pues habiendo pasado ocultos en las montañas que circundan a Maya los días 3, 4 y 5, con el fin de cortarme si me obstinaba, como llevo dicho, hacia Izpegui, dejaron su posición y bajaron decididos a rodear el reducto de Maya, dirigiéndose en columnas numerosas por el frente, y otra mucho mayor que todas bajó por la falda de los montes inmediatos a Alcurruz, y el río que corre por debajo del fuerte; al mismo tiempo se mostraron en gran número sobre los montes Larro y Alcurruz, y varias gruesas partidas de ellos bajaron hasta cerca de Azpilcueta. Inmediatamente mandé al Mariscal de Campo don Gaspar de Paternó que se colocase con el batallón del Príncipe y los paisanos que se hallaban en el pueblo de Errazu, en la ermita de S. Miguel para socorrer a Maya en caso de que se hallase atacada: lo que verificado, en efecto, fué causa de que llegase a aquel punto, donde dejó a la entrada del pueblo el batallón del Príncipe a las órdenes de su sargento mayor D. Henrique de la Mata Linares, para observar desde allí a los enemigos que estaban en las alturas de Alcurruz, y se extendieran hacia las de Azpilcueta. Paternó subió al castillo o reducto, y desde él advirtió que los enemigos bajaban por las faldas del monte Orramendi en dos columnas, situándose a bastante distancia, adelantando sus tropas ligeras a situarlas en los parajes donde nosotros ponemos nuestras avanzadas, en virtud de lo cual colocó Paternó varias de sus tropas a la derecha de la villa, relevándolas de hora en hora: dispuso que el Coronel D. Gerónimo Cifuentes, se colocase con los paisanos de Errazu, que mandaba, en un montecito más atrás de la población para resguardar y contener a los enemigos por aquel costado. Yo dispuse que el sargento mayor de la columna de granaderos provinciales de Galicia, D. Francisco Tomases, fuese con parte de ella costeando la falda de Orramendi, y que el resto de la columna al mando del Brigadier Marqués de Ferreras, fuese de refuerzo a Maya. Finalmente D. Martín Joseph de Echenique, con los paisanos de los cuarteles de Elizondo, Elveta y Azpilcueta, y dos compañías de granaderos de Castilla, rechazaron a los enemigos que repetidas veces hicieron empeño de rodear a Maya, los cuales al ver la resolución de nuestra gente por aquella parte de la izquierda, y la colocación y maniobras de nuestras tropas, mandadas por Paternó en Maya y sus cercanías, no se atrevieron a bajar de las alturas a pesar de que en ellas hicieron diversas evoluciones, dirigidas todas a verificar su entrada en el valle

de Baztán por las cañadas que forman aquellas montañas, y se retiraron enteramente de nuestra vista, sin haber podido lograr el intento que con tanto empeño mostraron. Por la tarde, se descubrieron en gran número sobre el monte Orramendi, y adelantaron partidas hasta las bordas que caen sobre Errazu en las faldas de este monte; envió el Mariscal de Campo D. Antonio Filangieri, que manda en dicho pueblo de Errazu, a su ayudante el subteniente D. Antonio Ortigoni, que condujese dos compañías de granaderos provinciales de Galicia y algunos paisanos del reino de Navarra a las órdenes del Reteniente Alcalde del valle D. Joseph Joachin de Gaston, y los rechazaron después de un rato de tiroteo.»

«Interin duró el obstinado ataque contra Maya, se mantuvo el Mariscal de Campo D. Antonio Filangieri formado a la derecha de Errazu con el frente a Izpegui, teniendo a sus órdenes el primer batallón de Asturias, cuatro compañías de los cazadores de Galicia, y el batallón de milicias de Burgos.»

«En el tiempo que se mostraron por la tarde sobre Orramendi, coronaron todas las alturas que corren desde este monte por Larzábal, hasta más allá del collado de Izpegui, de modo que viendo no podían empeñarme con el todo en recobrar este puesto, ni mantenerme en la segunda línea, me han hecho una parada ostentosa de sus fuerzas numerosas, las que sin duda ascienden, según vi este día, a más de dieciséis mil hombres, pues con menos de este número no es posible coger el terreno inmenso que ocuparon con mucho fondo en todas las partes de su formación.»

«En fin, justamente recelosos los enemigos de la variedad de mis movimientos y posiciones, no osaron verificar su descenso al valle a pesar de su bien demostrado intento de atacarme con él, obstinándose en conservar las alturas, recibiendo grandes refuerzos, y manifestando bastante pericia militar.»

«Todas mis tropas acudieron con gran serenidad a los puntos que las indiqué, y en todos los que se encontraron con los enemigos los contrarrestaron con la mayor resolución. Nuestra pérdida en todo ha consistido en cinco muertos y ciento once entre heridos, prisioneros y extraviados. Les hemos hecho ocho prisioneros, y sin duda deben haber tenido gran pérdida. Desde dicho día 6 no han vuelto a atacarnos, pero sí conservan las alturas.

»Dios guarde a V. E. muchos años. Arizcun, 11 de junio de 1794.—Excelentísimo Señor D. Joseph Urrutia.»

«Excmo. Sr.: En cumplimiento a la orden que me dió el Excelentísimo Sr. Duque de Osuna para que le informase sobre lo ocurrido en el puesto de Berderitz que guarnecía el Regimiento de mi cargo, con el que mis males no me permitieron hallarme en el día de ayer que fué atacado, he procurado saber lo más cierto de los que ocupaban la altura de Asesi, que nada se les ocultaba de las más menudas circunstancias del ataque y rendición de estos puestos, y es como sigue:

»A las cinco de la madrugada del día 3, avisó el segundo teniente don Joseph Castaño, que se hallaba avanzado en Basaldegui, que los enemigos lo atacaban, como lo acreditaba el tiroteo que ya se oía en Berderitz; retiróse este oficial, como mandaban las instrucciones, y seguidamente se dejaron ver los enemigos en el alto de Uriscar en número como de dos mil hombres en columna, la que desplegaron apoyando su derecha al camino como quien viene de Elizondo a Alduides. En esta situación determinaron su ataque a los puestos de esta forma: dividieron su gente en tres columnas, la una atravesó el bosque que está a la izquierda del fuerte, y desde luego creyó el Coronel D. Diego Reynaud, Teniente coronel de este Regimiento que lo mandaba, sería con el fin de atacarlos por la espalda; la del centro se avanzó con bizarría al frente, y sufrió sin desmayar el fuego de los dos cañones cargados a metralla, que les causaba la pérdida que puede figurarse a un objeto inmediato; seguía así la defensa del fuerte cuando la casualidad (sin duda), incendió tres cajones de pólvora que tenían inmediatos al parapeto, a cuya explosión y precisas desgracias se aumentaron las esperanzas de los que atacaban, aprovechándose de ellas para salvar la estacada y colocarse encima del parapeto. No por esto los que guarnecián este castillo desmayaron, antes bien, dieron a conocer la justa causa que defendían; armaron la bayoneta y contuvieron a los primeros enemigos; pero a este tiempo la columna que había pasado por la izquierda atacó la retaguardia, con una increíble velocidad tomó el fuerte, siendo víctimas de su arrojo el Coronel D. Diego Reynaud, el segundo teniente de granaderos D. Antonio Mencha, el subteniente de la misma compañía D. Rafael Barnuevo, y los de fusileros D. Juan Camuñas y D. Manuel Latorre, con los sargentos primeros de las dos compañías de granaderos, un primero de fusileros y varios otros individuos; tomado este castillo, pusieron su artillería, que consistía en dos cañones de a 8, con dirección a la Casa Fuerte, que estaba ya atacada media hora había por la tercera columna, y en esta situación se defendió tres horas y media, a las que ya estaba bastante arruinada y varios enemigos en su tejado quitando embarazos para ponerle camisas embreadas, en este estado fué tomado este puesto, siendo constante por declaración de los que ocupaban la altura de Asesi, que los enemigos han perdido mucha gente, pero que la superioridad de su número les tenía muy persuadidos al logro de su victoria.»

«La pérdida de este Regimiento es la del Teniente Coronel muerto, los cuatro oficiales indicados y prisioneros cuatro capitanes, un ayudante, cuatro primeros tenientes, seis segundos, tres primeros subtenientes, seis segundos, seis cadetes y doscientos hombres entre sargentos, cabos y soldados, muertos, heridos y prisioneros; el resto de mi regimiento apetece que V. E. lo tenga presente para repetir testimonios de lo que desea sacrificarse en servicio de S. M., y yo en su nombre se lo suplico a V. E.; esto es cuanto puedo decir según infor-



me de los que se han recogido, retirados en la confusión de la toma del Castillo.»

«No me es posible dejar de notificar a V. E. que el Teniente Coronel D. Francisco de la Torre, capitán del Regimiento de Africa, y comandante de la Casa Fuerte, fué herido, según se me ha dicho, mucho antes de su rendición, el que igualmente está prisionero.—Don Agustín Mazorra.»

«Excmo. Sr.: Aunque el parte circunstanciado que ha pasado a vuestra excelencia el Excmo. Sr. Marqués de S. Simón, le tiene instruido de la acción del 3 del actual, por el que tendrá conocimiento vuestra excelencia de los sujetos que se distinguieron en ella: el encargo con que me hallaba de comandante de avanzadas y de mi Cuerpo, por enfermedad y ausencia del Comandante, el Coronel D. Juan Bautista Mencos, me pone en la precisa obligación de molestar la atención de V. E. para manifestar el grande mérito que han contraído varios de los que estaban a mis órdenes, y los hechos con que se distinguieron en este día.»

«El ataque de las columnas que acometieron los puestos de la derecha fué sostenido con el mayor tesón, el cual dió principio desde las cuatro de la mañana y duró con vigor hasta las doce de ella, de donde fueron rechazados distintas veces, y seguramente no hubieran penetrado en los Alduides si hubieran tenido más gente para cubrir el todo de mi derecha; pero habiendo faltado este auxilio pudieron introducirse por la cañada de Marrastoy a pesar de la resistencia que hizo en ella el subteniente de mi batallón D. Sebastián Mozo, que con treinta hombres que tenía en su destacamento y veinticuatro que le envié de refuerzo con un sargento, detuvo por dos horas la marcha de los enemigos; pero hallando este paso, era consecuente la pérdida de Eguera, y faltando este puesto dominante fué causa del abandono de los demás de la montaña, y así lo ejecutaron los comandantes que los mandaban, que causaron más respeto a los enemigos en la retirada que les habían inspirado en la defensa del ataque; el de la segunda línea en los Mogotes se sostuvo con el mismo valor, y no fueron abandonados hasta que vieron apurados todos los recursos.»

«Ni aún en este caso decayó el valor de la tropa y conducta de los oficiales, pues habiendo parte de ella ocupado los apostaderos de la misma plaza de Alduides, continuaron el fuego, pues no sólo sostuvo la retirada de los demás, sino que escarmentaron completamente a los contrarios que venían con pequeñas partidas al pillaje, y sólo se dejó este punto cuando ya se vió bajar la columna enemiga por Berderitz.»

«Seguramente, Sr. Excmo., no consiguieron los enemigos otra gloria que la de pisar el país que se disputaba, pues lo dilatado del ataque dió lugar a los habitantes para retirar sus bienes y personas.»

«Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años.—Real Fábrica de Eugui, 9 de junio de 1794.—Excmo. Sr. Cayetano Iriarte.»

La información oficial nos facilitaba una relación manifestando el número de oficiales y tropa que hubo muertos, heridos, contusos, prisioneros y extraviados del resultado del ataque que hicieron los enemigos al collado de Izpegui y sus avanzadas en la madrugada del día 3 de julio de 1794. El número de muertos era de dos; heridos leves ocho; graves, once; contusos, dos; prisioneros, sesenta y cinco y extraviados, cinco. En la misma relación se especificaban los nombres de las bajas citadas.

#### **Los franceses no logran forzar las entradas al valle de Baztán**

De cuanto venimos exponiendo parece comprobarse que, no obstante, las afirmaciones de la información francesa de que, como consecuencia de las operaciones desarrolladas del día 3 al 6 de junio, las entradas al valle de Baztán quedaron por parte de los soldados de la Revolución, preparándose de este modo sus posteriores triunfos en las campañas de que se trata (1), la afirmación de Marcillac de que, a pesar de un ataque vigoroso los franceses fueron rechazados y no pudieron este día forzar los citados pasos, parece afirmarse, como por otra parte lo justifica la acción que vamos a relatar.

En efecto, si el éxito de los ataques franceses hubiese sido tan terminante como los franceses lo declaran, el día 16 de junio no hubieran realizado otros tantos sobre el ala izquierda del frente español, sobre la Punta de Diamante, la Montaña Verde y la de Mandale, frente a Vera. Resumiendo en breves términos el desarrollo de todos ellos, expone Marcillac que: «Determinados a pasar la frontera por cualquier punto que fuese, sus intentos en un principio iban coronados por el éxito, cuando un refuerzo allegó a los españoles a los órdenes de don Gabriel Mendizábal. Precipitáronse entonces sobre sus enemigos y les forzaron al abandono de los puestos de que se habían apoderado. A vanguardia de sus baterías, tanto en la punta Diamante, en Monte Verde, en la montaña de Mandale, llamada también Suilcogagna, en la izquierda desde el mar hasta la Croix des Bouquets, los franceses al comienzo de su ofensiva se vieron victoriosos, pero después de un combate de doce horas, los dos cuerpos de tropa entraron cada uno en sus posiciones respectivas, sin otro resultado ventajoso para los franceses que haber demostrado el deseo de forzar esta línea española por un movimiento combinado sobre su izquierda». Como veremos más tarde, la indecisión en el resultado de esta ofensiva francesa está reconocida por el propio Beaulac, y afirma Jomini, no sin alguna ligereza, que

(1) En esta ocasión el pueblo de los Alduides fué enteramente consumido por las llamas. Beaulac asegura que parece que el incendio más bien fué tolerado que ordenado por los generales franceses.

habiendo caído las barreras que daban entrada al valle de Baztán, nada impedía descender a él y hubiese sido natural el hacerlo, a fin de quitar al enemigo el tiempo para atrincherarse en él. Ignórase los motivos que llevaron al General Muller a detenerse durante quince días en estas posiciones. No hizo durante este largo intervalo otra cosa que un reconocimiento sobre la Punta de Diamante y la Montaña Verde, que el General Mendizábal logró rechazar.»

**Reconocimiento francés rechazado  
sobre la Punta de Diamante y la  
montaña Verde el día 16**

Como en los casos anteriores, la información de la *Gaceta de Madrid* está perfectamente detallada: «El General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa D. Ventura Caro, en carta de 20 del corriente, ha remitido la original que recibió del Teniente General Marqués de Castelar, participando el ataque que hicieron los enemigos el día 16, el cual se refiere en ellas a las relaciones que le dirigieron el Mariscal de Campo Marqués de la Romana. y el Brigadier D. Teodoro Reding, y, respectivamente, son a la letra como sigue:

«Excmo. Sr.: A consecuencia de la orden de V. E. en que me previene le haga una relación de lo ocurrido en Biriatu el 16 del corriente, debo informar a V. E. cómo a las cinco de la mañana, habiendo notado que nuestras avanzadas se iban retirando de la loma de Granaderos y demás puestos que ocupan, recogiéndose bajo el fuego de nuestra línea, pasé inmediatamente a Biriatu, donde hallé que todas las baterías que tienen los enemigos situadas desde la Loma de la Cruz hasta el Diamante y peñas del Mandale, habían roto el fuego contra todos nuestros puestos »

«El Brigadier D. Francisco Baturell, Comandante de la Casa Fuerte, con su acostumbrada actividad había ya mandado guarnecer la línea de Biriatu con la división de Granaderos de Castilla, al mando del Coronel Marqués de Someruelos; el segundo batallón de Toledo, al mando del Teniente Coronel D. Antonio Berea; el segundo batallón de Voluntarios de Cataluña de su mando, y el de Voluntarios de Guipúzcoa, a cargo del Teniente Coronel D. Juan Carlos de Arizaga; y habiendo avisado la avanzada de la Loma Verde que los enemigos se iban acercado por la cañada del Diamante y falda de dicha loma, había mandado reforzar dicha avanzada con una compañía de Voluntarios de Cataluña, al mando de su capitán D. Antonio Deu; pero al subir éste encontró la avanzada que se retiraba obligada de la superioridad del enemigo, por cuyo motivo no pudo avanzar sino a la mitad de la cumbre donde se hizo firme. Hizo también reforzar este puesto con un piquete de cincuenta hombres de Voluntarios de Cataluña, al mando del capitán D. Juan Florenza, y otro de igual número de Voluntarios de



Guipúzcoa, al mando del capitán D. Joseph de Orbe, y toda esta tropa a las órdenes del sargento mayor de Voluntarios de Guipúzcoa D. Gabriel de Mendizábal. Estos atacaron al enemigo con el mayor valor e intrepidez a pesar del vivo fuego de cañón, obús y fusilería, y habían ya recuperado todos los puestos, cuando les cargó con tan excesivo número el enemigo, que no pudieron mantenerse en todos ellos, y así tuvieron que quedarse en el que ocupaba Deu, rechazando los enemigos que por todas partes les atacaban; y habiendo observado que intentaban cortar a los nuestros por la falda de la derecha de dicha loma, hizo salir una compañía de Voluntarios de Cataluña a las órdenes del capitán D. Lorenzo Barutell, y otra mandada por el de igual clase don Narciso de la Valeta, las que contuvieron al enemigo.»

«En este estado, viendo que desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde continuaba sin cesar el fuego, y que la tropa comenzaba a cansarse, mandé se relevasen soldados y oficiales, y que el sargento mayor de Voluntarios de Cataluña D. Francisco Trías, se encargase de aquel puesto en lugar de D. Gabriel Mendizábal, dándoles la orden de mantenerse en los puestos hasta ya anochecido, a fin que el enemigo no les cargase en la retirada, la que ejecutaron con el mayor orden y sin ser incomodados a las nueve de la noche.»

«Dispuse que se mantuviese la tropa sobre las armas toda la noche, por si intentaba el enemigo repetir su ataque, que no verificó.»

El Marqués de la Romana, después de declarar: «Debo los mayores elogios a los oficiales y tropa que atacaron la Loma Verde por la intrepidez y serenidad que mostraron, despreciando el vivo fuego de cañón y fusilería, y en general toda la tropa que guarnecía la línea de Biriatu, pues manifestó la mayor firmeza y la mejor voluntad.» A continuación se precisaban los nombres de los generales, jefes y oficiales que se habían distinguido en el desarrollo de la acción, indicando los hechos por ellos realizados.

**Parte del General Reding sobre lo  
ocurrido en Biriadou el citado día.**

**Opinión del General Almirante**

El parte de Reding, decía lo siguiente: «Excmo. Sr.: Hallándome de día con el Coronel D. Antonio Perea, el Teniente Coronel D. Joseph Chicheri, y Sargento Mayor el Teniente coronel D. Pedro Valcárcel, salí esta mañana a hacer la descubierta a la hora acostumbrada, después de haber dado parte de Monte Verde, que en todo lo que desde él descubría no había enemigos, ocurrió que a corto rato de haber tomado los puntos que diariamente ocupan nuestras avanzadas, se vieron venir rápidamente desde las suyas los enemigos, por dos caminos que hay desde Hendaya a la izquierda de la Loma Quemada, en dos divisiones como de ciento y cincuenta cada una, sin duda con el intento de

cortar toda la izquierda, pues despreciando el fuego de la partida destinada al camino de Hendaya del Regimiento Provincial de Valladolid, de la de descubridores de Voluntarios de Cataluña, y los de guerrilla de Toledo, que mandaba el subteniente del mismo D. Vicente Linares, y el de Ultonia que estaban al cargo de las de igual clase de este cuerpo D. Latino y D. Pedro Fitzgerald (que fueron heridos y relevados por los de la misma D. Lamberto Lhoreux y D. Dionisio Fitzgerald), seguían todos hasta interpolarse con los nuestros que eran de mucho mayor número, para que estando así no les ofendieran nuestras baterías; pero no lograron su intento, pues reunidas todas dichas partidas a otra de Valladolid que las sostenían, les hicieron vivo fuego y los rechazaron, quedando hasta nueve de ellos muertos en nuestro campo, y algunos acuchilladas de una partida de carabineros de Farnesio que mandaba su teniente el capitán D. Francisco Navarrete. que fué herido gravemente y murió a pocas horas, no dejando de ser muy recomendable el espíritu y valor en esta acción del sargento de dicho Cuerpo Blas Sáenz, y los carabineros.»

«En la loma de los Granaderos tuvieron también ataque los descubridores de Voluntarios de Cataluña, partida de guerrilla de Ultonia que mandaba el Capitán retirado D. Diego Flores, Comandante de las partidas de guerrillas, y la compañía de cazadores del Provincial de Logroño con su capitán D. Joseph Zapata y subteniente D. Manuel Durá, y después quedó esta tropa a las órdenes del Teniente Coronel don Pedro Hernández, comandante también de las partidas de guerrilla.»

«Las tropas destinadas a la loma de los Catalanes, y en cuyo puerto, como centro de los otros dos, estaba el Coronel Marqués de Sometruelos, que como Comandante de todas las tropas de la descubierta y avanzadas, en el día estaba a su cargo su dirección, fueron atacadas con el mismo tesón que las de los otros dos puntos: se componía este centro de las compañías de descubridores de Voluntarios de Cataluña, guerrilla de Toledo, Voluntarios de Guipúzcoa, al cargo del capitán don Nicolás Caravante, y de las compañías de granaderos provinciales de Burgos D. Joseph Ramón de Bustillo, que fué herido, y subteniente D. Manuel Aguilar y de la de Cazadores de Valladolid al del Teniente D. Vicente de Soto, y subteniente D. Luis Aguado, e igualmente de la compañía de carabineros de Farnesio con sus oficiales el capitán D. Joseph Lambazart, y el alférez D. Francisco Javier de Ibarra. Luego que conocí que los enemigos estaban determinados a rechazarnos de las avanzadas, según el número y disposición que advertía en su ejército, dispuse reforzar la loma del Paso con las compañías de Ultonia y Suizos, en donde ya estaba colocada desde el principio, como primer punto que se ocupaba por una partida del Regimiento Provincial de Valladolid a cargo del Capitán D. Isidro Baztelu. A lo más alto de la loma dispuse se subiesen dos obuses, quedándose las otras dos piezas de a cuatro de ordenanza en la loma baja al cargo del Coronel D. Ireneo Larraga, y el Capitán D. Andrés Larruga, Capitán

y teniente del Real Cuerpo de Artillería, y de D. Tomás Barba, Capitán del Regimiento Provincial de León, quienes sirvieron dichas piezas con mucho acierto y viveza.»

«Después mandó V. E. pasase el Regimiento de Ultonia, al mando de su Coronel D. Francisco Comesfort, el que coloqué en paraje ventajoso para contener a los enemigos por cualquiera de los puntos que atacasen de las lomas quemada o de Catalanes. El centro fué reforzado con la compañía de alternación del Regimiento Suizo, al mando de su Capitán el Teniente Coronel D. Nazario de Reding, sus tenientes y subtenientes D. Juan Waldespuehl y D. Pedro Gaiman, habiendo quedado los dos primeros heridos y el otro contuso, y con otra partida del mismo Cuerpo que había estado la noche pasada de retén al cargo de los tenientes D. Juan Stegen y D. Ignacio Kenig.»

«A la izquierda destiné a mandar el Teniente Coronel D. Pedro Vancárcel, Sargento Mayor del Provincial de Orense, y luego que éste fué herido gravemente le sustituyó en dicho encargo el Teniente Coronel don Antonio Amat, Comandante de Dragones de la Reina. Por la izquierda no se adelantaron más los enemigos que hasta la loma Quemada, desde que se les rechazó en la primera. Por el centro avanzaron hasta la casa de los refuerzos, y de la loma de Granaderos no bajaron; en esta loma colocaron dos cañones de artillería, con los que hicieron un fuego violento, y de resultas de haberle desmontado uno de ellos, cesó enteramente su fuego, y se retiraron. Después de una hora volvieron nuevamente con cuatro piezas, y habiendo sufrido la voladura de un gran carro de municiones, al parecer de resultas de haberse reventado sobre él una granada nuestra, se vieron precisados a hacer segunda retirada de dichas piezas. He hecho observación que su aumento de artillería, a la de los días anteriores, será de once piezas, y de éstas tienen un cañón de a 36, dos morteros de a 12 y 9 pulgadas, y dos obuses de a 6.»

«Duró el fuego de fusilería y artillería desde las seis de la mañana a igual hora de la tarde, en la que se fueron retirando a sus puestos diarios; y por nuestra tropa se hizo la descubierta por los mismos puntos de siempre, y se reconoció no haber enemigo alguno oculto, por lo que se hizo la retirada de nuestra tropa y artillería en el mejor orden.»

«Sin embargo del obstinado y vivo fuego que hemos sufrido, sólo hemos tenido siete muertos, comprendiendo el teniente de Carabineros de Farnesio, Navarrete; sesenta y cuatro heridos, incluso los oficiales que van expresados; dieciocho contusos, contando con dos oficiales, un cadete y un cirujano; siete prisioneros e igual número de extraviados, no quedando la menor duda habrá sido mucho mayor la pérdida de los enemigos.»

«La serenidad de espíritu con que se han portado todos los oficiales que se han hallado en esta acción, me obliga a recomendarlos a V. E. con la mayor eficacia, y particularmente a los que les tocó la suerte de

qued  
mer  
nes,  
Inm  
po l  
Vue  
trop  
supe  
heri  
de l  
fué  
do  
dur  
tall  
jaq  
ref  
car  
no

El  
ma  
se  
ca

P  
P  
h  
t  
d  
q  
e  
v  
e  
e



quedar heridos, mereciendo asimismo mucho elogio el Marqués de Someruelos, que manifestó su pericia militar en sus acertadas disposiciones, y dieron igualmente pruebas de su valor y actividad el teniente del Inmemorial del Rey D. Joseph García, Edecan del Mariscal de Campo D. Joseph Laforest, y el Conde de Belveder, también Edecan de Vuestra Excelencia, que estuvieron muy puntuales a mis órdenes. La tropa se mantuvo muy constante en sus puestos, obedeciendo las de los superiores.»

Un estado de bajas fijaba en uno el número de muertos; ocho el de heridos; tres el de contusos; en total, doce. Asimismo se daba detalle de las personas correspondientes a estas bajas.

El General Almirante, después de manifestar que el coll de Maya fué objeto de los reiterados ataques por dieciséis mil hombres, siendo preciso evacuar el reducto de Mortal que lo protegía, afirma que durante estos ataques del 3 al 6 de junio de que acabamos de dar detalle, más de cuatro mil franceses apostados en Altoviscar tenían en jaque a los españoles que por Roncesvalles tratasen de envolver. Y refiriéndose a la acción del 16 del mismo, reconoce que la refriega cargó por la parte de Vera, extendiéndose a Biriatu, aunque un oportuno refuerzo de D. Gabriel Mendizábal rechazó a los agresores.»

**El General Caro, después de informar a la Corte de lo que sucedía, se decide el día 23 de junio a atacar la totalidad de los puestos fronterizos**

Pero cualquiera que fuese el resultado de los intentos enemigos, poníase de todos modos claramente de manifiesto que su propósito de penetrar en territorio español era sostenido y había de continuarse hasta su perfecta consecución, no siéndoles desfavorables las circunstancias en que la situación se planteaba. «Caro, sin embargo, previendo la posición tristísima en que iba a encontrarse y sin dejar día en que no comunicara sus temores y quejas al Gobierno, quiso hacer un esfuerzo con el cual, si no alcanzaba a detener la invasión que bien veía era inevitable, dejase a salvo su propio honor y el de las tropas, ejecutando antes un movimiento ofensivo tan propio de su carácter enérgico y de las convicciones militares que abrigaba» (Gómez de Arteche). Y, en efecto, «el 23 de junio atacó todos los puestos enemigos fronteros al Bidasoa, desde el campo de Vera hasta la desembocadura de aquel río en el mar.»

Esta determinación de nuestro General no tiene justificación razonable para Beaulac, quien no concibe reacción alguna por nuestra parte, después de las acciones anteriormente relatadas y de un resultado tan poco favorable para su causa. Después del éxito por ellos obtenido,

«debía pensarse—expone—que los españoles, sintiendo su debilidad, se mantendrían en una defensiva reservada, pero envalentonados por la indecisión del combate librado el 28 prairial (16 de junio) ante los puestos avanzados de San Juan de Luz y creyendo, sin duda, haber en esta jornada logrado intimidar a los franceses que parecían abrigar grandes designios (1), resolvieron a intentar un último esfuerzo por esta parte.»

**Juicios emitidos por Jomini sobre  
la determinación del General Caro  
de atacar en dicho día las posiciones  
francesas**

Más explícito Jomini, afirma rotundamente que, no obstante la pasividad del general Muller manteniéndose inactivo en las posiciones conquistadas «inquieta Caro por la flojedad que sus tropas habían demostrado en las últimas acciones, y juzgando que no se sostendrían por ellas el honor de las armas españolas, creyó prudente cambiar el sistema y propuso al Ministerio llevar su línea más a retaguardia. Pero el Gobierno estaba demasiado ocupado en lo que pasaba en el Rosellón para examinar friamente los motivos de la singular demanda de un General constantemente victorioso en la última campaña y que no había cesado hasta entonces de solicitar autorización para tomar la ofensiva, siendo cierto, desde luego, que él no había sufrido percance notable, el Gabinete de Madrid juzgó prudente suspender la ejecución de una medida cuyas consecuencias inmediatas deberían llevar el espanto a dos provincias fronterizas y arrebatarse al ejército la poca confianza en sí propio que le quedaba.»

«Obligado a guardar esta línea peligrosa, Caro, viendo que su adversario no se aprovechaba de todas sus ventajas y convencido de las que se derivan de la iniciativa del ataque, resolvió salir de esta situación precaria previniendo a los republicanos. El motivo era loable sin duda, ¿por qué los medios respondieron tan poco al fin que se proponía?». Pero la acusación de Jomini de que la debilidad o, de otro modo, falta de valor de las tropas demostrado en los últimos combates, indujeran a nuestro ilustre General a atacar a los franceses no queda justificada por las declaraciones de Luis de Marcillac, que expone lo siguiente:

---

(1) Según el testimonio de este historiador francés, los suyos habían montado un cañón sobre la roca para rasar Biriatu, no lograron forzar a los españoles a abandonar este puesto y se establecieron tan sólo en la eminencia llamada Dos-d'Ane.

**Opinión contraria a la anterior de  
Luis de Marcillac**

«Don Ventura Caro, viendo que los franceses estaban determinados a forzar su línea de defensa y a invadir las provincias fronterizas que le estaban confiadas; no recibiendo refuerzos cuando tenía que contener los esfuerzos de un ejército activo que estaba diariamente reforzado; queriendo a lo menos retardar una invasión que él preveía desde hacía largo tiempo; no teniendo en cuenta circunstancias que pudieran actuar contra él, puso toda su esperanza en el valor de sus tropas, no ignorando que un ejército que ataca adquiere por ello mismo ventajas incalculables. En consecuencia, resolvió atacar a los franceses por su ala izquierda y forzarles a abandonar la montaña de Mandale, el calvario de Urrugne, la Punta de Diamante, la Montaña Verde, así como las baterías y atrincheramientos de la Croix des Bouquets (La Cruz de los Ramos)».

**Testimonio ofrecido por el General  
Caro**

Todas estas referencias, aparte de la veracidad que pueda concedérselas, tienen en favor o en contra el propio testimonio de don Ventura Caro, que en carta del 29 del mes de julio del año en cuestión participaba a la Superioridad las miras y razones militares que le impulsaron a atacar al enemigo en los montes de Mandale, calvario de Urrugne, Diamante, Verde, retrincheramientos y baterías de la Loma alta de la Cruz del Ramo, fiado en las disposiciones que tomaría y el valor de las tropas, explicando, asimismo, el plan y ejecución de los ataques. La exposición de los hechos dada por nuestro General, era la siguiente:

«Dispuse a este efecto que D. Ventura Escalante, desde los altos de Vera atacase el Mandale con la columna de granaderos y alternaciones del ejército, compuesta de mil hombres, y sostenido de setecientos de los Regimientos Provinciales de Trujillo y Toro, a cargo del Coronel del primero Conde la Oliva y del Coronel D. Pedro Guerrero, Sargento Mayor del segundo; un escuadrón de Dragones de la Reina, a cargo de su Teniente Coronel el Brigadier D. Diego de Artacho, y la compañía de Ugarte al de su segundo Comandante el Teniente Coronel D. Tomás de Frías, y que para proteger el ataque de Mandale y asegurar la retirada se estableciese una batería en el monte Vizcarsu. Que de Biriatu saliese a atacar el monte Verde y el de Diamante el Marqués de la Romana con cuatrocientos voluntarios de Cataluña, a la orden del Brigadier D. Juan Francisco Baturell; trescientos voluntarios de Guipúzcoa, a las de su Comandante el Tenien-



te Coronel D. Juan Carlos de Areizaga; cien voluntarios de Aragón a las del Capitán D. Joaquín Morena, y la compañía de a pie de Ubeda, sostenidos del primer batallón de granaderos Provinciales de Castilla, compuesto de cuatrocientos hombres, mandado por su Coronel el Marqués de Someruelos, y el segundo batallón de Infantería de Toledo, con igual fuerza, a la orden de su Teniente Coronel el Coronel D. Antonio Berea. Que por la izquierda y camino real de Francia atacase los retrincheramientos enemigos el Coronel de Ultonia D. Francisco Comesford, con quinientos hombres de su Regimiento para que guarneciese la loma de Granaderos, la del Paso y demás lomas de la izquierda y avenidas de Hendaya; destiné a las órdenes del Teniente General don Juan Gil, que asistió a pie, porque su notoria indisposición no le permitte montar a caballo, ochocientos hombres del Regimiento suizo de Reding al cargo de su Coronel el Brigadier D. Teodoro Reding, y trescientos hombres del Regimiento Provincial de Valladolid, a las órdenes de su Comandante accidental el Capitán D. Bernardo Pisador, sostenidas por el primer escuadrón de Caballería de Farnesio, la compañía de carabineros del mismo y la de Dragones de la Reina divididos en dos trozos, a cargo de su Coronel el Brigadier D. Antonio Amar, y el del Teniente Coronel D. Joseph Ortiz, y la compañía de Caballería de Ubeda al de su Comandante, y para proteger al ataque y retirada de las tropas dispuse que se estableciese una batería de cuatro obuses y cuatro cañones violentos en la loma del Paso, y otras doce piezas en la isla que forma el río Bidasoa que descubre las avenidas de Hendaya..»

«Previne a mismo tiempo a D. Joseph Lafurt, que manda dos lanchas cañoneras, se situase con ellas en paraje que pudiese igualmente batir al enemigo, si por la parte de Hendaya intentase venir a atacarnos. Que las demás baterías estuviesen todas prontas para hacer fuego al enemigo si fuese necesario, y destiné doscientos hombres del Regimiento de Milicias de Laredo, a la orden de su Coronel D. Manuel Vélez Cachupín para guarnecer a Biriatu durante la acción.»

«Al amanecer del día 23, comenzó a un mismo tiempo el ataque por todas partes, y aunque los enemigos guarnecían los puestos con fuerzas considerables y opusieron un vivo fuego a nuestras tropas, no las impidieron que las arrollasen por todas partes. Escalante, sin responder al fuego del enemigo, calada la bayoneta, subió al Mandale, y lo arrojó de él, y dejando los setecientos hombres de los Regimientos Provinciales de Trujillo y Toro y el escuadrón de Dragones de la Reina en el Mandale, para sostener su retirada, pasó con los granaderos y alternaciones y compañía de Ugarte a la loma del Calvario de Oruña. Romana, con las tropas ligeras, después de una obstinada resistencia, ocupó la mayor parte de Monte Verde y del Diamante. Comesford por el camino real, despreciando el fuego del enemigo, marchó con la mayor resolución y bizarría, bayoneta calada, a sus retrincheramientos y batería, y se apoderó de ellas; y la compañía montada de Ubeda se avanzó por la izquierda para observar las avenidas de Hendaya. Los

enemigos tocaron al instante la generala, y de todos sus campamentos vinieron al socorro más de ocho mil hombres, y considerando yo haber llenado mi objeto, y que el mantener la tropa más tiempo en los retrincheramientos del enemigo, distante del abrigo de nuestras baterías, hubiera sido exponerla por su inferior número, comencé a recogerla, retirando la de la izquierda a la loma de Granaderos, loma Quemada y la del Paso; la de Biriatu hacia el Monte Verde y demás posiciones abrigadas y los granaderos y alternaciones que con Escalante se habían apoderado del Calvario de Oruña, volvieron a ocupar el Mandale, y desde él se retiraron a su primera posición del mojón número 9. Los enemigos con gran fuerza cargaron por todas partes nuestra retirada; pero se les contuvo más de dos horas, haciéndoles considerable daño nuestra artillería y mosquetería, hasta que a las nueve de la mañana cesó su fuego enteramente, y mandé retirar las tropas.»

**Información proporcionada por el  
Teniente General Escalante. El  
plan de ataque del General Caro**

Acompañaba D. Ventura Caro la relación que le había entregado el Teniente General D. Ventura Escalante, de lo ejecutado por las tropas de la división de su mando, y la que se expresaba en los siguientes términos:

«En cumplimiento de la Orden de V. E. mandé al Teniente Coronel graduado y Capitán de Artillería D. Francisco Gacitua, colocase en la noche de ayer dos cañones de a 12 y dos obuses de a 12 y dos obuses de a 6 en el Monte Visarzu, y que al rayar el día con dichas piezas y dos obuses de a 8, que dejé en el número 9, rompiese el fuego sobre el Mandale o Suilcogaña y Escarpado para proteger el ataque.»

«A las dos de esta mañana salí de los barracones del número 8, acompañado del Mariscal de Campo D. Esteban Miró, con la compañía de Ugarte, mandada por el Teniente Coronel graduado D. Tomás de Trías, dos partidas de guerrillas, mandadas por los primeros Tenientes don Gaspar de Gagigal, del Regimiento de Asturias, y D. Santiago Miavaca, del Príncipe, ocho compañías de alternación y nueve de granaderos del Ejército a las órdenes del Brigadier D. Xavier Castaños, y los Batallones del Provincial de Trujillo y Toro, mandados el primero por su Coronel, Conde de la Oliva, y el segundo por su Sargento Mayor el Coronel D. Pedro Guerrero, doscientos paisanos armados de las villas de Vera y Lesaca, y el escuadrón de Dragones de la Reina, mandado por su Teniente Coronel el Brigadier D. Diego Artache.»

«Al rayar el día me encontré al pie de Mandale o Suilcogaña; rompió el fuego la artillería, y envié por la derecha a las órdenes del Teniente Coronel D. Miguel Otondo, la partida de guerrilla de Miavaca, cien paisanos, dos compañías de alternación y dos de granaderos

del ejército y el Regimiento Provincial de Toro, y yo me dirigí con la compañía de Ugarte, la partida de guerrilla de Cagigal, cien paisanos, siete compañías de alternación y seis granaderos del ejército y el Regimiento Provincial de Trujillo por la izquierda, con orden al escuadrón de Dragones de seguirme a distancia de cuatrocientos pasos.»

«Las partidas de guerrilla, compañía de Ugarte y las de alternación atacaron con tal denuedo y bizarría el Monte Mandale o Suilcogaña, sostenidos por los granaderos, despreciando el fuego del enemigo, que en breve rato me posesioné de dicho monte y apostaderos de las peñas.»

«Dueño del Monte Mandale y batidos los enemigos, dejando en él para asegurar mi retirada (si intentaban recuperarlo) los batallones de Trujillo y Toro, y el escuadrón de Dragones, mandé que la demás tropa atacase el Calvario de Oruña, persuadido que la tropa que estaba en el Monte Verde era de la del mando de V. E. (siendo uno de los puntos que me indicó V. E. debía tomar la tropa de Irún), y que no arrojando los enemigos de dicho Calvario, no podía juntarme con Vuestra Excelencia como estaba proyectado para continuar el ataque.»

«No se puede ponderar la intrepidez y bizarría con que se apoderaron del Calvario de Oruña las compañías de alternación, compañía de Ugarte, guerrilla y las de granaderos, arrojando a los enemigos de sus trincheras y apostaderos tan ventajosamente situados.»

«Ya posesionado de dicho Calvario, reconocí ser los enemigos los que eran dueños del Monte Verde y Diamante, y que en el collado que forma éste con el Calvario de Oruña, tenían muy superiores fuerzas, y observé al mismo tiempo que una columna de setecientos a ochocientos hombres venía a paso redoblado por el camino que de Oruña sube al Mandale, la que ya hacía fuego sobre los regimientos de Trujillo y que con otras fuerzas superiores intentaban por el lado de Oruña recuperar el Calvario; inmediatamente envié a mis ayudantes D. Luis Délevielleuce y D. Cosme Alvarez, para que mandasen a los expresados Regimientos Provinciales contuviesen al enemigo, interin que yo me retiraba por las peñas con la tropa que estaba en el Calvario de Oruña, encargando al Mariscal de Campo D. Esteban Miró, y al Brigadier D. Xavier Castaños, lo hiciesen en la mejor forma posible; y habiendo los enemigos logrado apoderarse del Monte Mandale, nos siguieron de cerca en nuestra retirada hasta llegar al abrigo de la Artillería, la que los contuvo con su bien dirigido fuego de bala rasa y metralla, que con oportunidad mandó el citado Comandante Gacitúa; tuve en toda la acción los muertos, heridos y extraviados que expresa la adjunta relación.»

En esta relación se marcaba en tres el número de oficiales muertos, seis el de heridos, cuatro el de contusos y siete el de prisioneros, y en la tropa el número de muertos era el de veintiséis; el de heridos, ciento tres; el de contusos, treinta y siete, y el de prisioneros y extraviados, diecinueve. Al enemigo no se le había hecho más que un prisionero.



Elogiaba el General D. Ventura Escalante, al Mariscal de Campo don Esteban Miró; al Brigadier D. Javier Castaños, y a todos los comandantes de partidas y demás oficiales y tropa que en ambos ataques obraron con la mayor serenidad e intrepidez, despreciando el fuego enemigo, subiendo lo escarpado y áspero de los expresados montes Mandales y Calvario, con un ardor y resolución inexplicable. Las bajas sufridas por las fuerzas al mando del General Escalante, eran de cinco oficiales muertos, dieciocho heridos y once contusos, y en la tropa cuarenta y uno el número de los primeros, ciento cincuenta el de los segundos, cuarenta y ocho el de los terceros, más un prisionero y siete extraviados.

De cuanto acabamos de transcribir de la información oficial, se ve claro que dispuesto don Ventura Caro a un ataque general del frente enemigo, el plan del mismo fué el de que don Ventura Escalante atacase la montaña de Mandale llegando a ella por las alturas de Vera. El Marqués de la Romana, partiendo de Biriatu se apoderara de Diamante y del Monte Verde, y sobre la izquierda el Teniente General don Juan Gil, atacara las posiciones ante Hendaya. Dos chalupas cañoneras deberían también acercarse a la playa e inquietar al enemigo por su derecha durante el ataque general.

#### **El ataque del 23 de junio, según Beaulac**

«Iniciada la operación en la madrugada del 5 messidor (23 de junio), si hubiéramos de dar crédito a la información francesa (Beaulac), ocho mil hombres de infantería y quinientos caballos, sostenidos por algunas piezas de artillería, atacaron a los franceses en cuatro columnas; la que descendió a Vera se apoderó rápidamente de la Roca y Calvario de Oruña. Los franceses, bien pronto organizados y reforzados, cayeron llenos de furor sobre esta columna, la rechazaron y se establecieron de nuevo en todas sus posiciones. Las otras tres columnas que debían apoyar las operaciones de la primera, retrocedieron entonces desordenadamente. Esta acción sangrienta e impetuosa había terminado a las ocho de la mañana. Cerca de quinientos españoles fueron puestos fuera de combate, treinta y cuatro quedaron en nuestras manos; de nuestra parte, tuvimos treinta muertos y doscientos heridos.»

#### **El relato de Marcillac**

Según la información de Marcillac, este ataque del 23 de junio se inició al despuntar el día de un modo simultáneo, lanzándose el ejército español sobre los tres puntos al mismo tiempo y con impetuosidad. Escalante, con su bravura ordinaria, sin responder al fuego de mosquete-

ría y de metralla de los enemigos, los desalojó a la bayoneta de la montaña de Mandale y de la Roca y Calvario de Uruña. La Romana, después de haber experimentado una obstinada resistencia, logró apoderarse de la Punta de Diamante y de Monte Verde, y por la izquierda el Coronel del Regimiento de Ultonia, D. Francisco Comesfort, marchó contra las baterías y atrincheramientos de la Croix des Bouquets, apoderóse a la bayoneta de las mismas y encontró la muerte bajo los laureles que acababa de recoger. Los franceses admirados de estos éxitos tan bruscos, temieron que su posición fuese forzada; batieron la generala en todos sus campamentos; ocho mil hombres de refuerzos acudieron al socorro de las tropas en retirada. Las reorganizaron y se presentaron con su constante intrepidez.»

«Durante algún tiempo los españoles se mantuvieron en las posiciones que acababan de conquistar, pero D. Ventura Caro, juzgando que esta línea estaba demasiado alejada de la del Bidasoa y fuera de la protección de sus baterías, ordenó la retirada. Ella se hizo por escalones y en buen orden, aunque fuese vivamente hostigada. Los españoles entraron en sus posiciones, y el fuego cesó por ambas partes.» Y afirma el historiador francés, que en este sangriento episodio que duró cerca de treinta horas, los españoles no dejaron más que treinta y cuatro prisioneros entre las manos de los enemigos, y que el número de muertos fué considerable en uno y otro bando.

#### **Juicios críticos de los Generales Gómez de Arteche y Almirante**

El General Gómez de Arteche, que califica esta empresa a todas luces temeraria, pero que era hábil, recogiendo cuanto expone Marcillac, afirma que la jornada resultó muy gloriosa para nuestras tropas, que vencedoras y de no haber recibido aún refuerzo alguno sus enemigos, se habrían vuelto a sus campamentos conseguido el objeto que su General en Jefe se había propuesto de hacer un alarde de audacia que contuviera a los más impacientes de los republicanos en sus proyectos de una invasión inmediata en España. Pero no fué así; el refuerzo llegó a tiempo; el éxito obtenido en un principio por los españoles era tan amenazador, que los franceses del campo de los Sans Culottes hubieron de sacar un refuerzo considerable. El General Fregeville tuvo que cuidarse personalmente de recoger y reorganizar los distintos destacamentos franceses que huían de los españoles; el mismo Muller acudió al campo de batalla al frente de seis mil u ocho mil hombres sacados de la línea de posiciones que ocupaba de San Juan de Luz al Bidasoa. «Se comprenderá—indica nuestro General historiador—, el movimiento ofensivo de Caro surtió todo el efecto que podía haberse deseado.»

Almirante, por su parte, declara que, ante el numeroso ejército enemigo que hubo de presentarse tras el éxito obtenido por los nuestros,

la tenacidad, por mucho que se extremase, no podía contrabalancear el número; Caro dió tristemente la señal de retirada, que se verificó en la forma que hemos señalado y aunque solamente se hicieron por el francés treinta y cuatro prisioneros nuestros, el campo quedó cubierto de cadáveres.

**Jómini defiende la decisión y actuación del General Caro. Este solicita su dimisión, que es aceptada**

Jómini nos informa que la fusilada comenzó bajo suspicios poco favorables para nosotros. Dos columnas españolas, habiéndose tomado por enemigas en la oscuridad, se fusilaron a boca de jarro. «Reconocida, por fin, la equivocación, el orden fué restablecido y la columna del General Escalante arrojó a los republicanos de la Montaña de Mandale y les persiguió ardorosamente hasta el Calvario de Oruña. Pero éstos, reforzados entonces por algunas tropas de la vanguardia y del campo de los Sans Culottes, reconquistaron su primer puesto. El Marqués de la Romana no tuvo tanto éxito. Su columna fué mantenida en jaque por los granaderos de la Tour d'Auvergne, que guardaba el campo de la Croix des Bouquets, consumiéndose en esfuerzos inútiles hasta que llegando el General Merle con cuatrocientos hombres del primero de los campos citados y secundado por una salida de la guarnición del reducto de la Libertad, la puso en una completa derrota.

«La columna del General Gil, llegada a la meseta de Hendaya, testigo de los fracasos que experimentaban las de la derecha, apoyó prudentemente su retirada y protegió la suya con su firmeza». Pero Jómini con un alto espíritu de justicia, afirma categóricamente que este hecho desdichado en el que los españoles perdieron de setecientos a ochocientos hombres heridos o muertos, no debía ser imputado a Caro como un crimen, aunque él no acertase a emplear el único medio de alcanzar el éxito. No podía abrigar esperanzas de victoria más que reuniendo diez mil hombres en Biriatu para forzar impetuosamente el Calvario de Uruña y hacer caer el campo francés por la pérdida de su punto decisivo. Simples destacamentos de un millar de hombres hubieran al mismo tiempo inquietado la extrema derecha de la Croix des Bouquets y de Hendaya. Aunque la desproporción de fuerzas en perjuicio de los castellanos fuera una excusa suficiente para su jefe, esta derrota, envenenada por los informes de los cortesanos, determinó la llamada del General Caro, cuyas continuas demandas, muchas veces acerbadas, habían herido al primer Ministro y ofendido el orgullo de los representantes de la provincia de Guipúzcoa (?).» En la Corte, Caro presentó su dimisión, pero no le fué, desde el primer momento, admitida. Según Gómez de Arteche, cabalmente a este combate del 23 de junio debe atribuirse el que en vez de admitírsele la dimisión que tantas veces había enviado a



Madrid, se le llamara de nuevo para convencerle de que la retirara. Pero ni las reflexiones de Godoy, ni los ruegos del Rey, lograron hacerle desistir de una resolución de la que, en concepto suyo, dependía su honor militar.

Su solicitud fué atendida, y según expusimos en capítulo anterior al tratar de la biografía de nuestro General, la *Gaceta de Madrid*, de 22 de julio de 1794, manifestaba cómo «condescendiendo el Rey con la instancia del Teniente General D. Ventura Caro, ha venido en exonerarle del cuidado de la frontera del Reino de Navarra y de la Provincia de Guipúzcoa». De este modo y nada más.

#### **Consideraciones sobre el mando ejercido por el General Caro en guerra**

No es posible pasar de largo sobre las razones que hubieron de determinar el firme propósito de don Ventura Caro, ni sobre las consecuencias que su alejamiento del mando superior del Ejército de los Pirineos occidentales hubo de acarrear en el desarrollo de las operaciones militares. Beaulac, sobre este particular, expone que los españoles no realizaron tentativa alguna para recobrar los puntos importantes que habían perdido, sino que, por el contrario, parecían obstinados en defender el valle de Baztán. Una proclama del Rey anunciaba esta resolución a los habitantes y les invitaba a tomar las armas e imitar a sus antepasados, que desde los tiempos de Luis XIV, preservaron su valle de la invasión francesa. «El General en Jefe Caro, no confiando en el efecto de este llamamiento a los baztanenses, y no viendo otra cosa que el peligro de dejar envolver este país, desde luego imposible de guardar, especialmente las posiciones más importantes de Vera y de Irún, propuso el abandono de la línea establecida para fortificarse en las montañas. Este proyecto fué rechazado y Caro solicitó un reemplazo. El viejo Conde de Colomera, vicerrey de Navarra, fué encargado del mando del Ejército. No cabe atribuir a Caro los talentos de un gran capitán, pero lo que demuestra que poseía más medios, habilidad y energía que todos los generales que le sucedieron, es que, después de su partida, no se vió en las tropas resto alguno de este vigor que habían demostrado en épocas diversas de su mando.»

Pero en esta declaración el ciudadano Beaulac, no rinde culto a la verdad, porque la proclamación a que hace referencia no fué publicada durante el mando del ejército del General Caro, sino que lo fué el 12 de agosto, cuando ya no estaba al frente del ejército. En términos más verídicos, afirma Marcillac, que la acción del 23 de junio fué el adiós de nuestro General, «fué llamado a principios de julio, llevando consigo la confianza de sus tropas y la estimación de sus enemigos. Dejó el mando del ejército al Teniente General Conde de Colomera, mili-

tar de edad avanzada. Hemos llegado a la época de las grandes desdichas para España, en esta parte de sus dominios, infortunios que abrierán el camino al centro del Reino al enemigo.

A través de cuanto hemos venido exponiendo referente al desarrollo de las operaciones, así como de lo tratado en el estudio de la biografía de nuestro General y de la conducta y moral militar de los ejércitos beligerantes, concretamente del español, se comprende perfectamente cuáles pudieron ser los móviles que determinaron a don Ventura Caro a solicitar de modo tan terminante su dimisión. Hemos podido apreciar cuan desleal fué para él la conducta del Gobierno presidido por Godoy, por lo menos la de éste, y cómo repetidamente, con verdadera desatención, fueron acogidas las demandas que tan justamente solicitaba y las indicaciones que sobre el desarrollo de la campaña, razonadamente expusiera (1).

Pero de las razones que los historiadores alegan para justificar la decisión de D. Ventura Caro, hemos de recoger la de Jomini referente a la falta de espíritu que habían demostrado sus tropas en los últimos combates. Las repetidas manifestaciones de nuestro General, poniendo en evidencia el valor y entusiasmo desarrollados por generales, jefes y oficiales, durante los mismos, solicitando para ellos *la piedad de S. M.*, podrían inducirnos a no aceptar como posible la indicación del ilustre historiador militar francés. Mas si tenemos en cuenta que, como expusimos anteriormente en uno de los primeros capítulos, una de las preguntas hechas por don Ventura Caro a los generales que el 16 de junio de 1794, habían sido reunidos en Consejo de Guerra en Elizondo, para tratar de diversos puntos relacionados con el desarrollo de las operaciones, era: «¿Qué concepto habían formado de la firmeza de nuestras tropas para el ataque y la defensa?», éstos contestaron: «Que hay de todo y sucede lo que a todas las tropas cuando experimentan algún descalabro y se les rechaza». Algo había, por tanto, que no inspiraba confianza a don Ventura Caro. Y si se añade que a la tercera de las preguntas por él formuladas: «¿Si con las tropas que tiene consideran que pueden recuperar todos o algunos de los puestos que ocupan los enemigos en la frontera y cuáles les parece más interesante para

---

(1) A la demanda que don Ventura Caro dirigió a la Corte, solicitando la incorporación de treinta mil hombres para hacer frente al Ejército enemigo, según acuerdo de la Junta de Generales convocada en vista de haberse recogido estados de fuerza del mismo a comienzos del mes de enero de 1794, el Conde de Campo Alange respondió que, enterado S. M. de cuanto se le exponía, había resuelto dirigirla una breve exposición en que se le decía que no podía ocultarse a su conocimiento la consistencia del ejército, cuál era su estado y fuerza al principio de la guerra, las muchas reclutas voluntarias que se habían hecho para completarlo y cuáles eran sus atenciones actuales. Y refiriéndose a los aumentos de contingentes de tropas, se le advertía, «que aún cuando fuese dable reunir el número de los treinta mil hombres que esa Junta de Generales ha reguado preciso, no puede ocultárseles que ni serían veteranos, ni aún tan adiestrados en el manejo de las armas como lo está la tropa de Milicias, y siempre resultaría el gran vacío o falta de oficiales medianamente instruidos que los manejasen».

la seguridad del valle?», los Generales respondieron: «Que no puede recuperarse puesto alguno de los que ocupan los enemigos con las tropas que hay; y que si hubiera los suficientes, se deberían recuperar, cuando no todos, a lo menos el de Berderitz, que se considera el más interesante.»

Y si esto no fuera suficiente, a la cuarta y decisiva pregunta de que: «Si se puede defender el valle de una invasión por todas las partes que le amenazara el enemigo con las tropas que hay en él», la contestación de los convocados no pudo ser más terminante: «*Que no*».

Ante este estado de cosas y la imposibilidad o descuido del Gobierno del Reino, de satisfacer las reiteradas solicitudes del General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, la resolución de abandonar un mando tan importante no puede hacerse más legítima.

Don Ventura Caro abandonó su puesto. Con él terminaba la primera fase de la guerra en los Pirineos occidentales. Hasta este día había podido conservarse inmaculado el honor de las armas españolas. Desde hoy en adelante no podría decirse lo mismo.





## CAPITULO X

### EL CONDE DE COLOMERA SUCEDER AL GENERAL CARO EN EL MANDO SUPERIOR DEL EJERCITO

**El Conde de Colomera es nombrado General en Jefe del ejército de Navarra y Guipúzcoa. Situación desfavorable para el Alto Mando español**



A *Gaceta de Madrid* del 22 de julio de 1794 daba cuenta de que «satisfecho S. M. del celo y amor que el Teniente General Colomera ha manifestado siempre por su real servicio de que ha dado repetidas pruebas como de su talento y conocimientos militares que ha adquirido en su dilatada carrera, se ha servido nombrarle General en Jefe de los Ejércitos del expresado reino y provincias (Navarra y Guipúzcoa)».

Pocas veces un General ha recibido un nombramiento en peores condiciones para alcanzar el éxito. La situación era sumamente desfavorable en el teatro de las operaciones en que iba a tener que actuar. En el opuesto, el frente de los Pirineos orientales, muertos los Generales Ricardos y O'Reylli, había sido encargado del mando el joven Conde de la Unión, de apreciables prendas militares, pero escaso de talento guerrero. Victoriosos los ejércitos de la Revolución en los otros frentes de combate, todo se mostraba contrario a poder favorecer la misión que se encomendaba al noble y anciano General. Pero es de advertir que, si la dimisión de don Ventura Caro fué recibida con gran sentimiento de cuantos se daban cuenta de la realidad de los hechos y de su significación y trascendencia en la marcha de la guerra, sería

ocioso no reconocer asimismo que, para otros muchos, sobre todo para los navarros, la designación de Colomera para el mando superior del Ejército de los Pirineos occidentales, constituía un acierto, pues por su honradez intachable, la prestancia de su aristocrática persona y su conducta como Virrey, tan respetuosa con los privilegios del Fuero, le habían conquistado el aprecio de toda clase de personas, muy especialmente de las populares.

La Marquesa de Lozoya, que en sus interesantes cartas nos da tan bien a conocer el sentir y el pensar de los naturales de aquella región, nos lo pone de manifiesto una vez más en esta ocasión. En su misiva del 27 de junio, después de comunicar a su Mayordomo que, «aquí las noticias no son buenas, pues los franceses tienen tomadas las principales alturas del Baztán» y dar cuenta de los ataques de los días 16 y 23, sigue informando: «Ahora se asegura que el Virrey sale con todos los navarros y creo vayan todos los caballeros y aún se dice que el Obispo. Todos irán muy contentos con el Virrey, pues aunque no lleve el mando del ejército, irá siempre con ellos, en lo que tendrán mucha satisfacción, *por lo mucho que le quieren*». Y cuando el 11 de julio, informa a su leal servidor de la acción en que quedó herido gravemente el Conde de San Simón, termina diciendo: «Hoy se asegura ha venido el mando de este ejército y del de Guipúzcoa, por renuncias que hizo Caro, a nuestro favorecedor el Señor Alvarez, Virrey de aquí, con lo cual están todas las milicias y aún el paisanaje muy contentos.»

No era la Marquesa ciertamente mujer asequible a aceptar como buena cualquier interpretación ajena, o a admitir como bueno cualquier informe. Cuando de este modo se expresa tal era la actitud del pueblo navarro respecto de su antiguo Virrey y ya entonces General en Jefe de su Ejército. Por la razón que fuese, don Ventura Caro no había sabido conquistar tal afecto, pero en aquel momento no se trataba sólo de cuestiones afectivas, sino de capacidad de alto mando militar para abordar la resolución de los problemas que en sí entrañaban la dirección de una campaña que rompía con los antiguos moldes y añejas normas de conducta, que hasta aquel día habían podido conformarla y dirigirla. La Revolución, trastornando el orden tradicional que hasta entonces había existido, no solo en la vida política de los pueblos, sino en la organización moral de los ejércitos, imponía nuevas formas, nuevos procedimientos, de tal suerte, que si no alteraban en lo fundamental los principios del arte militar, sí reclamaban otras normas de acción en consonancia con el cambio experimentado por los distintos elementos que en la lucha intervienen.

**Desconfianza por parte de la opinión pública española. Los franceses atacan el 10 de julio la posición de Arquinzun**

Pone también de manifiesto la Marquesa de Lozoya el estado de la opinión pública española respecto a la confianza en la virtualidad del propio esfuerzo, cuando en su carta fecha 26 de mayo, desde Pamplona, escribía: «Todos aseguran han llevado (los franceses) la tropa de este lado al norte. Lo cierto es, que por este lado no se ve ningún francés». Y en la de 2 de junio siguiente, después de haber manifestado lo mismo, según lo que su marido le había dicho y dar cuenta de que, no obstante todo esto están con el mayor cuidado, seguía escribiendo: «Dios quiera tengamos mañana favorables noticias del Rosellón, que hasta ahora han sido bien funestas. Las del norte sí que son excelentes; la papeleta que han traído al Virrey he copiado y enviado a padre. Estos han de ser los que han de concluir la guerra.» Es decir, que ya en España no se confiaba en el propio esfuerzo, en la vitalidad de la Nación, sino que la esperanza en la conclusión de la guerra, no ya en la victoria, estribaba en el éxito que pudieran alcanzar en otros frentes los enemigos de la Francia republicana.

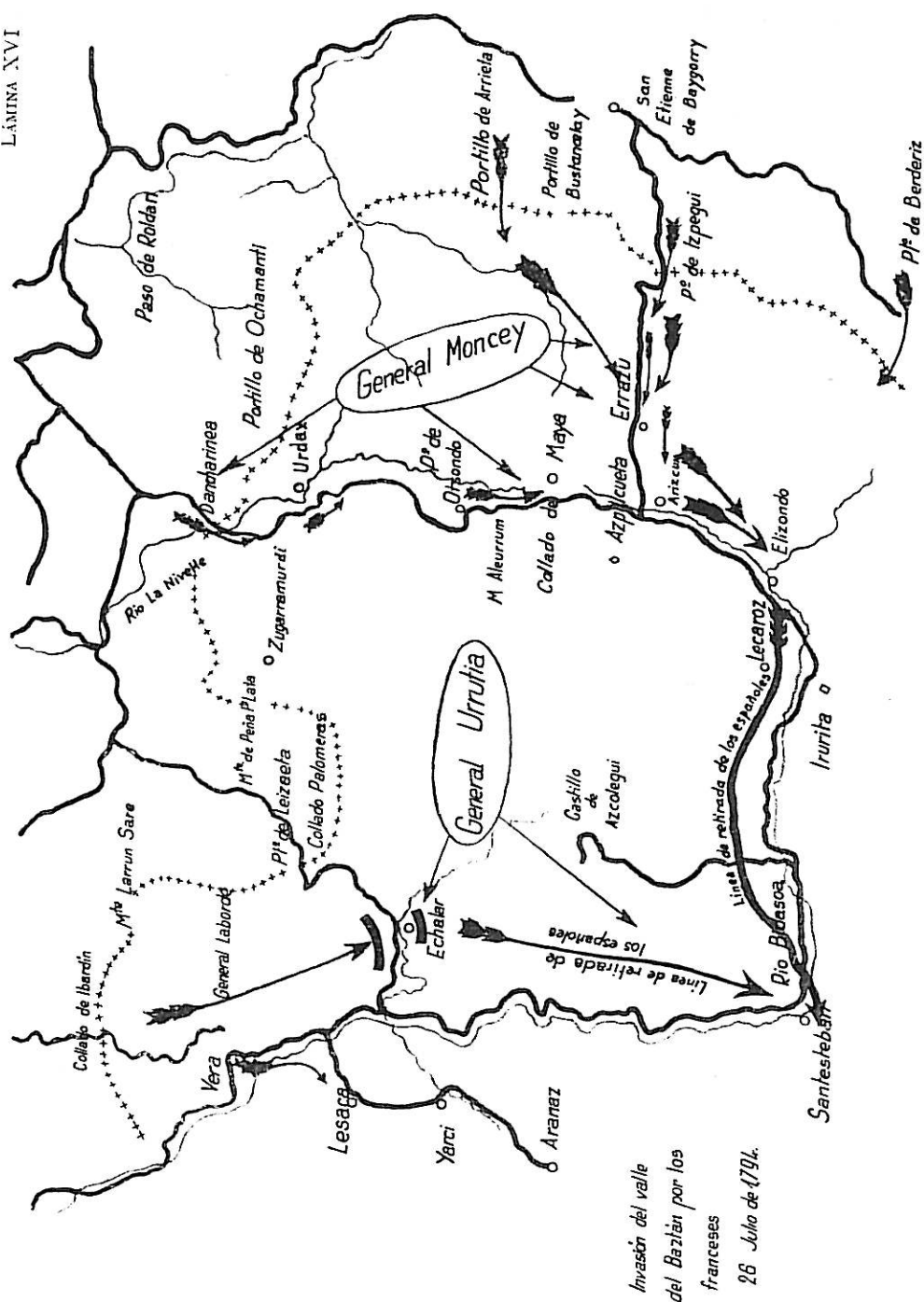
Penosa situación aquella en que se encontraba el Conde de Colomera: «Era más aún que temeraria la lucha que iba a mantener, aumentado por días sus fuerzas los franceses que le llegaban de la Vendée y el norte, todos aguerridos y metiendo en sus filas a los reclutas que se les agregaban, para en ellas comunicarles su disciplina y solidez. No había, pues, que esperar de Colomera el mejoramiento de la situación militar de sus tropas en aquella raya. Así es que, tras de algunos choques, como los de hasta entonces de poca importancia y de puesto a puesto que habían tenido lugar entre franceses y españoles desde la llegada de aquel General al ejército, no tardó en hacerse sentir uno así como anuncio de los proyectos ya decisivos del enemigo al considerarse con fuerzas suficientes para la invasión de nuestro territorio. Era dueño de las posiciones que ofrecen los Alduides sobre el Baztán, los collados principalmente de Berderitz e Izpegui, conquistados en los primeros días de junio, y del de Maya, desde el que, como los otros, se descende en poco tiempo a la hoya donde se forma el Bidasoa, cuyas aguas bañan allí Errazu, Arizcun y Elizondo, puntos los más importantes de ella. Pero había uno, el de Arquinzun, inmediato a Berderitz, que aún servía de lazo de unión entre las posiciones ya indicadas del Baztán y las de Eugui y Burguete, en el ala derecha de la línea española, y a él se dirigieron los franceses para cortarla, y, al hacerlo, amenazar también el valle de Zubiri hasta las inmediaciones de Pamplona. Mandaba en Arquinzun el Marqués de Saint-Simón, con sólo 1.600 hombres de su Legión y del Regimiento de Zamora, que mal podrían re-



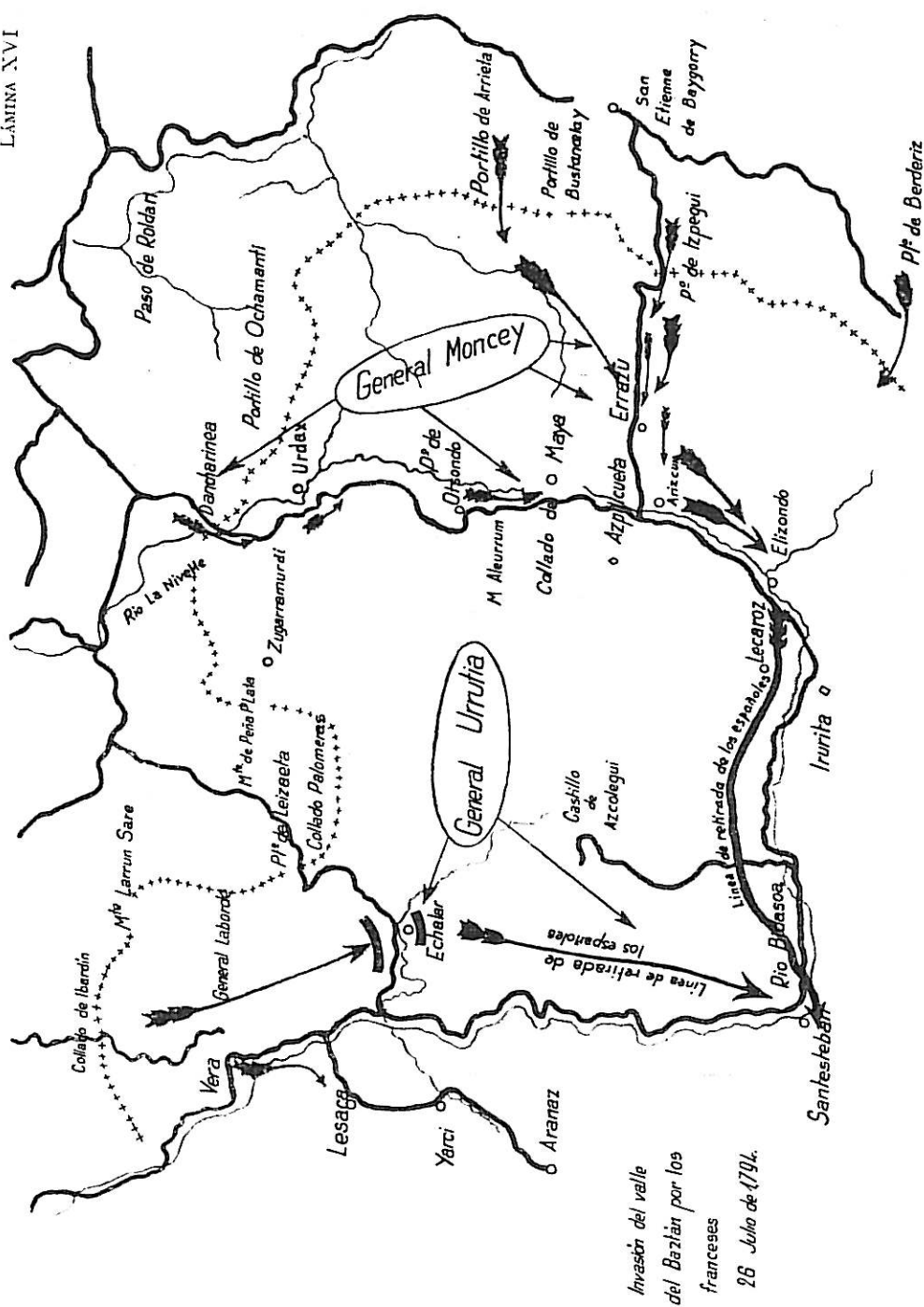
sistir a más de 5.000 con que los atacó el ya General Moncey en la mañana del 10 de julio. Y hubieran caído todos en poder de los franceses con su valeroso jefe, a quien salvaron sus soldados cuando herido gravemente, se hallaban ya aquéllos junto él, sin la precipitación en el ataque del puesto español, que no dió tiempo a Latour d'Auvergne para acabar el movimiento envolvente de que se le encargó, a la cabeza de 20 compañías de granaderos con que se había unido el día anterior a Moncey.»

**Relato oficial español de este ataque (Gaceta de Madrid 25 de julio)**

Efectivamente, esta relación facilitada por el General Gómez de Arteche, viene confirmada por lo que la *Gaceta de Madrid* de 8 de agosto de 1794 manifestaba: «El General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, el señor Conde de Colomera, en carta del 25 del mes próximo pasado, ha remitido la relación que recibió del ataque que los enemigos ejecutaron el 10 sobre nuestro campamento de Arquínzu, en Navarra, mandado por el Teniente General Marqués de San Simón, Coronel de la Legión Real de los Pirineos, reducida a que en número de 5.000 lo verificaron en tres columnas. y, sin embargo, que nuestras fuerzas no pasaban de 700 hombres, de ellos 240 del Regimiento de Zamora al mando del primer teniente D. Luis Díaz, y los restantes de la expresada Legión y compañía de Vascos, nombrados de Garro, agregada a ella, se les hizo frente y resistió largo rato, disputando el terreno a palmos con mucha firmeza y denuedo a pesar de la superioridad del enemigo, en cuya defensa brilló la presencia de espíritu, inteligencia y bizarría del Marqués de San Simón, y distinguióse asimismo la tropa a ejemplo de sus jefes y demás oficiales. La pérdida del enemigo ha sido mucha según los desertores; la nuestra consiste en noventa y cinco soldados del Regimiento de Zamora, entre muertos, prisioneros y heridos, incluso en los últimos el teniente D. Ignacio Estenor. En la Legión Real hubo ciento cincuenta soldados muertos, incluso ocho nobles, y unos sesenta heridos». El comunicado oficial daba la relación de los muertos y heridos, todos ellos de la Legión Real, dándose cuenta, asimismo, que el Marqués de Saint Simón tenía el cuerpo atravesado por una bala.



Croquis para seguir la invasión del valle de Baztán, 26 de julio de 1794.



Croquis para seguir la invasión del valle de Baztán, 26 de julio de 1794.



**Relación detallada de Marcillac.  
Heroica conducta del Marqués de  
Saint Simón con la Legión Real a  
sus órdenes**

Pero ni la versión del General Arteche, ni la del Conde de Colomera dan cuenta de un episodio que merece por todos conceptos una descripción más detallada y vibrante, y esta nos la proporciona con su brillante pluma Luis de Marcillac. «A su izquierda los franceses habían aprovechado sus éxitos en Berderitz e Ispégui y habían hecho ocupar estos puestos, así como el de Mizpira, que domina el valle de los Alduides. Esta última posición francesa era buena, dado que en menos de una hora de marcha y por golpe audaz, podían separar la izquierda y el centro del ejército español de la derecha, apoderarse de la fábrica de Eugui y romper la comunicación con Pamplona. Los españoles cometieron la falta de no realizar grandes esfuerzos para recobrar este puesto tan importante para ellos, como lo era para sus enemigos. Fué este uno de los errores de la campaña. Contentáronse con ocupar la buena posición de Arquinzun, a la izquierda de Berderitz, por la Legión Real de los Pirineos. El Marqués de Saint Simón había establecido su campo en la cima de la montaña y debía mantener a raya a Berderitz y Mizpira y guardar la fundición de Eugui, así como las espaldas del valle de Baztán. Después de haber reconocido la posición que ocupaba, dándose cuenta de su importancia, pidió un refuerzo de dos mil hombres, refuerzo que le era necesario hallándose a una media legua de Berderitz, a tres cuartas de Mizpira, y no disponiendo más que de mil seiscientos trece hombres, tanto de su Legión como del Regimiento de Zamora para contener al enemigo que, en la noche del 9 de julio, recibió un refuerzo de veinte compañías de granaderos mandadas por el bravo Latour d'Auvergne, con el que se elevó la división a más de cinco mil hombres.»

«El refuerzo solicitado por el Marqués de S. Simón le fué rehusado. El 10 de julio, al despuntar el día, el puesto de Arquinzun fué atacado por las tropas reunidas de Berderitz y de Mizpira; una columna se presentó ante el campo, en tanto que Latour d'Auvergne, a la cabeza de sus granaderos, envolvía su retaguardia. La columna francesa que atacaba de frente precipitó su movimiento y vino a salvar así a la Legión, que después de una defensa de algunas horas, pudo efectuar su retirada, que hubiese sido cortada si Latour d'Auvergne hubiese podido llegar a un bosque situado a espaldas del campo de Arquinzun. Ciento cincuenta legionarios y noventa y cinco soldados de Zamora quedaron en el campo de batalla, cuarenta y nueve de los primeros, en su mayoría heridos, cayeron en poder de los republicanos y fueron ejecutados por estos bárbaros revolucionarios, indignos del nombre francés, dado que no respetaron ni el valor ni el honor. No veían en estos

mártires de la lealtad más que revolucionarios contra un sistema que ellos mismos debían en un día, destruir totalmente.»

«Durante la retirada de la Legión, el Marqués de Saint Simón, que marchaba a la cola de la retaguardia, recibió un balazo que le atravesó el pecho. No obstante esta terrible herida, prosiguió mandando su tropa en tanto que duró el fuego. Bocanadas de sangre reemplazaban en su boca las órdenes que daba. El oficial que se hallaba a la cabeza de la columna enemiga, habiéndose apercibido del caso, gritó a sus soldados, *¡no tiréis, es nuestro ya!* Las dos tropas estaban tan próximas, que el Marqués de Saint Simón oyó esta orden, pero siempre lleno de valor y de firmeza, se vuelve y responde al comandante republicano: *¡Todavía no! Ven a cogerme si te atreves.* Un pelotón de granaderos de la Legión formóse entonces detrás de su General y por su intrepidez logró contener la columna enemiga, el tiempo suficiente para que pudiese salvarse el Marqués, que no se dejó tender sobre una camilla más que cuando las tropas que él mandaba se vieron fuera del alcance de los enemigos. Los franceses no persiguieron éstas más que durante el tiempo que transcurrió hasta su llegada a Iruñeta, en la que este Cuerpo desalojado de Arquinzun se estableció.»

#### **Consecuencia de la victoria francesa del citado 10 de julio. El valle de Baztán amenazado. Disposiciones del Alto Mando francés**

Comenta a este propósito el escritor francés que, después de este éxito, los franceses tomaron por retaguardia el valle de Baztán, que el General Urrutia «acaso pudiera haber librado de una invasión poniendo mayor actividad en sus movimientos y, sobre todo, haciendo recuperar el puesto de Berderitz, aunque hubiera sido necesario realizar algún sacrificio de hombres». Conceptos tales expresados por Marciallac, implican cierta censura a las determinaciones del mando del General que se cita. Pero es necesario reconocer que no estaba la situación propicia a solicitar los favores de la suerte o de la buena fortuna.

Positivamente después de la jornada del 10 de julio, los franceses habían quedado dueños de bajar cuando quisieran al Baztán y coger de flanco todas las posiciones ocupadas por los españoles en la derecha del Bidasoa (Gómez de Arteche). Tal era, sin embargo, la parsimonia de que tantas pruebas llevaban dadas los franceses en aquella campaña a pesar de la superioridad de sus fuerzas, que aún tardaron varios días en emprender la que habría necesariamente de resultar acción decisiva para la suerte de las armas de ambas naciones contendientes. Mas como era de esperar, la entrada en España fué por fin decidida, y al efec-

(1) «Non pas encore: viens me chercher si tu l'oses.»

to, el General en Jefe del Ejército francés en los Pirineos occidentales dictó las disposiciones consecuentes para facilitar tal propósito. Dichas disposiciones eran las siguientes: Trece batallones de infantería y ochocientos caballos, a las órdenes del General Moncey, debían penetrar por un movimiento preparatorio en el valle de Baztán, cayendo así sobre la derecha del frente español. Conquistado este valle, la posición de los españoles en Vera y en Irún se encontraría flanqueada, y a no realizar esfuerzos inconcebibles, se verían forzados a abandonar la cuenca del Bidasoa.

Una división, al mando del General Laborde, había de caer a su vez sobre el centro, tanto en Vera como sobre la roca de Comissary. La naturaleza del terreno no permitía a esta fuerza llevar consigo ni artillería ni caballería, dado lo abrupto del terreno, sobre todo en el segundo punto. Nueve batallones, dos escuadrones y toda la artillería de la derecha de la línea francesa, a las órdenes del General Fregeville, debía caer sobre la izquierda española, atacando de frente las líneas de Irún y pasar la fronteriza del Bidasoa, desde el momento en que las anteriores divisiones de Moncey y de Laborde hubieran llevado a cabo su reunión o concurrencia en Vera.

Es interesante comparar la fuerza de que habían de disponer ambos beligerantes para entablar la lucha. Si es cierto el testimonio de Marcillac, el ejército francés contaba con cincuenta y siete mil setecientos hombres, acompañados de una numerosa artillería; por su parte, los españoles, para contenerles no contaban más que con veintidós mil hombres, de los cuales tan sólo eran de línea ocho mil, teniendo que guarnecer un frente de cuarenta leguas de extensión.

#### **Estado del ejército español en esta ocasión, según Beaulac**

Si el silencio y la omisión no fueran en todo momento perjudiciales al conocimiento de la verdad y contrarios a la causa que se quisiera defender, pasaríamos por alto lo que el ciudadano Beaulac expone a propósito del estado del Ejército español y de la opinión pública en ciertos sectores del país en aquella ocasión. Después de reconocer, según se indicó en uno de los capítulos anteriores, que nuestro ejército fuerte de treinta mil hombres al comienzo de la guerra, estaba mal reclutado y no poseía en el mes thermidor (1) más que veinte mil combatientes efectivos, distribuidos en la extensión que anteriormente se ha dicho, el ciudadano francés se expresa de la siguiente manera:

«Levas de paisanos mal armados, sin orden y sin disciplina, no podían reemplazar el enorme vacío causado en las tropas de línea. Estos paisanos estaban, desde luego, faltos de valor, y desde las primeras

---

(1) Thermidor, del 19 de julio al 17 de agosto.



descargas se les veía huir espantados. Existe otra causa del poco ardor que ha reinado durante casi toda la guerra entre las tropas españolas: Es ésta la corrupción de las costumbres: los acantonamientos y los campamentos estaban llenos de una multitud de mujeres impúdicas que mantenían en la más vergonzosa licencia a los soldados, y sobre todo a los oficiales. Estos últimos, no contentos con este desarreglo, llevaban a cabo frecuentes ausencias con el fin de dar variedad a sus placeres. De esta suerte, los soldados, imitando el ejemplo de sus jefes, doblados bajo una servidumbre dura, más bien que sometidos a una disciplina exacta, sin aliento y sin socorros en sus enfermedades, no mostraban en los combates esa fiereza que la disciplina regía y que el sentimiento inspira y afirma. De aquí el germen fecundo de los reveses, y si el orgullo castellano al comienzo de las hostilidades se complacía en representar a las tropas francesas como grupos de hombres sin experiencia y sin valor, la suerte de los combates debió probarles que las buenas leyes militares habían en él formado, en poco tiempo, formidables guerreros.»

Y sin entrar, por ahora, en consideraciones sobre la exactitud de las anteriores manifestaciones, por si lo transcrito no fuese bastante acustorio por sí mismo, el *bueno* de Beaulac sigue escribiendo: «A esta debilidad militar, los españoles veían juntarse otros síntomas alarmantes de un próximo desastre; en todo país, cualquiera que él sea el afecto del pueblo, a no influir circunstancias extrañas, pertenece al gobierno bajo el cual se vive habitualmente y es sabido cuánto este afecto es útil a un ejército. Los vascos, aunque en general asaz exclusivos en el amor a su país, había, no obstante, sea a consecuencia de este instinto natural de que acabamos de hablar, sea por el deseo de evitar las desdichas de una invasión, secundado con celo la labor de los ejércitos españoles, pero los rasgos monstruosos bajo los cuales se les había pintado a los franceses, el cuadro horrible que se complacía en mostrarles de la ferocidad, de las costumbres crueles e implacables de esta nación, la publicidad desfavorable aumentada a placer de las escenas horribles que se sucedían en ella, el incendio de los pueblos de Urdax, de los Alduides, de Lussaida, de Zagarramurdi, habían causado en sus almas, no la energía de la indignación, sino el abatimiento propio del más profundo terror. Este estado de desaliento les privaba de la fuerza para defenderse, y a la menor señal de peligro, temblorosos por el horror, abandonaban en masa los lugares queridos, la casa de sus padres y sus fértiles cosechas». Que como de costumbre la fantasía francesa se haya desbordado y complacido en presentar este cuadro español de desconcierto y de espanto, es cosa que desde el primer momento salta a la vista, pero la verdad nos obliga a reconocer que no debía ser nada agradable el espectáculo de aquel abandono.

**Queda señalado el día 25 de julio  
para invadir el valle de Baztán.  
Retirada de los españoles desde  
Elizondo a Santisteban. Nuevamen-  
te la Legión Real con su valeroso  
Jefe cúbrese de gloria**

Como hemos indicado anteriormente, el 25 de julio fué el señalado para dar cumplimiento a las órdenes de invasión de nuestra Patria. El valle de Baztán era el destinado a ser el primer objetivo de la operación. Como apunta Gómez de Arteche, el terreno más peligroso para la defensa de aquellos lugares fronterizos es el de los Alduides que, formando un entrante encumbradísimo y muy pronunciado, flanquea por su parte oriental todo Valcarlos y por la occidental, según acabamos de decir, las posiciones del valle de Baztán, esto es, la línea del Bidasoa en toda su longitud. Por los Alduides, pues, asomaron las columnas de Moncey llevando consigo las fuerzas antes señaladas, dispuestas en cuatro columnas con las siguientes misiones: tres batallones desembocarían por el puerto de Berderitz; tres batallones y trescientos caballos y dos piezas de a 4, por el de Izpeguy; dos batallones por el coll de Arrieta; cinco batallones, quinientos caballos y el resto de la artillería, por el coll de Maya. Y apunta Beaulac que en esta última columna se encontraban los representantes de la Convención, el General Moncey y el Comisario ordenador en jefe Dubreton.

La vispera hubo de preludiar la empresa que vamos a describir, por vivos encuentros en los colls de Maya y de Arrieta. En ellos, los franceses tuvieron veinte hombres heridos y el cañón retumbó por ambas partes (1). En la noche del citado día 25 de julio (6 thermidor), todo el Ejército francés inició su avance. La más activa de todas las columnas fué la de Izpeguy, que hubo de comenzar el ataque. Desde este coll a Errazu, primer pueblo español de este lado, dos alturas dominan el gran camino a derecha e izquierda. La primera hállase guarnecida de rocas, hallándose ventajosamente defendida por la naturaleza; por ello las tropas no tuvieron otro remedio que seguir un sendero trazado sobre la meseta que se alza a la derecha y, no obstante la dificultad de los caminos, logró hacer transportar por ellos los cañones. Un reducto cerraba el camino del coll al pueblo citado. Bastaron tres disparos de cañón para que los españoles que lo guarnecían lo abandonaran inmediatamente, replegándose a Errazu y haciéndose fuertes en

---

(1) Es curioso hacer observar que, según Beaulac, este día mismo leyóse en todos los campamentos una proclama de los representantes del pueblo que ordenaba, bajo pena de muerte, respetar a las personas y a las propiedades. Y no es menos interesante advertir, que el comentario del ciudadano francés a esta proclamación es el siguiente: «Débese elogiar la intención de este bando.» Por ello nosotros nos creemos con derecho a declarar que el resultado quedó reducido a *la buena intención*.

algunas casas almenadas al otro lado del río, a fin de impedir que el pueblo fuera envuelto por su flanco derecho.

Impotentes para mantenerse en esta posición, retiráronse a una altura que defiende la entrada de la garganta que conduce a Arizcun y en ella llevaron a cabo una vigorosa resistencia, pues los franceses fueron rechazados en su primer ataque, pero volviendo a la carga, nuevamente los españoles tuvieron que retirarse a Elizondo, en el que bien pronto se vieron en el trance de continuar su retirada, al saber que el fuerte de Maya había sido evacuado antes del ataque francés y cómo la división de Laborde, avanzando con velocidad, ocupaba las alturas de Echalar, que atraviesa el camino que conduce del valle de Baztán a Vera del Bidasoa. Creían los franceses que el fuerte de Maya opondría una fuerte resistencia, dando por cierto que en él se hallaban cuatro mil hombres cubriendo las avenidas, mas esta era una suposición errónea, pues, según reconoce la misma información francesa, este número era el que componía la totalidad de las tropas españolas situadas en el valle.

La retirada de los españoles desde Elizondo a Santisteban hubo de realizarse dificultosamente, porque coronado por los republicanos el monte de Atchiola que domina todo el camino, se vieron forzados a tener que abrirse paso llevando consigo la artillería y la impedimenta, que debía de ser bastante voluminosa después de un año de permanencia en aquel territorio. La retirada a Santisteban se imponía con el fin de pasar por este punto el Bidasoa y poder relacionarse con la posición de Oyarzun, realizando una marcha circular por el valle de Lerin. Como lo expone Luis de Marcillac, «lo que quedaba de la Legión Real cubrió la retirada y no abandonó el puente sobre el Bidasoa, que cierra el valle del lado de España, hasta que toda la artillería y los bagajes de esta división hubieron de pasar, y las tropas se vieron libres de toda amenaza.»

No es, pues, extraño que haya podido decirse que la Legión Real de los Pirineos se dejó *despedazar* (hacher) cerca del puente del Bidasoa. No lo cruzó ella misma, sino cuando toda la artillería y bagajes se pusieron en seguridad al otro lado del río.

**El General Laborde asalta los reductos de Commissari y Santa Bárbara en el sector central. Disposición de los mismos**

Sabido por el General Laborde, que mandaba la columna central de la línea francesa, la entrada de su compañero Moncey en el valle de Baztán, ordenó un ataque a los reductos de Commissary y Santa Bárbara de los que ciertamente pudo apoderarse, más no sin tener que vencer la porfiada resistencia que le ofrecieron sus guarniciones. La roca lla-



mada de Comissary presenta dos mamelones elevados y de difícil acceso, sobre todo del lado de Francia, y domina la cordillera en el centro de la cual están situados: «Dos reductos coronaban estos mamelones (Marcillac), uno de ellos de traza estrellada rodeado de un foso profundo, estaba defendido por *pasos de lobo* y dos caballos de frisa en todo su contorno exterior. Cagigal con un batallón del Regimiento de Zamora defendía este reducto. El otro, menos fortificado, no tenía a su entrada más que una trocha, pero estaba al alcance de la mosquetería del reducto estrellado y a él ligado por un parapeto con re-dientes, mas sin foso. A decir verdad, esta trocha no tenía, por tanto, más que un punto realmente atacable, pues los otros hallábanse bajo el fuego del reducto que con ella comunicaba. Al flanco de estos atrincheramientos, hallábase emplazada una batería en la altura de Santa Bárbara, que cerraba el camino a Sare; un reducto llamado de María Luisa batía la garganta de Olette.

**El día 26 de julio los franceses se  
apoderan de los reductos citados.  
Heroica defensa del General Ca-  
gigal**

Fué al día siguiente, o sea el 26 de julio, a las tres horas de la mañana, cuando el Geneneral Laborde llegó con tres columnas contra estos atrincheramientos que Marcillac califica de fuertes (1): «Una de ellas, viniendo por la montaña de Mandale, atacó de frente las dos baterías de Comissary ante el parapeto dentado que las unía. Los dos reductos se cubrieron de fuego. La muerte recorría las filas de los franceses. Trataban éstos de guarecerse en uno de los ángulos entrantes de este parapeto. Viendo la muerte, tanto en el ataque como en la retirada, por dos veces se precipitaron sobre los atrincheramientos españoles con ese encarnizamiento que tanto ha de desesperación como de valor. Un Ayudante General es muerto. Las filas se aclaran, vacilan, hállanse a punto de huir, cuando el General que les manda, que lo era el General Dessein, les anima con su ejemplo y poniéndose a la cabeza ataca el parapeto por medio de los dos reductos. Dase cuenta de que el de la derecha no está defendido más que por una trocha; se precipita sobre él y se hace dueño del mismo. Prontamente la artillería de este reducto apunta contra el estrellado, que es atacado por el otro flanco por otra columna francesa que había salvado la garganta de Olette y evitado el fuego del reducto de María Luisa. Cagigal se defendió con intrepidez. Teniendo que hacer frente a todas partes, en todas ellas opone una resistencia obstinada a la impetuosa obstinencia de los asaltantes. Comienza la escalada; Cagigal se defiende siempre aunque en

---

(1) Lámina núm. 16.

medio de los cadáveres de sus valientes soldados; sus municiones se han agotado, no cuenta más que con algunos cartuchos y las bayonetas de los pocos combatientes que no habían sido alcanzados por el fuego enemigo. Quiere salvar la vida de sus intrépidos soldados, cede al número de sus atacantes y se rinde a los franceses. Este bravo comandante hubiera sido la víctima del furor de algunos locos, que, imaginándose que el valor es exclusivamente propio del corazón de los franceses y tomando a Cagigal por uno de los defensores del trono que la fidelidad había conducido fuera de Francia, al verle un joven con una fisonomía dulce y los cabellos rubios. Hubiera perecido, si uno de los oficiales republicanos, testigo de la bravura del oficial español, no hubiese cubierto con su cuerpo el suyo y librándole de las manos de los bárbaros no hubiera, por este rasgo generoso, demostrado que ante todo entre los franceses, el valor posee derechos que están por encima de la ciega intolerancia de las opiniones». Parece ser que fué el propio General Dessein el defensor de Cagigal.

«Los reductos de María Luisa y de Santa Bárbara tuvieron que ser abandonados por los españoles y fueron ocupados por la tercera columna que formaba parte de la división del General Laborde, es decir, por la Brigada del General Pinet, que había salvado la garganta de Sare.»

**Juicio crítico sobre la invasión y  
defensa del valle de Baztán. Opinión de Marcillac**

¿Qué comentario cabe hacer de las operaciones militares de que acabamos de dar cuenta? Gómez de Arteche no deja de ofrecérnoslo con su autoridad por todos reconocida, y después de dar cuenta de las fuerzas con que contaban los Generales Muller y el Conde de Colomera y apuntar que, dada la superioridad numérica de las primeras (cincuenta y siete mil hombres), le era por consiguiente dable dividir las en varias columnas que no sólo amenazasen, sino que acometiesen con fuerza más que sobrada los puestos y campos guarnecidos por los españoles en línea tan extensa como la que se debía defender, expone: «Una concentración rápida de nuestros compatriotas sobre el punto más importante o más amenazado de la frontera, podría equilibrar las fuerzas y neutralizar la acción de los enemigos en él, pero ¿cuál sería ese punto y cómo arriesgarse a desguarnecer los demás en el resto de la línea, por donde Muller haría penetrar inmediatamente las otras columnas, todas abocadas a los pasos que así quedarían completamente abiertos? Aún de ese modo, hubiérase hecho necesaria una victoria muy decisiva, difícil en aquellas montañas, para que resultaran envueltas esas columnas y se vieran en la necesidad de pronunciarse en una nueva retirada que las imposibilitara por mucho tiempo para repetir con mejor éxito su proyectada invasión. Esos arranques y el hacerles con fortu-

na, tocan a un hombre de guerra, de genio verdaderamente excepcional y en teatros y condiciones muy diferentes del en que operaba y con que podía contar el Conde de Colomera». Y recordaremos que el juicio de nuestro General historiador sobre este particular era el de que, si este ilustre Conde era valiente y experto, ya anciano y sin esperanzas de verse secundado por nadie en las esferas del Gobierno ni de un pueblo cansado de una lucha de más de un año devastadora y estéril, no podía esperarse esfuerzo y aptitud semejantes.

Creemos que en justicia debemos aceptar este comentario sobre la conducta y responsabilidad consiguiente observada por el nuevo General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, al no oponer una seria resistencia a la invasión del valle de Baztán por los franceses. No podemos abrigar la feliz suposición de que hubiera podido hacer mucho más el mismo General Caro. Había llegado el momento de recoger los naturales frutos de una conducta que, por parte de los altos poderes del Estado, no podía ser más lamentable. Después de las victorias conseguidas por los franceses, no había posibilidad de mantener las posiciones de Vera y de Biriatu que, como las de todo el valle de Lerín, fueron evacuadas, retirándose la mayor parte de las tropas española en dirección a Irún, y la menor, por el camino que de Doña María conduce a la meseta de Navarra y, con el propósito de defender la importante plaza de Pamplona, cubrir desde lo alto de la cordillera las avenidas que a ella conducen.

A este propósito advierte Luis de Marcillac, que la conquista de Vera, la de Lesaca, la ocupación del valle de Lerín, la evacuación forzosa de Biriatu, la conquista del valle de Baztán suponía el envolvimiento de las líneas nuestras de Irún y el obligarnos a evacuar precipitadamente los atrincheramientos para no ser sorprendidos y forzados a rendir las armas. Los franceses, entreteniéndose (masquaut) a las pocas tropas españolas que ocupaban todavía los desfiladeros de Roncesvalles, así como el valle de Roncal, podían maniobrar con facilidad para ocupar totalmente las márgenes del Bidasoa e, incluso, trasladarse a San Sebastián.

**Hermoso panorama que se ofrece a la vista de los franceses al descender al valle de Baztán. Resultados de esta conquista para la causa francesa**

Pinta el ciudadano Beaulac con vivos caracteres la admiración que experimentaron los franceses al hacerse dueños de los pasos de la montaña y descorrerse ante sus ojos el bello panorama del valle de Baztán. No podemos resistir la tentación de ofrecérselo textualmente a nuestros lectores: «¡Qué cuadro delicioso presentaba a nuestros ojos



el valle de Baztán el día de nuestra entrada! Descendidos de las cimas salvajes de las montañas, creíamos haber sido transportados a un país encantado: una comarca fértil, ornada de una risueña vegetación, regada por aguas límpidas, cubierta de frutos y sembrados en donde las casas, los pueblos se suceden sin interrupción; esta comarca parece ser el asilo de la felicidad. Es cierto que esta alegría se debilita al ver estos pueblos abandonados por la casi totalidad de los habitantes; pero en medio de los triunfos de nuestros ejércitos y la embriaguez general, tan sólo los sentimientos agradables son recogidos por nuestras almas (1).

«La conquista de Maya facilitó a los franceses la posesión de cuatro cañones de hierro abandonados en el fuerte y doscientos prisioneros. Encontróse en el valle cerca de seis mil fusiles, una gran cantidad de material de hospitales, pero muy pocos comestibles. En realidad una rica cosecha había sido abandonada a los vencedores, y la mayor parte de los prados no estaban segados». Informa el escritor que nos ocupa que «confióse a una agencia el cuidado de recoger los productos de la recolección; mil quinientos quintales de trigo candeal y mil ochocientos de maíz fueron los frutos de esta gestión que costó mucho a la República. Es cosa conocida que el país producía cada año por lo menos ocho mil quintales de trigo candeal y quince mil de maíz, ya que apenas la cuarta parte de las propiedades fueron objeto de la confiscación. Por otra parte, las leyes sobre la emigración eran aplicadas a los bienes, pero no a las personas de los fugitivos.»

(1) Creemos, igualmente, que ha de interesar al lector la descripción que del valle de Baztán hace el ciudadano historiador en nota aparte: «El valle de Baztán —expone— comprendido desde el coll de Maya al de Velate, tiene cerca de seis leguas y media comunes con Francia en su longitud. Su ancho es muy desigual. Desde el fondo de la garganta de Garzain hasta Oronoz cuéntase tres leguas y media. Entre Arizcun y Elizondo y en muchos otros lugares no hay más de diez toesas. Montañas muy elevadas le rodean por todos lados: al Este confina con los de Baygorri y los de los Alduïdes; al Norte con el Labour; al Oeste con las Cinco Villas y el valle de Lerin; al Sur, finalmente, con el valle de Lanz. Por su parte el coll de Maya tomado de esta localidad considerada como villa real, cuenta con catorce aldeas ornadas de muy bonitas casas, muchos habitantes enriquecidos en Méjico, encuentran placer en vivir en su Patria y en embellecerla. Su población es de cerca de siete mil almas; ella recoge cada año trigo candeal para tres meses y maíz para siete. No se cultiva en él la viña; sus riquezas consisten en frutos, entre ellos las manzanas, de las que se hace la sidra, en legumbres y, sobre todo, en ganados que se nutren de la succulenta yerba que crece en las montañas vecinas. Las lanas no tienen en este país la finura y la belleza de las del interior de España.

No es tan satisfactoria, ni mucho menos, la descripción que del país de las Cinco Villas nos ofrece el ciudadano francés, que lo califica de rudo y montuoso y del que anota tener seis leguas de longitud y cinco de anchura. Debe su nombre —sigue diciendo— a cinco villas, Echalar, Yanci, Arenas, Lesaca y Vera, todas ellas situadas en vallecillos estrechos y que, a excepción de Lesaca, no son más que miserables aldeas. Vive en ellos por el trabajo de las minas de hierro y está recorrido por el Bidasoa. Sin poner a contribución estas declaraciones de Beaulac, en la actualidad Vera y sus contornos forman una comarca admirable.

**Crítica situación de los Generales  
Mendizábal y Marqués de Saint Si-  
món en ambos flancos al ser perdi-  
da Vera. Retirada de los mismos**

El abandono de los puestos antes indicados dejaban a Mendizábal y al Marqués de Saint Simón en difícil situación en ambos flancos, no pudiendo comunicar directamente con Irún y San Marcial desde el momento en que Vera había sido perdida, viéndose forzados a retirarse a Santisteban. La mitad de esta diezmada división central ocupó las alturas de Almendos y la otra defendía las del valle de Lerín. La brigada del ala izquierda que se mantenía en Biriatu, encontrándose en el aire en la orilla derecha del Bidasoa, recibió, igualmente, la orden de repasar este río, asentar baterías en todos los puntos accesibles y de defender el paso del río al abrigo de empalizadas levantadas en su lecho a modo de barricadas.

**Crítica situación del ejército espa-  
ñol. El Conde de Colomera no esti-  
ma oportuno el retirarse definitiva-  
mente**

Jómini, nos da cuenta de los términos en que la situación quedaba planteada. Aparte de los cuatrocientos prisioneros, los españoles tuvieron que lamentar la pérdida de todos sus almacenes, panaderías y ambulancias. Los franceses, al contrario, establecidos con fuerzas suficientes en el centro de la línea enemiga, tuvieron desde luego la facultad de combinar sus esfuerzos contra la derecha de las líneas de Irún con las dos divisiones, cuya ejecución hubo de efectuarse el 27 de julio en Lesaca.

«Aunque advertido de los peligros que le amenazaban por la cortadura realizada en su línea, el Conde de Colomera no juzgó todavía en el caso de disponer su retirada. Contando demasiado con la perfección del campo de San Marcial, en el que durante quince meses no se había dejado de trabajar en su fortaleza, prescribió al Teniente General Gil de mantenerse en él hasta el último extremo, exigió de Urrutia el cumplimiento de lo mismo sobre el Bidasoa, cuya orilla izquierda estaba erizada de baterías y creyó con estas disposiciones, hallarse en el caso de desafiar la tempestad que le amenazaba».

**Muller se decide a atacar las posiciones españolas del Bidasoa. Plan de ataque. Retirada de los españoles**

En el campo francés: «Muller presionado por los representantes y enardecidos por sus éxitos, siguió el acuerdo de un Consejo de guerra y se decidió a atacar estos atrincheramientos que tan felizmente había podido envolver.»

El plan general del ataque francés tenía que acomodarse a la situación del momento. «La posición de las divisiones de Moncey y Laborde parecía indicar a su reunión en Santisteban para caer por las fuentes del Urumea en el valle de Hernani, o hacer rebatir la primera sobre Lesaca para juntar aquí la de Laborde y marchar de concierto sobre la montaña de Haya, a fin de amenazar la única retirada de los españoles por Oyarzun. El primer movimiento hubiese procurado un avance más rápido sobre el enemigo, pero hubo de parecer sin duda falto de hilación y peligroso, dado que habría que descender de las montañas sin artillería, en medio de un ejército ampliamente provisto de todo (1). De los dos movimientos citados prefirióse el último, que facilitaba el medio de combinar un ataque simultáneo con la división Fregeville, que había permanecido delante del Bidasoa y gracias al cual se asaltaría de frente el campo de San Marcial, pero era preciso, para ejecutar esta maniobra, llevar la División Moncey en dirección a Lesaca por caminos dificultosos de la montaña de Atchiola. A pesar de ello, la columna partió al objeto el 27 de julio y marchó sin interrupción durante treinta y dos horas para recorrer siete leguas de camino. El ataque quedó señalado para el primero de agosto, y se había convenido que, desde la víspera, Moncey se apoderase de la montaña de Haya. El desgraciado retraso ocasionado por esta penosa marcha, fué causa de que las dos divisiones llegaran demasiado tarde para llenar cumplidamente su cometido, puesto que, el tiempo nuboso y la fatiga, habiendo impedido escalar esta montaña el 31 de julio, obligó a retrasar el ataque para el día siguiente.»

«Ignorante siempre de este retardo, Fregeville se había puesto en marcha como estaba convenido el 31 de julio. Después de haber dejado dos batallones de observación en el paso de Behovia, hubo de remontar el Bidasoa con otros siete que se dirigieron sobre Biriatu y la barca de Boga, franquearon el río, no obstante las empalizadas, y asaltaron, por retaguardia, las baterías del campo de San Marcial.»

«Existía en los franceses la idea de que los españoles defenderían con obstinación este puesto del monte Haya que batía la retaguardia

---

(1) No parece muy ajustada esta declaración de Jomini. Y aunque hubiese sido cierto en un principio, no podría ya serlo después de las pérdidas sufridas.



de Irún, pero la retirada de los nuestros verificóse casi sin disparar un tiro. Dueños los atacantes de la cumbre de la montaña, no tardó en oírse el cañón y la fusilería en las orillas del Bidasoa; era, como hemos anotado antes, la división de la derecha mandada por Fregeville. Igualmente, había derecho a esperar que la defensa del campo de San Marcial fuera efectiva, pero no fué así tampoco, y ante la presencia de los atacantes, los defensores se retiraron no muy ordenadamente al campo de Oyarzun.»

No era pequeña la tropa con que contaba el General Gil, dado que se componía de diez batallones y mil caballos. Desde lo alto de la montaña de Haya, los generales Moncey y de Laborde pudieron contemplar lo que los informes franceses califican de huída de los nuestros. La crítica francesa justifica la decisión de nuestro General como disculpable, dado que habiendo recibido aviso de la marcha de Moncey y de la situación desesperada en que había de encontrarse al prolongar su defensa, le determinó a una pronta retirada. Desconcertados los españoles por la aparición de los franceses en las alturas de Haya, desde luego no obedecieron sus órdenes y emprendieron la huída a Oyarzun.

**Noble actitud de la retaguardia española en la retirada general del ejército de Colomera. El Mariscal Gil se retira a Hernani. Fregeville y Moncey toman posiciones a retaguardia de Oyarzun y en Irún respectivamente**

Pero no todo fué vergonzoso, o por lo menos lamentable, en la actitud de las tropas españolas. «Solamente la retaguardia hizo su retirada con la mayor firmeza y, no obstante la explosión prematura de un polvorín que se hizo saltar, casi entre sus filas». En efecto, según el testimonio de Luis de Marcillac, la izquierda de la línea española hubiera sido totalmente aniquilada, si los Regimientos de Ultonia, de Reding, dos batallones de Guardias Walonas y el Regimiento Provincial de Tuy, no hubiesen protegido la retirada, dispuestos a sacrificar sus vidas para contener a los franceses. El Conde de Colomera había ordenado que al retirarse se diese fuego al polvorín. Las personas encargadas de la ejecución de esta orden no se dieron cuenta de que las tropas antes nombradas, que sostenían la retirada, no habían todavía pasado. Ellas maniobraban en marcha retrógada y pasaron cerca del citado polvorín en el momento de la explosión; es fácil darse cuenta de los efectos que ésta produjese, pero lo que es digno de admiración es el valor de estas tropas, que este fatal acontecimiento no desconcertó y que continuaron su retirada siempre en buen orden, a punto tal, que los franceses no osaron sobrepasar a Oyarzun, ni incluso a atacar esta

retaguardia, que fué reforzada por algunos escuadrones de caballería de los Regimientos de Farnesio, de Montesa y de la compañía a caballo de Ubeda. Todos ellos mandados por el Mariscal de Campo Miró, contentándose con destacar algunos tiradores que a favor de los jardines de Oyarzun y de algunas manchas de bosque, inquietaron a este Cuerpo de retaguardia, que habiendo ocupado una buena posición, dió así tiempo suficiente a las tropas derrotadas para reunirse en la soberbia posición de Hernani, que el General Caro había hecho reconocer hacía mucho tiempo antes de su dimisión y que él había designado como punto esencial en caso desgraciado.

Pero el Mariscal Gil, al ver amenazada su línea de retirada por la carretera internacional de Bayona a Madrid, apresuróse, con gran dificultad, a retirarse a Hernani, según acabamos de decir, y pudo conseguirlo gracias a las brillantes maniobras de su caballería y de las fuerzas de infantería antes citadas, que se mantuvieron en lucha durante toda la operación. Ahora bien, su parque no pudo pasar de Irún y fué recogido por los republicanos, con muchos almacenes que no pudieron ser incendiados. Del mismo modo la artillería de los reductos fué igualmente presa de los vencedores en número de doscientas piezas, según cálculo por ellos hecho. La división Fregeville tomó posición en las alturas de retaguardia de Oyarzun; la de Moncey, en Irún, dispuesta a marchar sobre Fuenterrabía.

**Pérdida del sistema defensivo español. Estaba muy bien concebido según el testimonio francés. La Gaceta de Madrid del 8 de agosto informa**

De este modo hubo de perderse todo el sistema defensivo que los españoles habían establecido a lo largo del curso del Bidasoa. Según el criterio de Beaulac, «este sistema había sido muy bien concebido. Fuegos cruzados barrían todo el curso del río. A lo largo de dos mil toesas se habían construído en medio del cauce una barrera de empalizada. Los lugares vadeables estaban defendidos por atrincheramientos. El paso de Behovia hallábase batido por el cañón de seis baterías escalonadas; por encima de ellas y en la cima de una montaña se había establecido el campo atrincherado de San Marcial, desde el que se descubría un amplio panorama.»

Fija el ciudadano francés en doce mil hombres el número de las fuerzas españolas y asegura que Fregeville no tenía a sus órdenes más que unos siete mil hombres, pero la marcha de las divisiones de Moncey y de Laborde, que no podían ser desconocidas de los españoles, hacían su posición absolutamente insostenible. La información oficial española proporcionada por la *Gaceta de Madrid* del 8 de agosto de 1794, no

podía ser más ligera, y a continuación del relato del ataque del 10 de julio al campamento de Arquínzu, mandado por el Teniente General Marqués de Saint Simón, se exponía textualmente: «Igualmente en oficio del primero del presente ha comunicado que a las tres de la mañana del mismo día rompieron los enemigos sobre el centro de la línea de puestos de Irún el fuego de cañón y fusilería con mucha viveza, a que se les correspondió con viveza y tesón, por lo que no pudieron superar por allí ni pasar el río; pero habiendo prolongado su ataque hasta el puente de Boga en varios puntos en que es vadeable el río, consiguieron el pasarlo a las inmediaciones de dicho puente, y apoderándose de unas alturas tomaron por el flanco a baterías que teníamos por aquella parte, que se defendieron ligeramente por los que las servían y custodiaban, y adelantándose al monte de San Marcial sus columnas, ya en terreno ventajoso, batieron a nuestras tropas que se les oponían, y tomaron las demás baterías que defendieron el río hasta Fuenterrabía, con lo cual nuestros Cuerpos se retiraron en el mayor desorden, a excepción del Regimiento Provincial de Tuy, el de Ultonia y parte del de Reding, los cuales sufrieron bastante en la retirada, particularmente el de Reding, sin que por más esmero que el General y los demás pusieron, pudiesen lograr contener a los que se retiraban en desorden. Antes de abandonar Irún y retirarse sucesivamente a los pueblos de Oyarzun, Hernani y Tolosa, se volaron los repuestos de pólvora y artillería; sin que aún haya podido expresar las pérdidas.»

La recompensa Real no se hizo esperar, y así: «Satisfecho el Rey de la bizarría y firmeza de los expresados Regimientos Provincial de Tuy, de Ultonia y Reding, se ha servido resolver en sus banderas y armas peculiares se añada un cuartel, en que con sencillez se presente esta distinguida conducta; y asimismo lleven en las casacas los individuos que hubiesen concurrido a la acción un escudo semejante; habiendo mandado el Sr. Conde de Colomera proceda según ordenanza contra los que tuvieron parte en servir y defender ligeramente las baterías relacionadas.»

**Resistencia difícil de mantener por parte de Colomera. Hernani y las plazas fuertes de San Sebastián y Fuenterrabía seriamente amenazadas. Entrega de estas últimas**

Dado el avance de las tropas francesas y la conquista del valle de Baztán, no cabía resistencia posible a las fuerzas de Colomera. Al aparecer el día 2 de agosto, ya citado, las tropas de Moncey y de Laborde en el monte Haya, a retaguardia de los nuestros y dominando el monte de San Marcial, en tanto que Fregeville y Dessein, habiendo cruzado el Bidasoa por encima de Behovia, cogiendo de flanco la posición



española, la situación del ejército francés no podía ser más amenazadora, y a menos de una decisión heroica por parte de las tropas españolas, la marcha que tomaran los acontecimientos tenía que ser la que, en efecto, sobrevino. Desde este momento, las plazas de Fuenterrabía y de San Sebastián quedaban en situación difícil, y la misma posición de Hernani, a la que se había retirado Colomera, veíase en riesgo de inmediato abandono, desde el momento en que la división de Fregeville había llegado a sobrepasar la de Oyarzun.

El General Lamarque, con el representante del pueblo, Garrau, que habían quedado en Irún, presentáronse prontamente ante la primera de las plazas citadas. La capitulación no se hizo esperar, y a la primera intimación hubo de entregarse la guarnición. Como acontece en la mayoría de estos casos, la responsabilidad que pudiera caber al comandante de la plaza es muy discutida, y en tanto que unos quieren achacársela a éste, otros, por el contrario, acusan a las autoridades y a los habitantes de la población. «Un escritor guipuzcoano, D. Nicolás Soraluze—escribe el General Arteche—, celoso como nadie por sacar a salvo el honor de su país en aquella catástrofe, incansable también en la tarea de buscar expedientes para lograrlo, no consiguió, sin embargo, en su obra acerca de los Fueros de aquella provincia, ofrecer a sus lectores un cuadro que pudiera satisfacerles por completo. Con decir que la guarnición de Fuenterrabía era de 2.000 hombres de tropa, además de la gente armada del pueblo, cree el Sr. Soraluze que la culpa de la rendición no podía ser de otro que del gobernador militar. Pero es el caso que aquella fuerza no pasaba de 600 u 800 soldados, y éstos formando los depósitos de diversos regimientos que operaban en el territorio inmediato, que es tanto como decir que carecían de las condiciones más necesarias para pelear, cual era necesaria en tales circunstancias. ¿Cómo el Conde de Colomera había de inutilizar así dos mil hombres cuando tanta falta le hacían en el ejército de operaciones?» Estas razones aducidas por el ilustre historiador militar español, están plenamente confirmadas por el propio testimonio francés. Y así vemos cómo Beaulac expone con toda nobleza: «No había en esta plaza más que 600 hombres, constituidos por los depósitos de diversos regimientos, a las órdenes de un viejo oficial llamado D. Vicente de los Reyes, que fueron hechos prisioneros de guerra. Se ha agobiado al gobernador con reproches de cobardía sobre esta rápida rendición, lo que no obstante excusa su determinación, es la debilidad de su guarnición y el abandono en que la habían dejado los generales españoles, a pesar de que en un bombardeo que duraba desde hacía seis días no debía dejarles ninguna incertidumbre acerca del propósito o designio de los franceses. Desde luego, Fuenterrabía es una mala plaza con cinco bastiones y sin defensas exteriores (1). El castillo de Higuer, que defiende la entrada de la rada, se sumó a la entrega.»

---

(1) Lámina núm. 11.

G. de Echavarría, afirma en su obra citada: «Fuenterrabía, que resistió con heroico tesón el bombardeo que casi la había destruido, al presenciar tan anómala dispersión, capituló el mismo día. Por los datos existentes en el archivo de Alava, podemos asegurar, con Soraluze, que es inexacto lo afirmado por Morel en su «Bayonne» cuando dice, se entregó Fuenterrabía ante 300 hombres sin oponer resistencia, y puede probarse que el bombardeo de esta plaza duró siete días, incluyendo el de la capitulación (del 25 de julio a 1 de agosto)». Y coincidiendo con lo expuesto por Beaulac y otros escritores franceses, añade que: «Cogieron en ella los franceses: 5 banderas; 2.000 prisioneros; doce mil fusiles; 1.600 tiendas de campaña; 4.000 bombas, obuses y balas de cañón; 30 chalupas; 3 naves de dos palos y una cañonera armada con una pieza de 24 y un obús». Pero, en fin de cuentas, en el escudo de Fuenterrabía figura la declaración de *muy siempre leal* por Decreto firmado por el Rey Carlos IV, después de la guerra, en atención a la heroica defensa por ella realizada en esta ocasión (1).

#### **Consideraciones sobre ambas rendiciones. Responsabilidad de las autoridades militares**

No ofrece iguales caracteres que la rendición de Fuenterrabía la de la capital guipuzcoana. Al día siguiente de la pérdida de Fuenterrabía, la Diputación de Guipúzcoa se retiró a Guetaria, según expusimos en el capítulo anterior, haciendo el viaje embarcada y ordenando a todos sus naturales vayan a las líneas de Tolosa y Hernani. El mismo G. de Echavarría no puede por menos de exclamar: «¡Tardía disposición dada la gran sorpresa producida por el desastre y el aturdimiento consiguiente a la inesperada derrota!

Si las opiniones han podido ser opuestas respecto a la responsabilidad que pueda recaer a los elementos militares de la plaza de Fuenterrabía, con mucha mayor razón esta divergencia de criterio se presenta en el caso que nos ocupa. ¿Qué pudo ocurrir tres días después, o sea el 4 de agosto en San Sebastián para que ésta se entregara al enemigo sin resistencia alguna? Respecto a esta entrega, el General Gómez de Arteche expone lo siguiente, en relación con lo manifestado anteriormente por el señor Soraluze, tratando de la rendición de Fuenterrabía. En este caso los razonamientos de este señor son contrarios a los anteriores: «Allí no había las fuerzas de línea necesarias; reduciéndose a tres batallones, muy mermados de fuerza y, aún así, uno de ellos todo

---

(1) Informa G. de Echevarría que «D. Manuel Ignacio de Urreta, Capitán de una de las compañías guipuzcoanas que guarnecían Fuenterrabía, presentó la bandera que en el castillo de Higuera, de dicha villa, estuvo izada hasta la capitulación, a la Diputación de Guipúzcoa, que luego se constituyó en la villa de Mondragón».

de quintos, los que debían defender la plaza y su castillo. Hubo más, según aquel historiador: la gran mayoría del paisanaje armado del pueblo y sus inmediaciones se negó a encerrarse en la plaza, alejándose de ella a la aproximación de los enemigos.»

«La responsabilidad de la rendición de aquellos puntos recae, pues, gravísima en el pueblo como en los jefes militares; y, sin relevar a éstos de ella, puede exigirse también a las autoridades locales que, olvidando la gran parte de gloria adquirida en ocasiones anteriores, manifestaron en ésta un desánimo y una falta de patriotismo, poco dignos de la raza vasca y de que se han aprovechado para rebajarla los enemigos o envidiosos de sus peculiares instituciones. Lo que hay de verdad es que, aún haciendo Guipúzcoa esfuerzos para sostener aquella guerra, superiores a los medios con que podía contar en su pobreza y falta de población, lo largo de la contienda, los estragos sufridos por los pueblos de la frontera, de los que tenían que resentirse el comercio y la industria, no escasos allí, y el espectáculo de las últimas derrotas de nuestro ejército, esparcieron el pánico en el país y, sobre todo, en sus autoridades, a las que sirvieron de pretexto, para mejor disimularlo, los rozamientos que habían tenido por más de un año con el general en jefe y el gobierno supremo, al exigir el cumplimiento riguroso de sus antiguas y veneradas franquicias.»

**Los tratos entre la Diputación Guipuzcoana y los representantes franceses. Concíbese la idea de una pequeña república entre España y Francia**

No se habían descuidado los franceses en fomentar el disgusto de los guipuzcoanos por medio de emisarios, con la introducción de libros y proclamas y hasta con la propaganda de los mismos prisioneros que hacían nuestras tropas, a punto de mediar ofertas de un estado de independencia que los republicanos se apresuraron a negar tan pronto como obtuvieron el triunfo que con ellas buscaban. Los diputados que, después de abandonar San Sebastián para establecer sus juntas en Hernani y Tolosa, se trasladaron, por fin a Guetaria, debieron mecerse en la esperanza de fundar un gobierno independiente de España y Francia, una pequeña Suiza que sirviera de valla de separación entre las dos naciones por aquella parte de su frontera y hasta fortificara los lazos de su unión tan estrechos durante casi todo aquel siglo. Y lo prueban, por más que otra cosa digan escritores que así creen dar muestras de su patriotismo de vascongados, documentos que nunca podrá desmentir una crítica rigurosa y concienzudamente histórica. Las relaciones entre la Junta de Guetaria y los representantes de la Convención, Pinet y Cavaignac, son conocidas; y ante la elocuencia de los



datos que suministran, no hay sino que reconocer que la provincia de Guipúzcoa tenía entonces a su cabeza gentes que no supieron corresponder a la confianza ni inspirarse en el espíritu de sus administrados, que muy luego veremos que se reveló todo lo digno y patriótico que debía esperarse. Porque desde los primeros días de la ocupación francesa, se ve al pueblo de San Sebastián sometido a una dictadura tan violenta, que hace suponer, para honra de los habitantes, la repugnancia que inmediatamente comenzaron a sentir hacia sus dominadores, con el rubor también de su debilidad, tan encendido como el de los soldados de la guarnición al rendir las armas en la explanada del frente de la plaza. En unos y otros cabía una de esas resoluciones que antes y después se han hecho frecuentes en nuestro país, la de sobreponerse a la autoridad para sacar a salvo el honor de la nación; el estado de los ánimos, sin embargo, tal como lo acabamos de poner de manifiesto en los guipuzcoanos, y la disciplina de las tropas produjeron aquel bochorno, sólo comparable con el que tardó poco en mancillar nuestras glorias en la fortaleza de San Fernando, de Figueras.»

**Jómini y Marcillac enjuician el hecho de la rendición de San Sebastián. Texto de la capitulación**

Jómini, de modo categórico, condena a la autoridad militar en la realización del hecho vergonzoso: «Latour d'Auvergne, enviado como parlamentario, aprovechándose hábilmente del terror que inspiraba la súbita aparición del Ejército francés en los glacia, así como de la desavenencia que reinaba entre las autoridades civiles y el gobernador, hombre débil y pusilánime, determinó a este último a capitular.» Y después de indicar que Moncey tomó posesión de la plaza, como sabemos, el 4 de agosto, informa que la guarnición fué enviada a Francia.

Para Luis de Marcillac: «El alcalde Michelena, sea por su entusiasmo por el sistema republicano, sea por el temor de ver su ciudad entregada a los desastres de la guerra, obligó al gobernador militar a capitular. Las tropas siempre fieles y no intimidadas por el número de los enemigos querían defenderse, pero los alcaldes y los habitantes lograron sobreponerse, y el 4 de agosto San Sebastián y su ciudadela se rindieron a los franceses» (1).

La conformidad de lo expuesto por Marcillac con lo de Beaulac es perfecta. Según este ciudadano francés: «Instruido que existía en la ciudad un terror pánico entre los ciudadanos, poco acuerdo entre los jefes y que tan sólo los soldados manifestaban querer sostener el sitio, Moncey envió como parlamentario al capitán Latour d'Auvergne, quien, a los más señalados talentos militares, juntaba el uso de la len-

(1) Lámina núm. 10.

gua española, conocimientos muy extensos, una figura imponente, y una elocuencia *fiera* y persuasiva. Este bravo oficial logró bien pronto determinar al gobernador y a los alcaldes, a que firmasen la capitulación; ella estaba concebida en los términos siguientes:

«Artículo 1.º El Gobernador de la ciudad y ciudadela de San Sebastián las entregará a las tropas de la República tan pronto como ella se presente.

«Art. 2.º La guarnición saldrá de la ciudadela y de la plaza a tambor batiente, banderas desplegadas, irá a formarse en batalla sobre el glacis; llegado a él, depositará sus armas y será prisionera de guerra.

«Art. 3.º Serán dispuestos seis carros descubiertos para el transporte de los equipajes de la guarnición solamente; estos equipajes serán revisados al salir de la plaza por un comisario de guerra.

«Art. 4.º Las autoridades de la ciudad entregarán las llaves.

«Art. 5.º Los barcos de guerra y otras embarcaciones actualmente en la rada o en el puerto, así como sus cargamentos, pertenecerán a la República, exceptuados aquéllos cuyos habitantes justifiquen ser los propietarios.

«Los Decretos de la Convención nacional, habiendo consagrado la libertad de cultos, el bando de los representantes del pueblo en este ejército del 30 messidor, habiendo asegurado a los habitantes del país conquistado el libre ejercicio, el General creería hacer nacer una duda injuriosa sobre la ejecución de las leyes de la República y de los decretos de los representantes del pueblo, al hacer este asunto objeto expreso o artículo de esta capitulación.

«Art. 7.º En cuanto a las otras peticiones relativas a los intereses particulares, el General previno a los habitantes que podían dirigir sus memorias sobre estos diferentes asuntos a la Convención nacional y a los representantes del pueblo en este ejército, que se apresurarán a atender a sus reclamaciones si fueran justas.»

**La capitulación de San Sebastián  
según Beaulac. La Marquesa de  
Lozoya. Soraluze y Agustín Príncipe**

Dejaremos al testimonio francés la descripción del hecho de la capitulación de San Sebastián. Es, desde luego, interesante el relato del ciudadano Beaulac: «Esta capitulación fué firmada el 17 thermidor (4 de agosto), a las dos horas de la madrugada; a mediodía las llaves fueron llevadas con pompa solemne a los representantes del pueblo por el alcalde Michelena. La guarnición fuerte de 1.700 hombres, tras las ceremonias convenidas, quedó prisionera de guerra y partió para el campo de Oyarzun sin demora alguna. Estos hombres mostraban una frente consternada y la mayoría se lamentaban en voz alta de ha-

ber sido traicionados y entregados. Era todo lo contrario de parte de los habitantes de San Sebastián: llenos de alegría de haber escapado a los horrores de un sitio y de un bombardeo, acogieron a los representantes, a los generales, al ejército todo entero, con las más vivas demostraciones de alegría. Desde el siguiente día, las tiendas fueron abiertas como de ordinario. Recibiéronse aquí los *asignados* sin murmurar y con una pequeña pérdida. La más exacta disciplina fué observada por los franceses, y San Sebastián parecía ya una ciudad acomodada a la nueva dominación». La descripción no puede ser más lamentable para la dignidad española. No es, pues, extraño que la Marquesa de Lozoya, en carta fechada en Pamplona el 11 de agosto del año en cuestión, pudiera escribir a los suyos: «La entrega de San Sebastián la sabrán V. Ms., que ha sido por traición del alcalde Michelena, el cual, con el pueblo, impidió a la tropa de que disparasen, y salió con las llaves a entregar la ciudad a los enemigos, quienes se llevaron a la guarnición prisionera de guerra». Y si la Marquesa de Lozoya tiene razón al expresarse así, no la tiene, en cambio, Sorluce en su obra sobre los Fueros de Guipúzcoa, al intentar arrojar toda la culpa sobre las autoridades militares. Y advierte el actual Marqués de Lozoya, que, «parece resultar de ciertos documentos que se conservan en la Real Academia de la Historia, que algunos prohombres guipuzcoanos abrigaban la idea de fundar una república independiente protegida por Francia». Y Agustín Príncipe, en su obra «Guerra de la Independencia» declara terminantemente que el General Moncey consiguió ponerse de inteligencia con algunos de sus moradores. «El alcalde Michelena, fué por temor de ver la ciudad entregada a los desastres de la guerra, fuese por adhesión al sistema republicano y por ceder a la seducción con que el convencional Pinet procuró ganar los ánimos de los habitantes, prometiéndoles erigir su provincia en república independiente, obligó al Gobernador de la ciudad a capitular, bien a despecho suyo y de los 1.700 valientes que la guardaban. Resueltos éstos a defenderse hasta el último extremo, tuvieron que ceder, sin embargo, a las exigencias de Michelena y de sus parciales, y San Sebastián fué entregada a las tropas el día 4 de agosto.»

**La capitulación de las plazas de San Sebastián y de Fuenterrabía coloca al General Moncey en ventajosísima situación. La causa de España gravemente amenazada por todos conceptos**

Todos los escritores franceses no dejan de ponderar los cuantiosos recursos que las tropas de la Revolución hubieron de obtener a raíz de las entregas de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián. Sería



difícil darse cuenta cuantos *prodigiosos* recursos proporcionó al Ejército francés una pequeña ciudad apenas habitada por 8.000 almas. Al igual de lo practicado en Francia, todo cuanto podía ser útil al servicio del ejército fué requisado. Añadióse a ésto medidas no menos dispendiosas todavía al aplicar gratuitamente en provecho de la República los bienes mobiliarios de las personas fugitivas. Por los aprovisionamientos encontrados en los almacenes reales, sea en Pasajes, en Hernani, en Urbietta o en Andoain, reunióse más de 70.000 quintales de trigo candeal; 20.000 de arroz y una cantidad considerable de otros géneros o artículos de los cuales experimentaba el ejército la más extrema necesidad. Todos los servicios del ejército, así como los de la marina, proporcionaron abundantes socorros en telas, cáñamos, hierro, cobre, etc. La artillería tan sólo en pólvora, hubo de corresponderle grandes cantidades de pólvora, de plomo, de hierro, aparte de cuarenta y nueve cañones de bronce, desde el calibre de 24 hasta el de 8; noventa piezas en hierro, dos pedreros, seis morteros, un obús y una multitud de otros efectos de toda clase.

Ante hecho tal, Jomini declara que los franceses no habían de pasar más inquietudes por las subsistencias ni de entorpecimiento para los transportes; «sus partes y sus ambulancias estaban asegurados, y nada parecía que en adelante se pudiera oponer a su marcha, tan pronto como ella lograra hacer caer a Pamplona. Pero la espera de los socorros que venían del Oeste y algo de circunspección, impidieron al Ejército francés aprovecharse del espanto que estos éxitos había extendido entre sus enemigos».

La situación era verdaderamente amenazadora para nuestra Patria. Se imponían remedios indiscutibles, un cambio radical de conducta por parte del Gobierno español, una reorganización del ejército. Veamos cómo vino a atenderse a todas estas apremiantes necesidades por aquellos hombres que figuraban a la cabeza de los destinos de la Monarquía española.

